

# CIENCIA FICCION

SELECCION **27**



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



VV. AA.

# Ciencia ficción. Selección 27

ePub r1.0

viejo\_oso 30.01.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 27*

VV. AA., 1977

Traducción: G. Cantore & M. Giménez Sales

Portada: Chris Foss

Editor digital: viejo\_oso

ePub base r1.0

---

más libros en **ePubGratis**

---

## Contenido

Presentación: *Ciencia ficción y humor*, Carlo Frabetti.

*La jaula (The Cage)*, Bertram Chandler, 1957.

*Amor S.A. (Love, Inc.)*, Robert Sheckley, 1956.

*Harrison Bergeron (Harrison Bergeron)*, Kurt Vonnegut, Jr., 1961.

*La noche muere (The Dying Night)*, Isaac Asimov, 1956.

*Misión de rescate (Rescue Mission)*, Gordon R. Dickson, 1957.

*Emily y los bardos sublimes (Emily and the Bards Sublime)*, Robert F. Young, 1956.

*Una curiosa excursión de placer (A Curious Pleasure Excursion)*, Mark Twain, 1874.

*Pliegue en el tiempo (Stitch in Time)*, John Wyndham, 1961.

*El malentendido (Moonshine)*, Ruth Goldsmith, 1956.

# PRESENTACIÓN

## Ciencia ficción y humor

*Se ha dicho a menudo que la ciencia ficción, con sus habituales visiones alarmantes del porvenir, se inscribe en la corriente del pesimismo crítico. Pero lo cierto es que, por lo general, la ciencia ficción no pretende llevar a cabo profecías agoreras (ni de ningún tipo), sino más bien señalar los peligros a que nos exponemos de persistir en determinadas actitudes, y en este sentido el adjetivo «alarmante» (en su acepción literal: que da la alarma) es mucho más adecuado que el de «pesimista».*

*Como género eminentemente especulativo, investigador, la ciencia ficción se topa necesaria y constantemente con las contradicciones de nuestra sociedad. Contradicciones que no sólo son alarmantes, sino a menudo también cómicas, o tragicómicas, si se prefiere, lo que explica que el humor rara vez se halle ausente de la ciencia ficción (al fin y al cabo, el humor es una técnica ofensivo-defensiva contra aquello que nos acosa y abruma, y a menudo un excelente recurso crítico).*

*No sólo la ciencia ficción humorística propiamente dicha constituye una importante y sugestiva vertiente del género (como habrán podido comprobar los lectores de nuestra reciente antología Humor cósmico<sup>[\*]</sup>), sino que, además, en numerosas narraciones no clasificables como estrictamente humorísticas juega el humor un papel importante.*

*Con tal vez la única excepción de Pliegue en el tiempo, delicioso y patético relato del maestro Wyndham, todas las narraciones de esta*

*selección participan del humor en mayor o menor grado. Desde relatos claramente humorísticos en cuanto a concepción y tratamiento, como Misión de rescate, El malentendido, o la breve pero jugosa aportación de Twain, hasta los sutilmente irónicos como Emily y los bardos sublimes, pasando por un sarcasmo casi cruel, como el de La jaula o Amor, S. A., el lector encontrará en las páginas siguientes los más diversos grados y tipos de humor. Aunque en algunos casos... tal vez tiemble después de haber leído.*

CARLO FRABETTI

# LA JAULA

Bertram Chandler

*Dentro de una cierta línea de pesimismo crítico muy típica de la ciencia ficción, Chandler consigue con este relato un pequeño clásico: el viejo tema de la naturaleza de la inteligencia, o más bien de su «diagnóstico» (¿cómo descubrir si un ser completamente extraño es inteligente?, o, viceversa, ¿cómo demostraría un hombre a seres completamente extraños que es inteligente?), tiene sin duda en The Cage una de sus versiones definitivas.*

El encarcelamiento siempre es una experiencia humillante, por mucha filosofía que tenga el preso. El encarcelamiento por otra persona de la misma raza ya es malo en sí, pero al menos el preso puede hablar con sus captores, logrando que le comprendan; incluso puede abogar por su causa.

El encarcelamiento es doblemente humillante cuando los aprehensores, con toda honestidad, le tratan a uno como a un animal inferior.

El grupo de la nave de reconocimiento tenía, quizá, una excusa al no considerar a los supervivientes del crucero interestelar *Lode Star* como seres racionales. Habían transcurrido al menos doscientos días desde su aterrizaje en el planeta sin nombre, aterrizaje forzoso cuando los generadores Ehrenhaft de la nave, funcionando muy por encima de su capacidad normal por culpa de un fallo del regulador electrónico, apartaron a la nave de su rumbo regular hacia una región inexplorada del espacio. La *Lode Star* aterrizó sin problemas, pero poco después (los males nunca vienen solos), su batería se descontroló y el comandante ordenó al contramaestre que evacuase a los pasajeros y a los miembros de la tripulación que no fuesen necesarios para reparar la avería, llevándoles a todos lo más lejos posible de la nave.

Hawkins y sus evacuados estaban ya muy lejos cuando se produjo el luminoso desprendimiento de energía, con una explosión poco violenta. Los supervivientes pretendieron volverse a contemplar el siniestro, pero Hawkins continuó obligándoles a caminar, mediante maldiciones y algunos golpes. Por suerte, se habían alejado mucho de la nave y no sufrieron los efectos de la radiactividad.

Cuando los fuegos artificiales parecieron haber terminado, Hawkins, acompañado por el doctor Boyle, cirujano de la nave, volvió al lugar de la

catástrofe. Los dos hombres, temerosos de la radiactividad, tomaron precauciones y permanecieron a prudente distancia del cráter, poco hondo y aún humeante, que señalaba el sitio donde había estado la nave. Resultó obvio para ellos que el comandante, junto con sus oficiales y técnicos, no eran ya más que una parte infinitesimal de la nube incandescente que había formado una seta sobre la penumbra inferior.

Después, los cincuenta y pico de hombres y mujeres, los supervivientes de la *Lode Star*, fueron degenerando. No fue un proceso rápido, puesto que Hawkins y Boyle, ayudados por un comité compuesto por los pasajeros más responsables, ofrecieron una fuerte resistencia a la degeneración, pero era una lucha sin esperanzas. El clima estaba en contra de ellos, para empezar. El calor era excesivo, siempre fluctuando alrededor de los 30 grados centígrados. Y había humedad: una llovizna caliente que caía de manera constante. El aire contenía abundantes esporas de hongos, que, si bien no atacaban la piel humana, sí se alimentaban con la materia orgánica muerta, con la ropa. También corroían, aunque en menor grado, los metales y las telas sintéticas que llevaban muchos de los náufragos.

El peligro, un peligro exterior, habría ayudado a mantener la moral. Pero allí no había animales peligrosos. Sólo unas criaturas de piel lisa, parecidas a ranas, que saltaban por entre la maleza y, en los numerosos riachuelos, unos animales acuáticos cuyos tamaños iban desde el del tiburón al del renacuajo, si bien todos poseían la belicosidad del primero.

La comida no fue problema después de las primeras horas de hambre. Los voluntarios probaron un hongo grande y succulento que crecía en las hojas de unos árboles semejantes a helechos. Anunciaron que eran sabrosos. Al cabo de cinco horas, ninguno había muerto ni se quejaba de dolores abdominales. Aquellos hongos se convirtieron en la dieta única de los náufragos. Unas semanas más tarde encontraron otros hongos, así como moras y raíces, todos comestibles, que aportaron una variación muy bien recibida.

El fuego, a pesar del calor que todo lo invadía, era lo que más echaba de menos aquella gente. Con él habrían podido enriquecer su dieta atrapando y cocinando lo que parecían ranas del lluvioso bosque y los peces de los ríos. Algunos más valientes se comieron en crudo a esos animales, pero los demás

miembros de la comunidad les miraron con el ceño fruncido. Además, el fuego habría ayudado a disipar la oscuridad de las largas noches, y la sensación de frío producida por las incesantes gotas de agua que caían de cada hoja, de cada rama.

Al huir de la nave, casi todos los supervivientes poseían encendedores de bolsillo, pero éstos se perdieron cuando los bolsillos, junto con toda la tela que les rodeaba, se desintegraron. De todos modos, los intentos de hacer fuego en los días en que aún poseían encendedores habían fracasado, pues, como masculló Hawkins, no existía un solo sitio seco en todo el maldito planeta. Ahora era imposible ya hacer fuego, puesto que aunque hubiese estado presente un experto en el arte de frotar dos palos secos, no habría encontrado material con que trabajar.

Construyeron un refugio permanente en la cresta de una loma. (Por lo que habían visto, no había montañas en el planeta.) Allí, el terreno estaba menos arbolado que en las llanuras circundantes, y el suelo no era tan pantanoso. Consiguieron cortar ramas de los supuestos helechos y fabricaron unas chozas muy toscas, más por gozar de cierta intimidad personal que por las escasas comodidades aportadas. Se aferraron con desesperación a las formas de gobierno del mundo que habían abandonado, eligiendo un consejo. Boyle, el cirujano, fue nombrado presidente. Hawkins, ante su sorpresa, fue elegido miembro del consejo por una mayoría de sólo dos votos. Al meditar sobre ello comprendió que muchos náufragos todavía debían de estar enojados contra el personal de la nave por su situación actual.

La primera asamblea del consejo tuvo lugar en una choza, si así podía llamarse, construida con tal propósito. Los miembros del consejo se acuclillaron en círculo. Boyle, el presidente, se puso lentamente en pie. Hawkins sonrió torvamente al comparar la desnudez del médico con la pomposidad que parecía haber asumido con el rango adquirido, al comparar su dignidad con el aspecto andrajoso ofrecido por su cabello gris, sin cortar ni peinar, y su barba enmarañada.

—Damas y caballeros —empezó Boyle.

Hawkins contempló a su alrededor los cuerpos desnudos y pálidos, las cabelleras polvorientas, despeinadas, las uñas largas y sucias de los hombres,

y los labios sin pintar de las mujeres.

«Supongo que yo —pensó— tampoco ofrezco el aspecto de un oficial, de un caballero.»

—Damas y caballeros —repitió el doctor Boyle—, hemos sido elegidos, como sabéis, para representar a la comunidad humana de este planeta. Sugiero que en esta primera asamblea discutamos nuestras posibilidades de sobrevivir, no como individuos, sino como raza...

—Me gustaría preguntar al señor Hawkins cuáles son las probabilidades de que nos rescaten —dijo uno de los dos miembros femeninos, una mujer seca, solterona, con las costillas y las vértebras muy visibles.

—Pocas —repuso Hawkins—. Como saben, no es posible la comunicación con otras naves ni con las estaciones planetarias mientras funciona el impulso interestelar. Cuando lo cerramos, dispuestos a aterrizar, mandamos una llamada de socorro..., pero sin poder fijar nuestra situación. Además, no sabemos si alguien recibió la llamada...

—Señorita Taylor —le interrumpió Boyle—, señor Hawkins, debo recordarles que yo soy el presidente electo de este consejo. Más tarde iniciaremos una discusión general. Como la mayoría de nosotros sabrá ya, la edad de este planeta, biológicamente hablando, corresponde más o menos a la de la Tierra en la era carbonífera. Como todos sabemos, no existe aún ninguna especie que pueda desafiar nuestra supremacía. Cuando surja esta especie, o sea, algo análogo a los lagartos gigantes de la era triásica de la Tierra, deberíamos ya estar firmemente establecidos...

—¡Estaremos muertos! —exclamó uno de los asistentes.

—Estaremos muertos —concedió el médico—, pero nuestros descendientes vivirán. Por tanto, hemos de decidir cómo podemos ofrecerles un comienzo lo mejor posible. Hemos de inculcarles un lenguaje...

—El lenguaje no importa, doctor —gritó la otra mujer miembro del consejo. Era una rubia delgada, de rostro duro—. Yo estoy aquí para tratar de la cuestión de la descendencia. Represento a las mujeres en edad de concebir, pues, como saben, somos quince. Todas las chicas han sido hasta ahora muy, pero que muy cuidadosas. Y tenemos razón para serlo. ¿Puede usted, como médico, garantizar (considerando que no tenemos medicinas ni instrumentos)

unos partos seguros? ¿Puede garantizar que nuestros hijos vivirán?

Boyle dejó de lado su pomposidad como un traje raído.

—Seré sincero. No tenemos, como usted ha dicho, señorita Hart, ni medicinas ni instrumentos. Pero puedo asegurarle, señorita Hart, que las posibilidades de un parto seguro son mucho mejores que las existentes en la Tierra en, digamos, el siglo XVIII. Y le diré por qué. En este planeta, por lo que sabemos (y llevamos ya el tiempo suficiente para conocer todos sus problemas), no existen microorganismos nocivos para el hombre. De haber existido, los cuerpos de todos los supervivientes serían, en este momento, unas masas de supuración. Naturalmente, la mayoría ya habría muerto hace mucho de septicemia. Y creo que esto contesta a sus *dos* preguntas.

—Todavía no he terminado —exclamó ella—. Hay algo más. Entre hombres y mujeres somos cincuenta y tres. Hay diez parejas casadas... de modo que no las contaremos. Esto deja a treinta y tres personas, de las cuales veinte son hombres. Veinte hombres y trece mujeres (¿verdad que siempre tenemos mala suerte las mujeres?). No todas somos jóvenes... pero somos mujeres. ¿Qué clase de matrimonio estableceremos? ¿Monógamo? ¿Poliándrico?

—Monógamo, claro —opinó con sequedad un individuo alto y delgado.

Era el único de los presentes que estaba vestido... o algo por el estilo. Las ramas formaban como un taparrabos desde su cintura, con un cinto hecho de tallo de enredadera, aunque tal prenda apenas servía para su propósito.

—De acuerdo —asintió la señorita Hart—. Monógamo. Yo también lo prefiero. Pero les advierto que de esta manera habrá conflictos. Y en todo asesinato pasional o por celos, la víctima suele ser la mujer... y en ciertas ocasiones, el hombre. Y esto no interesa.

—Entonces —quiso saber el doctor Boyle—, ¿qué propone usted?

—Esto, doctor. Cuando se trate del apareamiento, hemos de prescindir del amor. Si dos hombres quieren casarse con la misma mujer, que luchen. El mejor se llevará a la chica... y la conservará consigo.

—Selección natural —murmuró Boyle—. Me gusta. Propongo que se ponga a votación.

En la cumbre de la loma había una depresión superficial, un coso natural. En torno al reborde se sentaron los náufragos... menos cuatro de ellos. Uno de éstos era el doctor Boyle, que había descubierto que sus deberes de presidente comportaban el de árbitro. Habían sostenido que él podría juzgar mejor cuándo uno de los contendientes estaba a punto de sufrir lesiones permanentes. Otro de los cuatro era la señorita Hart. Había encontrado una ramita aserrada con la que se peinaba el cabello, y también había confeccionado una guirnalda de flores amarillas para el vencedor.

¿Sería, se preguntó Hawkins al sentarse con los miembros del consejo, un encuentro de acuerdo con las ceremonias nupciales de la Tierra, o retrocederían a algo mucho más antiguo y oscurantista?

—Lástima que esos malditos mohos hayan destruido nuestros relojes —se quejó el hombre sentado a la derecha de Hawkins—. De haberlos tenido, podríamos cronometrar los asaltos, organizando un combate perfecto.

Hawkins asintió. Contempló a los cuatro que estaban en el coso: la mujer altanera, bárbara; el pomposo anciano, los dos jóvenes barbudos de cuerpos blancos y relucientes. Los conocía bien a ambos: Fennet había sido cadete mayor de la desdichada *Lode Star*, y Clemens, al menos siete años mayor que Fennet, era un pasajero, prospector de los mundos de la frontera.

—Si pudiéramos apostar algo —continuó el otro— yo lo haría por Clemens. Ese cadete no tiene la menor probabilidad. Le entrenaron para luchar limpio... y Clemens sabe luchar sucio.

—Fennet está en mejores condiciones físicas —replicó Hawkins—. Se ha ejercitado, mientras que Clemens se ha limitado a comer y dormir. ¡Fíjese en su panza!

—No hay nada malo en un cuerpo gordo, sano y musculoso —objetó su interlocutor, acariciándose su propia barriga.

—¡Nada de atacar a los ojos, nada de mordiscos! —advirtió el cirujano—. ¡Y que venza el mejor!

Retrocedió, apartándose de los luchadores, colocándose junto a la mujer.

Los dos antagonistas se contemplaron un poco cohibidos, con los puños colgando a sus costados. Ambos parecían lamentar que las cosas hubiesen

llegado a tal punto.

—¡Adelante! —gritó al fin Mary Hart—. ¿No me queréis? ¡Aquí viviréis muchos años... y sería horrible sin una mujer!

—Mary, siempre podrán esperar hasta que tus hijas sean mayores —se oyó la voz de una de sus amigas.

—¡Si las tengo alguna vez! —respondió Mary—. ¡A este paso nunca las tendré!

—¡Adelante! —rugió la multitud—. ¡Adelante!

Fennet esbozó un ataque. Avanzó con desconfianza y alargó el puño derecho hacia el rostro descubierto de Clemens. No fue un golpe fuerte, pero debió resultar doloroso, porque Clemens se llevó una mano a la nariz, la retiró y miró la sangre que la manchaba. Gruñó, y se precipitó hacia adelante con los brazos abiertos, para abrazar y aplastar a su contrincante. El cadete saltó hacia atrás, amagando dos veces más con la derecha.

—¿Por qué no le *pega*? —preguntó el vecino de Hawkins.

—¿Para romperse los huesos de los dedos? —sonrió Hawkins—. No llevan guantes...

Fennet decidió plantar cara. Se mantuvo firme, con los pies ligeramente separados, y volvió a poner en movimiento su derecha. Esta vez no apuntó al rostro de su contrario, sino al vientre. Hawkins se sorprendió al ver que el prospector aceptaba los golpes con aparente ecuanimidad. Debía de ser mucho más resistente de lo que parecía.

El cadete se hizo a un lado con presteza... y resbaló en la húmeda hierba. Clemens cayó pesadamente sobre su rival; Hawkins oyó el *¡ufff!* cuando el aire salió de los pulmones del joven. Los gruesos brazos del prospector le rodearon... y la rodilla de Fennet subió con malas intenciones hacia la ingle de Clemens. El prospector chilló, pero no soltó su presa. Tenía una de sus manos en tomo a la garganta de Fennet, y la otra, con los dedos engarfiados, apuntando a los ojos del cadete.

—¡Nada de sacar los ojos! —gritó Boyle—. ¡Nada de sacar los ojos!

Se dejó caer de rodillas y asió con aunabas manos la gruesa muñeca de Clemens.

Algo obligó a Hawkins a levantar la vista. Se trataba de un sonido,

aunque era dudoso. Los espectadores se estaban comportando como los fanáticos de un encuentro de boxeo. Pero no se les podía reprochar... ya que era la primera situación excitante a la que asistían desde la pérdida de la nave. Pudo ser un sonido lo que hizo que Hawkins levantase la mirada, pudo ser el sexto sentido que poseían todos los astronautas. Lo que vio le hizo chillar.

Planeando sobre el coso se hallaba un helicóptero. Había algo extraño en su forma, una rareza sutil, que le dio a entender a Hawkins que no era un aparato terrestre. De pronto, de su vientre liso y brillante cayó una red de un metal opaco. La red envolvió a los dos contendientes del suelo y atrapó a Boyle y a Mary Hart.

Hawkins volvió a gritar..., un simple alarido. Se puso en pie y corrió para ayudar a sus atrapados compañeros. La red parecía viva. Se enredó sola en torno a las muñecas y tobillos del ex contramaestre. Otros náufragos se dispusieron a ayudarle.

—¡Apártense! —gritó él—. ¡Dispérsense!

El zumbido del helicóptero aumentó estridentemente. El aparato se elevó. En un tiempo increíblemente breve, el coso fue a los ojos de Hawkins sólo un platillo verde pálido en el que correteaban alocadamente unas hormigas. Luego, la máquina voladora subió más, atravesó la base de las nubes bajas, y Hawkins ya sólo distinguió una infinita blancura.

Cuando por fin descendió, Hawkins no se sorprendió al divisar la torre plateada de una enorme nave espacial que estaba entre los arbustos de una meseta nivelada.

El mundo al que habían sido trasladados habría sido mucho mejor que el que habían abandonado, de no ser por el amable error de sus captores. La jaula en la que los tres hombres fueron metidos imitaba, con notable fidelidad, las condiciones climáticas del planeta sobre el que había aterrizado la *Lode Star*. Era de cristal, y de unas duchas del techo caía una constante llovizna de agua caliente. Un par de helechos proporcionaban protección contra aquel leve aguacero. Dos veces al día se abría una escotilla al fondo de la jaula, hecha de una especie de cemento armado, y pedazos de hongo

similares a los que les habían alimentado en el otro planeta les iban siendo entregados. En el suelo de la jaula había un agujero, que los prisioneros supusieron era para propósitos sanitarios.

Al lado había otras jaulas. En una estaba sola... Mary Hart. Ella podía hacerles gestos, saludarles... pero nada más. La jaula del otro lado contenía a un animal parecido a una langosta con cierta mezcla de calamar. AS otro lado del amplio camino había otras jaulas, aunque los presos no veían qué albergaban.

Hawkins, Boyle y Fennet se sentaron sobre el suelo mojado y miraron a través del grueso cristal y las rejas de los que, a su vez, les miraban desde fuera.

—Si al menos fuesen humanoides —rezongó el doctor—. Si tuvieran la misma forma que nosotros, podríamos tratar de convencerles de que somos seres inteligentes.

—No tienen la misma forma —replicó Hawkins—. Y a nosotros, de ser la situación al revés, nos costaría mucho convencernos de que esos barriles de cerveza, con seis patas son hombres y hermanos nuestros... Prueba otra vez el teorema de Pitágoras —le ordenó al cadete.

Sin gran entusiasmo, el joven rompió unas ramas del helecho más próximo. Las rompió en pedazos más pequeños, y luego los dispuso sobre el suelo en forma de un triángulo rectángulo, con cuadrados en los tres lados. Los extraterrestres, uno grande, otro más pequeño y uno casi enano, le miraban sin curiosidad con sus ojillos planos, opacos. El mayor metió la punta de un tentáculo en un bolsillo, pues llevaban ropas, y sacó un paquete brillantemente coloreado, que entregó al enano. Este le quitó la envoltura y empezó a meter trozos de algo azul dentro de la ranura de su costado, en la parte superior, que sin duda le servía de boca.

—Ojalá alimentaran así a los animales —suspiró Hawkins—. Ya estoy harto de éstos malditos hongos.

—Recapitulemos —propuso Boyle—. De todos modos, no podemos hacer nada más. Nos sacaron de nuestro campamento por helicóptero... a seis de nosotros. Nos llevaron a la nave de reconocimiento..., que en manera alguna parecía superior a nuestras naves interestelares. Usted nos aseguró,

Hawkins, que la nave utilizaba el impulso Ehrenhaft o algo tan igual como su hermano gemelo.

—Correcto —asintió Hawkins.

—En la nave nos metieron en jaulas separadas. No hubo malos tratos, nos alimentaron y nos mojaron a intervalos frecuentes. Aterrizamos en este extraño planeta, del que nada hemos visto. Y nos encajonaron en jaulas como al ganado en un camión. Sólo sabíamos que nos llevaban a alguna parte. El camión se para, se abre la puerta y un par de esos barriles de cerveza animados introduce unos palos con una edición más pequeña de aquella red en sus extremos. Cogen a Clemens y a la señorita Taylor, y se los llevan. No hemos vuelto a verles. Los demás pasamos la noche y todo el día siguiente en jaulas individuales. Y al día siguiente nos traen a este... zoológico.

—¿Cree que les habrán matado para su estudio anatómico? —preguntó Fennet—. Clemens no me gustaba, pero...

—Temo que sí —repuso Boyle—. Gracias a esto, nuestros carceleros deben de haber aprendido las diferencias de nuestros sexos. Por desgracia, por medio de la vivisección no es posible determinar el grado de inteligencia.

—¡Los muy brutos! —exclamó el cadete.

—Calma, hijo —le aconsejó Hawkins—. No podemos censurarlos. Nosotros hemos viviseccionado a animales mucho más parecidos a nosotros de lo que nosotros nos parecemos a esos... bichos.

—El problema —continuó el médico— es convencer a esos... bichos, como usted les llama, Hawkins, de que somos seres racionales como ellos. ¿Cómo deben definir a un ser racional? ¿Cómo definimos nosotros a un ser racional?

—Lo es el que conoce el teorema de Pitágoras —repuso el cadete, malhumorado.

—Leí no sé dónde —terció Hawkins— que la historia del hombre es la historia del animal que usa herramientas, que hace fuego...

—Entonces, hagamos fuego —sugirió el cirujano—. Fabriquemos herramientas y usémoslas.

—No sea tonto. Ya sabe que no tenemos nada aquí. Ni siquiera una dentadura postiza ni un diente de metal. Y con todo... —hizo una pausa—.

Cuando yo era joven, hubo entre los cadetes de las naves interestelares una resurrección de las viejas artes y artesanías. Nos considerábamos descendientes en línea directa de los antiguos marineros a vela, de forma que aprendimos a empalmar cuerdas y cables, a hacer nudos marineros y todo lo demás. Luego, a uno se le ocurrió confeccionar cestos. Estábamos en una nave de pasajeros y confeccionábamos los cestos secretamente, pintándolos con colores chillones, que vendíamos a los pasajeros como auténticos *souvenirs* de los planetas de Arturo VI. Hubo un poco de alboroto cuando el comandante y el contraamaestre lo descubrieron...

—¿Qué insinúa? —se interesó el cirujano.

—Sólo esto. Demostraremos nuestra destreza manual trenzando cestas... Les enseñaré de qué modo.

—Podría dar resultado —opinó Boyle, lentamente—. Podría darlo... Por otra parte, no olvide que algunas aves y animales hacen lo mismo. En la Tierra tenemos el castor, que construye estupendas presas. Y el pájaro tinolorinco, que fabrica enramadas para su cónyuge como parte del ritual nupcial.

El jefe carcelario debía conocer seres cuyos hábitos conyugales se parecían a los del tinolorinco terrestre. Al cabo de tres días de fabricar cestos febrilmente, lo cual despojó de todas sus ramas a los helechos, al tiempo que les dejó sin camas, sacaron a Mary Hart de su jaula y la pusieron junto a los tres hombres. Una vez se le hubo pasado su histérico placer por tener alguien con quien hablar otra vez, se mostró indignada.

Era agradable, pensó Hawkins amodorrado, que Mary estuviese con ellos. Unos días más de encierro solitario seguramente habrían acabado con los nervios de la joven. Pero tener a Mary en la jaula también ofrecía algunos inconvenientes. Hawkins tenía que vigilar a Fennet. Y también a Boyle... ¡el viejo chivo!

Mary chilló.

Hawkins se despertó por completo. Veía la forma pálida de Mary (en aquel planeta nunca era totalmente de noche) y, al otro lado de la jaula, las formas de Fennet y Boyle. Se levantó apresuradamente y se tambaleó hacia la joven.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Yo... no sé... Algo pequeño, con garras afiladas... Corrió sobre mí...

—Ah —sonrió Hawkins—, era Joe.

—¿Joe? —repitió ella.

—No sé exactamente qué es —respondió él.

—¡Pero decididamente es un macho! —aseguró el médico.

—¿Y quién es Joe? —insistió Mary.

—Debe de ser lo equivalente al ratón de este planeta —explicó Boyle—, aunque no se le parece en nada. Atraviesa el suelo, no sé cómo, en busca de restos de comida. Estamos intentando domesticarlo...

—¿Domesticar a ese monstruo? —gritó Mary—. ¡Exijo que hagan algo! ¡Al momento! ¡Que lo envenenen o lo atrapen! ¡Ahora mismo!

—Mañana —decidió Hawkins.

—¡Ahora!

—Mañana —volvió a decir Hawkins con firmeza.

La captura de Joe fue sencilla. Dos cestos planos, unidos como las valvas de una ostra, formaron la trampa. Dentro había un cebo... un gran pedazo de hongo. Y había un muelle hábilmente colocado, de modo que al menor tirón al cebo caería. Hawkins, que yacía insomne en su mojado lecho, oyó el débil chasquido que significaba que la trampa había funcionado. Oyó los indignados chillidos de Joe, que arañaba dentro de la trampa.

Mary Hart dormía. La despertó.

—Lo hemos atrapado —le comunicó.

—Entonces, mátenlo —dijo ella, adormilada.

Pero no mataron a Joe. Los tres hombres le tenían simpatía. Al día siguiente, lo trasladaron a una jaula confeccionada por Hawkins. Incluso la joven calló cuando vio la indefensa bola de pelaje multicolor saltando con

indignación en su cárcel. Mary insistió en alimentar al animal, y gritó alegremente cuando los tentáculos del bicho se alargaron para coger de entre sus dedos el fragmento de hongo.

Durante tres días casi lo amaestraron. Al cuarto día, los seres a los que consideraban sus carceleros entraron en la jaula con sus redes, inmovilizaron a los ocupantes y sacaron a Joe y a Hawkins.

—Creo que no hay esperanza —se lamentó Boyle—. Hawkins ha seguido el mismo camino que...

—Los habrán disecado a todos, exhibiéndolos en algún museo —añadió tristemente Fennet.

—¡No! —gritó Mary—. ¡No se atreverían!

—Oh, sí —suspiró el médico.

Bruscamente, se abrió la escotilla de la jaula.

Antes de que los tres amigos pudieran retroceder en busca de la inútil protección del rincón, llamó una voz:

—¡Todo va bien! ¡Salgan!

Hawkins entró en la jaula. Estaba afeitado, y el comienzo de un saludable bronceado oscurecía la palidez de su piel. Llevaba un taparrabos confeccionado con una tela de un rojo vivo.

—¡Salgan! —repitió—. Nuestros anfitriones se han disculpado sinceramente, y nos han preparado un alojamiento más adecuado. Después, tan pronto como tengan una nave a punto, recogeremos a los otros supervivientes.

—No tan de prisa —suplicó el cirujano—. Cuéntelo todo, ¿quiere? ¿Qué les dio a entender que éramos animales racionales?

El rostro de Hawkins se ensombreció.

—Sólo los seres racionales —contestó— meten a otros seres en jaulas.

# **AMOR, S.A.**

Robert Sheckley

*He aquí una visión realmente desazonadora de la Tierra del futuro, convertida en un gigantesco mercado donde todo tiene un precio, y donde la vida o los sentimientos humanos no son, desde luego, las mercancías más caras... Pero ¿acaso es mejor nuestro mundo actual? Al menos, en la Tierra futura descrita por Sheckley la publicidad no miente, lo cual es mucho más de lo que podemos decir ahora.*

Alfred Simon había nacido en Kazanga IV, un pequeño planeta agrícola cerca de Arturo, donde dirigía una segadora-trilladora por entre los campos de trigo, y en las noches largas y calladas escuchaba canciones de amor grabadas en la Tierra.

La vida resultaba agradable en Kazanga, donde las chicas eran bonitas, joviales, francas y sencillas, buenas compañeras para hacer excursiones a las montañas o para nadar en el río, esposas excelentes... pero ¡nunca románticas! En Kazanga existían antaño buenas diversiones, de un modo alegre. Pero ahora ya no.

Simon sabía que algo le faltaba a su existencia. Y un día descubrió qué era.

Llegó a Kazanga un buhonero en una nave desvencijada, cargada de libros. Era un hombre delgado, de pelo blanco, algo loco. Se celebró una fiesta en su honor, ya que la novedad era muy apreciada en los mundos exteriores.

El buhonero les contó los últimos chismes; habló de la guerra de precios entre Detroit II y III, de los precios de la pesca en Alana, de lo que vestía la esposa del presidente de Moracia, y del extraño lenguaje que usaban los hombres de Doran V.

—Háblanos de la Tierra —le rogaron al fin.

—¡Ah! —exclamó el buhonero, enarcando las cejas—. ¿Queréis noticias del planeta madre? Bien, amigos, no existe otro lugar como la vieja Tierra, ninguno. En la Tierra, amigos, todo es posible, nada es denegado.

—¿Nada? —preguntó Simon.

—Allí existe una ley contra las denegaciones —explicó el comerciante

sonriendo—. Y no se sabe de nadie que la haya quebrantado. La Tierra es diferente, amigos. ¿Vosotros estáis especializados en agricultura? Pues la Tierra está especializada en cosas impracticables, como la locura, la belleza, las guerras, la contaminación, la pureza, el horror, y hay personas que viajan años luz para comprobarlo.

—¿Y el amor? —se interesó una mujer.

—Oh, muchacha... —volvió a sonreír el vendedor—. La Tierra es el único lugar de la galaxia que todavía posee el amor. Detroit II y III también lo intentaron, y vieron que era demasiado costoso, y Alana decidió que era un trastorno; tampoco hubo tiempo para exportarlo a Moracia o Doran V. Pero, como dije, la Tierra está especializada en cosas poco prácticas, y le va bien.

—¿Le va bien? —repitió un grueso granjero.

—¡Claro! La Tierra es vieja, carece ya de minerales y sus campos están áridos. Sus colonias se han independizado, poblándose de gente sobria como vosotros, que desea hacer valer sus productos. Entonces, ¿con qué otra cosa puede comerciar la Tierra, aparte de las cosas que no son esenciales para la vida?

—¿Estuviste enamorado en la Tierra? —inquirió Simon.

—Ah, sí —se entristeció el buhonero—. Estuve enamorado, y ahora viajo. Amigos, estos libros...

Por un precio exorbitante, Simon adquirió un antiguo libro de poemas, y al leerlo soñó con la pasión bajo la luz de la luna, con el alba destellando sobre los labios unidos de unos amantes, los cuerpos abrazados en una playa, llenos de amor y ensordecidos por el rumor de las olas.

¡Esto sólo era posible en la Tierra! Pues, como dijo el buhonero, los diseminados hijos de la Tierra tenían demasiado trabajo haciendo fructificar sus suelos para poder ocuparse de otras cosas. El trigo y el maíz crecían en Kazanga, y en Detroit II y III aumentaban las factorías. Las pesquerías de Alana eran el asombro del cinturón estelar del Sur, y había animales peligrosos en Moracia, mientras que en Doran V habían conquistado un terreno yermo. Y así era como debía ser.

Pero los nuevos mundos eran austeros, planeados cuidadosamente, estériles en su perfección. Algo se había perdido en las lejanías del espacio, y

sólo la Tierra conocía el amor.

Y así, Simon trabajó, ahorró y soñó. Y a los veintinueve años vendió su granja, empaquetó sus camisas limpias dentro de una bolsa, se puso su mejor traje y un par de zapatos, y subió a bordo de la nave Kazanga-Metrópolis.

Al fin llegó a la Tierra, donde los sueños debían convertirse en realidad, ya que existía una ley contra su defraudación.

Pasó velozmente por las aduanas del Aerospacio de Nueva York y fue en Metro hasta Times Square. Allí surgió, parpadeando, a la luz del día, asiendo con fuerza la bolsa, ya que le habían prevenido contra los rateros, los practicantes del tirón y otros especímenes de la gran ciudad.

Sin aliento ante tantas maravillas, miró a su alrededor.

Lo primero que le asombró fue la gran cantidad de cines con atracciones en dos, tres y cuatro dimensiones, según los gustos personales. ¡Y qué atracciones!

A la derecha, una marquesina proclamaba:

*«¡Lascivia en Venus! ¡Un documental sobre las prácticas sexuales del Infierno Verde! ¡Estremecedor! ¡Revelador!»*

Quiso entrar. Pero al otro lado de la calle exhibían una película de guerra. Los carteles pregonaban:

*«¡Los soldados del Sol! ¡Dedicado a los intrépidos comandos del espacio!»*

Más abajo exhibían una película titulada *¡Tarzán contra los monstruos de Saturno!*

Tarzán, según recordaba de sus lecturas, era un antiguo héroe étnico de la Tierra.

Todo era maravilloso, pero aún había más. Observó pequeñas tiendas donde era posible comprar toda clase de comida, y especialmente platos terrestres como *pizza*, *perros calientes*, *spaghetti* y otros. Y había tiendas en que vendían las ropas sobrantes de las flotas espaciales terrestres, y otras en que sólo servían bebidas.

Simon no sabía por dónde empezar. De pronto oyó una salva de disparos

a sus espaldas y dio media vuelta.

Se trataba de una galería de tiro, una galería estrecha y larga, pintada con colores chillones, con un mostrador que llegaba a la cintura. El encargado, un individuo gordo con un lunar en la barbilla, estaba sentado en un taburete y sonrió a Simon astutamente.

—¿Quieres probar suerte?

Simon se aproximó y vio que, en lugar de las dianas normales, había cuatro jóvenes, semidesnudas, al extremo de la galería, sentadas sobre butacas baleadas. Tenían pintados en la frente unos diminutos blancos, y encima de cada pecho.

—Pero ¿aquí disparan balas de verdad? —se asombró Simon.

—¡Naturalmente! En la Tierra existe una ley contra la falsa publicidad. ¡Balas de verdad y muchachas vivas! ¡Pase y derribe una!

—¡Vamos, deportista! —le llamó una de las chicas—. ¡Seguro que fallas!

—¡No serías capaz de tocar el costado de una nave espacial! —gritó otra.

—¡Seguro que puede! —exclamó la tercera—. ¡Vamos, cariño!

Simon se frotó la frente, intentando no mostrar demasiado asombro. Al fin y al cabo, estaba en la Tierra, donde todo estaba permitido mientras fuese comercialmente viable.

—¿Hay también galerías donde disparan contra hombres? —quiso saber.

—Claro —asintió el encargado—. Pero tú no serás un pervertido, ¿verdad?

—¡Oh, no!

—¿Eres de otro mundo?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Por el traje. Siempre me lo dice el traje —el gordo cerró los ojos y canturreó—: ¡Pasa, pasa y mata a una mujer! ¡Libérate de tu carga de represiones! ¡Aprieta el gatillo y siente cómo la ira te abandona! ¡Mejor que un masaje! ¡Mejor que emborracharse! ¡Pasa, pasa y mata a una mujer!

—¿Os morís cuando os matan? —preguntó Simon a una joven.

—No seas estúpido.

—Pero el choque...

—Podría ser peor —ella se encogió de hombros.

Simon estaba a punto de preguntar qué podía ser peor, pero el encargado se inclinó sobre el mostrador, hablándole confidencialmente:

—Mira, chico, mira lo que tengo aquí.

Simon miró al otro lado del mostrador y divisó una ametralladora.

—Por un precio ridículamente bajo —continuó el gordo— te dejo usarla. Puedes rociar todo el local, derribar las lámparas y destrozar las paredes. Lleva balas del 45, amigo, y cocea como una mula. Cuando dispires con este trasto sabrás lo que es disparar.

—No me interesa —repuso Simon con severidad.

—Tengo un par de granadas —añadió el encargado—. Naturalmente, sólo fragmentación. Podrías...

—¡No!

—Por otro precio, también puedes disparar contra mí, si es tu capricho, aunque jamás lo hubiera adivinado. ¿Qué dices?

—¡No! ¡Nunca! ¡Esto es horrible!

—¿No estás de humor ahora? —el encargado le miró compasivamente—. De acuerdo. Esto está abierto las veinticuatro horas del día. Hasta la vista, chico.

—¡Nunca! —repitió Simon, saliendo a la calle.

—¡Te aguardaré, amor! —le gritó una de las jóvenes.

Simon se fue a un establecimiento de refrescos y pidió un vaso pequeño de coca-cola. Le temblaban las manos. Hizo un esfuerzo por serenarse y se tomó la bebida. Recordó que no debía juzgar la Tierra de acuerdo con sus propias normas. Si a los terráqueos les gustaba matar a la gente y las víctimas no se oponían, ¿por qué nadie tenía que oponerse?

¿O sí?

Meditaba en esto cuando una voz a su lado le interpeló:

—Hola, muchacho.

Simon, al volverse, vio a un hombrecito de cara furtiva y arrugada, con una gabardina muy grande, que estaba junto a él.

—¿Extranjero? —le preguntó el recién llegado.

—Si. ¿Cómo lo sabe?

—Los zapatos, siempre miro los zapatos... ¿Le gusta nuestro planeta?

—Es... perturbador —manifestó Simon cautelosamente—. Bueno, no esperaba...

—Claro. Usted es un idealista. Una sola mirada a su honrado semblante me lo ha dicho, amigo. Usted vino a la Tierra con un propósito definido. ¿Estoy en lo cierto?

Simon asintió.

—Y conozco su propósito, amigo —continuó el hombrecillo—. Usted busca una guerra que libre al mundo de algo, y ha venido al mejor sitio. Tenemos seis grandes guerras constantes, y ninguna supera a la otra.

—Lo siento, pero...

—En este instante —le interrumpió el otro—, los obreros pisoteados del Perú se hallan enzarzados en una lucha desesperada contra una monarquía corrompida y decadente. ¡Un hombre podría inclinar la balanza! ¡Usted, amigo mío, podría desequilibrar la lucha! ¡Usted garantizaría la victoria socialista!

Al observar la expresión de Simon, el hombrecillo se corrigió rápidamente:

—Aunque tampoco está mal una aristocracia inteligente. El prudente y viejo rey del Perú (un monarca filósofo en el sentido más platónico de la palabra) necesita ayuda. Su pequeño cuerpo de científicos, humanitaristas, guardias suizos, caballeros del reino y aldeanos reales se hallan acorralados por la conspiración socialista, de inspiración extranjera. Un solo hombre podría...

—No me interesa.

—En China, los anarquistas...

—No.

—¿Prefiere los comunistas de Gales? ¿O los capitalistas de Japón? ¿Acaso sus afinidades se hallan del lado de un grupo minoritario como los feministas, los rohicionistas, los plateristas franceses? Esto podría solucionarse...

—¿Y quién podría censurárselo? —el hombrecillo asintió velozmente—.

La guerra es un infierno. En este caso, usted ha venido a la Tierra en busca de amor.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Simon.

—El amor y la guerra —sonrió su interlocutor con modestia— son los dos productos más buscados de la Tierra. Los hemos convertido en nuestras especialidades desde el principio del tiempo.

—¿Es difícil encontrar el amor?

—Camine dos manzanas más arriba —le indicó el hombrecillo—. No puede perderse. Dígale a Tate que Joe le envía.

—¡Esto es imposible! No es posible ir en busca de...

—¿Qué sabe usted del amor?

—Nada.

—Pues hay expertos en amor —explicó Joe.

—Sé lo que dicen los libros —replicó Simon—. La pasión bajo la luna...

—Seguro, y los cuerpos abrazados en la playa, ensordecidos por el rumor de las olas.

—¿Ha leído ese libro?

—Es un folleto publicitario. Bien, he de largarme. Dos manzanas más arriba. No puede perderse.

Y saludando con la cabeza, Joe se perdió entre la muchedumbre.

Simon apuró su coca-cola y anduvo lentamente Broadway arriba, fruncida la frente, aunque decidido a no formar juicios prematuros.

Cuando llegó a la Calle 44, divisó un enorme letrero de neón. Anunciaba: «AMOR, SOCIEDAD ANÓNIMA».

Otras letras más pequeñas añadían: «¡Abierto todo el día! ¡Toda la semana!». Y más abajo: «Sólo un tramo de escaleras».

Simon volvió a fruncir el ceño, ya que acababa de cruzar por su mente una terrible sospecha. Sin embargo, subió y penetró en una recepción pequeña y bien amueblada. A un lado se abría un largo corredor hacia una estancia numerada.

En la habitación se hallaba un individuo elegante, de cabellos grises, el cual se puso en pie detrás de su impresionante escritorio y agitó la mano, preguntando:

—Hola, ¿qué tal las cosas por Kazanga?

—¿Cómo sabe que soy de Kazanga?

—La camisa. Siempre miro la camisa. Me llamo Tate, y estoy aquí para servirle lo mejor que pueda. Usted es...

—Simon. Alfred Simon.

—Siéntese, por favor. ¿Un cigarrillo? ¿Una copa? Ah, no se arrepentirá de haber venido. Somos la firma proveedora de amor más antigua del negocio, y mucho mayor que nuestra más próxima competidora, Pasión Ilimitada. Además, nuestros precios son más razonables y le ofrecemos productos de la mejor calidad. ¿Ha oído hablar de nosotros? ¿Ha visto nuestro anuncio a toda página del *Times*? O bien...

—Me envía Joe.

—Ah, es muy activo —aprobó Tate, moviendo la cabeza plazeramente—. Bien, no hay motivos para demorarse. Usted ha recorrido un largo trayecto en busca del amor y lo tendrá.

Alargó la mano hacia un botón de la mesa, pero Simon detuvo su gesto.

—No quisiera parecerle torpe, pero... —murmuró Simon.

—¿Sí? —le animó Tate sonriendo.

—No lo entiendo —explicó Simon, ruborizándose y con gotas de sudor en la frente—. Creo que me he equivocado de sitio. No he venido a la Tierra sólo para... Bueno, ustedes no pueden vender amor, ¿verdad? ¡No *amor*! Es decir, no se trata del amor real...

—¡Naturalmente! —exclamó Tate, incorporándose en su sillón, con asombro—. ¡Esta es la clave! Cualquiera puede comprar sexo. De hecho, es la cosa más barata del universo, después de la vida humana. Pero el amor es raro, el amor es especial, el amor sólo existe en la Tierra. ¿Ha leído nuestro folleto?

—¿Los cuerpos abrazados en la playa?

—Sí, el mismo. Lo escribí yo. Ofrece una buena idea de ese sentimiento, ¿eh? No es posible obtenerlo de cualquier persona, señor Simon. Sólo de alguien que le ame.

—Aunque no sea un verdadero amor, ¿eh? —preguntó el joven, dubitativamente.

—¡Claro que sí! Si vendiéramos amor simulado, lo etiquetaríamos como tal. Las leyes sobre publicidad son muy severas en la Tierra, se lo aseguro. Puede venderse todo, pero hay que anunciarlo debidamente. ¡Esto es ética, señor Simon!

Tate respiró hondo y continuó con un tono más pausado:

—No, señor, no se confunda. Nuestro producto no es un sucedáneo. Es el mismo sentimiento que los poetas y escritores han pregonado durante miles de años. Gracias a las maravillas de la ciencia moderna, nosotros podemos ofrecerle este sentimiento a su conveniencia, atractivamente empaquetado, completamente a su disposición y por un precio sumamente bajo.

—Pensaba en algo más... más espontáneo.

—La espontaneidad tiene su encanto —concedió Tate—. Nuestros laboratorios de investigación están ocupados en ello. Créame, no hay nada que la ciencia no pueda producir, mientras haya un mercado para ello.

—No quiero esto —rechazó Simon, poniéndose en pie—. Será mejor que me vaya al cine.

—¡Aguarde! —le atajó Tate—. Usted cree que intentamos engañarle. Cree que le presentaremos una chica que fingirá estar enamorada de usted, pero que en realidad no lo estará, ¿no es así?

—Eso creo.

—¡Pues no, señor! Por un lado, resultaría demasiado costoso. Por otro, encontrar y mantener a la chica sería tremendo. Además sería perjudicial psicológicamente para ella, al intentar vivir tan monstruosa mentira.

—Entonces, ¿cómo lo hacen?

—Utilizando nuestros conocimientos científicos y de la mente humana.

A Simon esto le parecía charlatanería. Se dirigió a la puerta.

—Una cosa —le detuvo Tate—. Usted parece inteligente. ¿No cree que podría distinguir el verdadero amor de otro de mentirijillas?

—Ciertamente.

—¡Esta es su garantía! Usted ha de quedar satisfecho, o no ha de abonarme ni un centavo.

—Lo pensaré —decidió Simon.

—¿A qué demorarlo? Los mejores psicólogos afirman que el verdadero

amor es un tónico, un restaurador de la cordura, un bálsamo para el ego herido, un nivelador del equilibrio hormonal y un perfeccionador del estado general del cuerpo. El amor que nosotros proporcionamos es todo esto: es mi afecto profundo y legal, una pasión sin límites, una fidelidad completa, un cariño casi místico hacia los defectos y hacia las virtudes, el deseo de complacer, y además, un detalle que sólo Amor, Sociedad Anónima puede ofrecer: esa chispa primera e incontrolable, ¡ese instante cegador de amor a primera vista!

Tate presionó el botón. Simon frunció el ceño, lleno de dudas. Se abrió la puerta, apareció una joven y Simon dejó de meditar.

Era alta y esbelta, con el cabello castaño, de matices rojizos. Simon no supo nada de su rostro, salvo que le puso lágrimas en los ojos. Y de haberle preguntado por la figura, habría matado al preguntón.

—La señorita Penny Bright —presentó Tate—. Este es el señor Alfred Simon.

La muchacha quiso hablar, pero no encontró las palabras, y Simon también estaba como atontado. La miró y lo *entendió*. Lo demás no importaba. En lo más profundo de su corazón sabía que era amado fiel y realmente.

Se marcharon al momento, cogidos de la mano, y un avión les llevó a un pabellón en medio de un pinar, mirando al mar, y allí charlaron, rieron y se amaron, y más tarde Simon contempló a su amada arropada por las llamas del sol poniente como una diosa de fuego. Y a la luz del crepúsculo, ella le miró con sus enormes ojos, su conocido cuerpo otra vez un misterio. Salió la luna, brillante, cambiando la carne en sombras, y ella lloró y golpeó el pecho de Simon con sus pequeños puños, y Simon también lloró, aunque sin saber por qué. Al fin amaneció, con una claridad débil, inmaculada, temblando sobre sus labios sedientos, sobre sus cuerpos entrelazados, y muy cerca, el rumor de las olas les ensordeció, les inflamó, les enloqueció.

A mediodía estaban de regreso en las oficinas de Amor, S. A. Penny estrechó por un instante la mano de Simon y desapareció por una puerta interior.

—¿Fue amor verdadero? —se interesó Tate.

—Sí.

—¿Fue todo satisfactorio?

—Sí. ¡Oh, sí, fue amor real y satisfactorio! Pero ¿por qué insistió ella en volver?

—Orden posthipnótica —explicó Tate.

~¿Cómo?

—¿Qué esperaba? Todo el mundo anhela el amor, pero algunos no desean pagar por él. Aquí tengo su cuenta.

Simon pagó, enfurecido.

—Esto no era necesario —protestó—. Claro que le pagaría para volver a unirnos. ¿Dónde está ahora? ¿Qué le ha hecho usted?

—Por favor —murmuró Tate—. Serénese.

—¡No quiero serenarme! —gritó Simon—. ¡Sólo quiero a Penny!

—¡Imposible! —arguyó Tate, con cierta frialdad en la voz—. Deje de dar el espectáculo, por favor.

—¿Acaso quiere sacarme más dinero? —voceó Simon—. Está bien, pagaré. ¿Cuánto he de pagar para sacarla de entre sus garras?

Simon exhibió su cartera, que arrojó sobre la mesa.

Tate señaló la cartera con el índice inmóvil.

—Vuelva a meterse eso en el bolsillo. Nosotros somos una firma respetable. Si vuelve a levantar la voz, me veré obligado a echarle de aquí.

Simon se serenó con un gran esfuerzo, se metió la cartera en el bolsillo y tomó asiento. Respiró profundamente antes de hablar.

—Lo siento.

—Así está mejor —aprobó Tate—. No tiene que gritarme. No obstante, si es usted razonable, yo también lo seré. Bien, ¿qué le pasa?

—¿Qué me pasa? —repitió Simon, empezando a gritar. Se dominó—. Que ella me ama.

—Claro.

—Entonces, ¿cómo puede separarnos?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —se asombró Tate—. El amor es un intermedio delicioso, una relajación, bueno para el intelecto, para el ego, para el equilibrio hormonal y para el color de la piel. Pero un individuo

apenas puede desear que continúe, ¿eh?

—Yo sí —afirmó Simon—. Este amor es especial, único.

—Siempre lo son. Pero todos están producidos de igual forma.

—¿Qué?

—Usted debe de conocer el mecanismo que produce el amor, ¿no?

—No. Pensé que era... natural.

—Hace siglos que abandonamos la selección natural —explicó Tate—, poco después de la Revolución Mecánica. Era demasiado lenta, poco comercial. ¿Por qué depender de ella, cuando nosotros podemos producir cualquier sentimiento a voluntad, mediante el acondicionamiento y los estímulos adecuados de ciertos centros cerebrales? ¿El resultado? ¡Penny, totalmente enamorada de usted! Su propio amor, que ya calculamos en favor de su somatipo especial, lo completó. Siempre llevamos a la pareja a la playa, a la luz de la luna, al alba pálida...

—Entonces, hubieran podido lograr que amase a cualquier otro —murmuró Simon.

—Pudimos *enamorarla* de cualquier otro —le corrigió Tate.

—Oh, Dios mío, ¿cómo se prestó ella a esta maquinación? —exclamó Simon.

—Ella entró y firmó un contrato del modo usual —explicó—. Da buen resultado. Y al término del contrato... de arrendamiento, le devolvemos la personalidad primitiva... ¡sin tocar! Pero ¿por qué lo califica de maquinación? En el amor no hay nada reprehensible.

—¡No era amor! —chilló Simon.

—¡Lo era! ¡El artículo auténtico! Las firmas científicas han llevado a cabo análisis cualitativos, en comparación con el amor natural. En todos los casos *nuestro* amor, comprobado al máximo, demostró ser más profundo, más apasionado, más fervoroso, más extenso.

—Óigame —dijo Simon, después de cerrar y abrir de nuevo los ojos—. Nada me importan sus análisis científicos. Yo la amo, ella me ama, es todo lo que cuenta. ¡Deje que hable con ella! ¡Quiero que nos casemos!

—¡Vamos, vamos! —Tate arrugó la nariz, enojado—. ¡Querer casarse con una chica como ésta! Claro que si lo que busca es un matrimonio,

también podemos solucionarlo con un amor espontáneo e idílico, con una virgen inspeccionada por el médico gubernamental...

—¡No! ¡Amo a Penny! ¡Al menos, déjeme hablar con ella!

—Imposible —declaró Tate.

—¿Por qué?

Tate pulsó el botón de la mesa.

—¿Por qué cree? Porque ya le hemos lavado el cerebro. Penny, ahora, está enamorada de otro.

Simon lo comprendió. Comprendió que Penny estaba ya mirando a otro hombre con la misma pasión con que le había mirado a él, experimentando hacia otro hombre un amor completo y profundo, ese amor que la empresa había demostrado que era mejor que el de la selección natural, poco comercial y anticuado, y que en la misma playa anunciada por el folleto, Penny y el otro se amarían...

Simon se abalanzó hacia la garganta de Tate. Dos ayudantes, que habían penetrado en el despacho unos momentos antes, le cogieron y empujaron hacia la puerta.

—¡Recuérdelo! —le advirtió Tate—. ¡Esto no invalida en modo alguno su experiencia!

De manera infernal, Simon intuyó que Tate le decía sólo la verdad.

Y se encontró en la calle.

Al principio sólo pensó en huir de la Tierra, donde las cosas impracticables eran peores de lo que un hombre puede soportar. Echó a andar a buen paso, y su Penny iba a su lado, su rostro glorificado por su amor hacia él, y él... y él... y tú... y tú...

Y, naturalmente, llegó a la galería de tiro.

—¿Quiere probar su suerte? —le ofreció el encargado.

—Ahora mismo —masculló Simon.

# **HARRISON BERGERON**

Kurt Vonnegut, Jr.

*Un corrosivo relato a medio camino entre la ciencia ficción y la alegoría, en el peculiar estilo del autor de Matadero cinco y Las sirenas de Titán.*

Corría el año 2081, y por fin todos eran iguales. No sólo eran iguales ante Dios y la ley: lo eran en todo sentido. Nadie era más elegante, ni de mejor aspecto, ni más vigoroso o más listo que los otros. Tal igualdad se debía a las Enmiendas 211, 212 y 213 de la Constitución, y a la incesante vigilancia de los agentes del Disminuidor General de los Estados Unidos.

Sin embargo, algunas cosas todavía no alcanzaban la perfección. Abril, por ejemplo, no habiendo florecido la primavera, aún enloquecía a la gente. Y en ese frío y húmedo mes, los hombres del DG apresaron a Harrison, de catorce años, hijo de George y Hazel Bergeron.

Fue trágico, es cierto, pero George y Hazel no tuvieron tiempo de prolongar su aflicción. Hazel poseía una inteligencia término medio, lo que quiere decir que era incapaz de pensar nada excepto por breves ráfagas. Y George, cuya inteligencia superaba levemente lo normal, tenía en su oído una pequeña radio de disminución mental: la ley le obligaba a usarla permanentemente. Estaba sintonizada con un transmisor gubernamental que cada veinte segundos emitía unos ruidos agudos dedicados a evitar que el cerebro de personas como George se aventajara.

George y Hazel estaban mirando la televisión. Había lágrimas en las mejillas de Hazel, pero de momento olvidó a qué se debían, mientras las bailarinas finalizaban una danza.

En la cabeza de George vibró un zumbido. Sus pensamientos alzaron el vuelo empavorecidos, como ladrones sorprendidos por una alarma.

—La danza que acaban de bañar es bellísima —dijo Hazel.

—¿Eh? —se sobresaltó George.

—Esa danza... era hermosa... —repitió Hazel.

—*Yup* —hizo George.

Trató de pensar en las bailarinas. No eran muy buenas..., en todo caso no mejores que otras. Llevaban su lastre colgado, sus sacos llenos de perdigones y estaban enmascaradas, de manera que, contemplando un movimiento suelto y gracioso o un rostro bonito, nadie sintiese como si un gato le arañara interiormente. George jugaba con la vaga idea de que las danzarinas quizá no debieran ser disminuidas. Antes de que esta noción pudiera afianzarse, un nuevo ruido de su audífono dispersó sus pensamientos.

George hizo una mueca de desagrado.

Hazel vio su gesto. Puesto que no usaba disminuidor mental, preguntó a George por las características del último sonido.

—Sonó como el golpe de un martillo repiqueteando en una botella de leche —respondió George.

—Supongo que debe de ser interesante oír los diferentes sonidos —reflexionó Hazel con envidia—. ¡Qué cosas se inventan!

—Hum —rumió George.

—Si yo fuese Disminuidora General, ¿sabes qué haría? —Hazel se parecía manifiestamente a la DG, una mujer llamada Diana Moon Glampers—. Si yo estuviera en el lugar de Diana Moon Glampers, los domingos pondría campanas..., solamente campanas. Como si homenajeara a la religión.

—Ya veo; si esto fueran campanas... —se quejó George.

—Las haría melodiosas —se exaltó Hazel—. Creo que yo sería una buena DG.

—Tan buena como cualquiera —convino George.

—¿Quién sabe mejor que yo qué es lo normal? —dijo Hazel.

—Sin duda...

George tuvo una fugacísima visión de su hijo anormal, Harrison, que se encontraba encarcelado, pero una salva de veintiún cañonazos dentro de su cabeza le impidió aclarar su vislumbre.

—¡Muchacho!... —exclamó Hazel—. Eso fue una conmoción, ¿no?

Era una conmoción tal, que George se puso pálido y trémulo, y las lágrimas se agolparon en sus ojos enrojecidos. Dos de las ocho bailarinas se

desplomaron en el piso del estudio, y se apretaban las sienes.

—Ahora se te ve muy cansado —observó Hazel—. ¿Por qué no te estiras en el sofá y descansas tu saco de lastre sobre las almohadas, querido? —se refería a los diecinueve kilos de perdigones en una bolsa de lona que iba sujeta con un candado al cuello de George—. Ve y deja reposar el saco. No me preocupará que seas distinto a mí por un rato.

George sopesó su carga.

—Esto no me importa. No lo noto más: es parte de mí.

—Últimamente te noto fatigado..., algo así como agotamiento —comprobó Hazel—. Si se pudiera agujerear el fondo y sacar algunas bolas de control gubernamental...

—Dos años de prisión y dos mil dólares por cada bola de la que me deshaga —calculó George—. No es negocio.

—Si te atrevieras a desprenderte de unas pocas al volver del trabajo —sugirió Hazel—. Quiero decir... tú no compites con nadie: sólo andas por aquí.

—Si osara quitarme esto de encima —George se puso serio— otras personas harían lo mismo... y muy pronto retrocederíamos a las épocas oscuras, cuando cada uno rivalizaba con los demás. No te gustaría, ¿eh?

—Lo odiaría —convino Hazel.

—Ya ves —meditó George—. ¿Qué crees que sucedería con la sociedad si se empieza a transgredir la ley?

Si Hazel estuviese incapacitada para responder a esa pregunta, tampoco George hubiera podido proveer una. El estridor de una sirena resonaba en su cráneo.

—Supongo que se desmoronaría —conjeturó Hazel.

—¿Qué? —George empalideció.

—La sociedad —dijo Hazel vacilante—. ¿No hablabas de eso?

—Quizá —admitió George.

Un boletín informativo interrumpió súbitamente el programa de televisión. En un principio la información era confusa, porque el locutor, como todos los locutores, tenía serias dificultades con el habla.

Durante un minuto, y presa de gran excitación, el locutor se esforzó por

decir: «Señoras y señores.»

—Está bien —aprobó Hazel—, lo intentó. Eso es lo importante. Lo hizo como mejor pudo con lo que Dios le dio. Conseguirá un aumento de sueldo, por haberse esmerado.

—Señoras y señores —dijo la bailarina leyendo el boletín.

A juzgar por su horrible máscara, debía ser extraordinariamente hermosa. Podía verse fácilmente que era la más fuerte y agraciada de las bailarinas, porque sus bolsas disminuidoras eran del tamaño de las usadas por hombres de cincuenta kilos.

Se disculpó seguidamente por su voz, muy desagradable en una mujer: una cálida, luminosa, eterna melodía.

—Perdónenme —dijo, y comenzó nuevamente, hablando en un tono sin matices—. Harrison Bergeron, de catorce años de edad —anunció casi graznando—, acaba de fugarse de la cárcel, donde se encontraba como sospechoso de subversión contra el gobierno. Es un genio y un atleta. Está insuficientemente disminuido y es peligroso en extremo.

Una fotografía policial de Harrison Bergeron apareció fugazmente en la pantalla... del revés, luego oblicuamente, otra vez del revés, de nuevo oblicua. La imagen mostraba a Harrison en toda su estatura sobre un telón de fondo calibrado en centímetros. Medía un metro noventa y cinco.

Lo demás de la imagen era quincallería. Jamás se habían soportado disminuidores más pesados.

Harrison habla sorteado la edad difícil tan rápidamente, que los hombres del DG no lo advirtieron. En vez de un pequeño audífono de disminución mental, portaba un par de tremendos auriculares, y unas gafas de espesos y ondulados lentes. Las gafas casi le cegaban y le producían un dolor de cabeza que golpeaba ruidosamente.

Trozos de metal le colgaban por todo el cuerpo. Generalmente, los disminuidores preparados para personas corpulentas guardaban cierta simetría, cierta pulcritud militar; pero Harrison semejava un parque de chatarra ambulante. En la carrera de la vida, Harrison arrastraba setenta y cinco kilos.

Para contrapesar sus atractivos, los hombres del DG le exigieron el uso

permanente de una bola de goma roja sobre la nariz, conservar afeitadas las cejas y cubrir sus dientes blancos e iguales con capas negras alternadas.

—Si se encuentran con este muchacho —dijo la bailarina—, no traten (repito: no traten) de discutir con él.

Se oía el chirrido de una puerta girando sobre sus goznes.

Ladridos y gritos de consternación provenían del estudio de televisión. La fotografía de Harrison Bergeron apareció una y otra vez, como si danzara al ritmo de un terremoto.

George Bergeron identificó claramente el terremoto; para muchas personas en ese momento su propio hogar danzaba al son de la misma melodía estruendosa.

—Dios mío —exclamó George—. Ese debe de ser Harrison.

Un ruido de colisión de autos eliminó al instante la suposición de su mente.

Cuando George pudo abrir los ojos, la fotografía de Harrison había desaparecido. Anhelante y pleno de vida, Harrison colmaba la pantalla.

Un Harrison grotesco y que sonaba a metal se encontraba de pie en el centro del estudio. Aún sostenía en su mano el tirador de la puerta reventada. Bailarinas, técnicos, músicos y locutores, de rodillas ante él, esperaban morir.

—¡Soy el Emperador!... —gritó Harrison—. ¿Me oyen? ¡Soy el Emperador! ¡Todo el mundo hará lo que yo ordene!

Pateó el piso y el estudio tembló. Luego vociferó:

—¡Tal como me ven, estropeado, cojo, enfermo, soy el más grande gobernante que haya vivido jamás! ¡Ahora, mirad cómo me transformo en lo que *puedo* convertirme!

Harrison despedazó las correas de sus arcos disminuidores como un papel de seda mojado..., correas garantizadas para soportar el peso de setenta y cinco kilos.

Los trozos de hierro del disminuidor de Harrison se estrellaron en el suelo.

Harrison metió sus pulgares bajo la barra del candado que sujetaba el arco a su cabeza, y aquélla crujió igual que un apio al quebrarse. Harrison destrozó sus auriculares y sus gafas contra el muro.

Arrojó su nariz-bola de goma y descubrió a un hombre que impondría respeto a Thor, el dios del trueno.

—¡Ahora elegiré a mi Emperatriz! —anunció, mirando a la gente hincada—. ¡La primera mujer que se arriesgue a ponerse de pie, puede reclamar a su compañero y su trono!

Luego de un momento, una bailarina se irguió, meciéndose como un sauce.

Harrison le arrancó de la oreja el disminuidor mental, retiró los lastres de su cuerpo con infinita delicadeza. Finalmente, le quitó la máscara.

Era deslumbradoramente bella.

—Ahora —Harrison la tomó de la mano—, enseñaremos a esta gente el significado de la palabra danza. ¡Música! —ordenó.

Los músicos se apresuraron a sentarse, y Harrison les despojó de sus disminuidores.

—Tocad con vuestra mayor destreza, y os haré barones, duques y condes.

La música comenzó. En un principio era normal: barata, estúpida, fácil. Pero Harrison arrebató a dos músicos de sus asientos, los agitó como batutas y conturreó indicándoles cómo quería que se tocara. Los devolvió a sus sillas.

Empezó nuevamente la música, y sonó mucho mejor.

Harrison y su Emperatriz, por un rato, se limitaron a escuchar; escucharon con aire grave, como si los latidos de sus corazones se internaran en la melodía.

Todo su peso reposó en la punta de sus pies.

Las grandes manos de Harrison se posaron en el delicado talle de la muchacha, haciéndole sentir la ingravidez que pronto la poseería.

¡Y entonces, en un estallido de alegría y de gracia, saltaron en el aire!

Ignoraron las leyes de la Tierra, y también la ley de la gravedad y las leyes del movimiento.

Voltearon, giraron vertiginosamente, volaron, hicieron cabriolas, brincaron y dieron volteretas.

Saltaron como ciervos en la luna.

El cielo raso se alzaba a diez metros, pero cada salto de los bailarines los acercaba a él.

Evidentemente, querían rozar el techo.

Lo tocaron.

Y entonces, neutralizando la gravedad con amor y pura voluntad, quedaron suspendidos en el aire y se besaron largamente.

Diana Moon Glampers, la Disminuidora General, irrumpió en el estudio enarbolando una escopeta de dos cañones del calibre diez. Hizo fuego dos veces, y el Emperador y la Emperatriz cayeron muertos a sus pies.

Diana Moon Glampers recargó el arma. Apuntó a los músicos y les conminó a colocarse sus disminuidores antes de diez segundos.

En ese momento, el tubo del televisor de los Bergeron se fundió.

Hazel se volvió para comentar con George el apagón. Pero George había ido a la cocina por una lata de cerveza.

George regresó, deteniéndose mientras lo sacudía una señal disminuidora. Y se sentó.

—¿Has llorado? —preguntó a Hazel, viéndola secarse las lágrimas.

—*Yup* —hizo ella.

—¿Por qué?

—Lo olvidé. Habrá sido algo triste en la televisión.

—¿Qué era?

—Siento que me rondan chifladuras en la cabeza —explicó Hazel.

—Desecha las cosas tristes —aconsejó George.

—Siempre lo hago.

—¡Esta es mi chica! —alentó George. Se estremeció. El sonido de una pistola machacaba en su cerebro.

—¡Vaya! Me parece que ha sido una conmoción —susurró Hazel.

—Repite eso —pidió George.

—¡Caramba! —accedió Hazel—. Me parece que ha sido una conmoción.

# LA NOCHE MUERE

Isaac Asimov

*Nuestros lectores no sólo conocen perfectamente a Asimov, sino también su inclinación por lo detectivesco, manifestada en su pintoresca serie de los «Black Widowers». Hoy les presentamos a Wendell Urth, uno de los personajes favoritos de su autor. Gordo y sutil como Nero Wolfe, maniático y genial como Holmes, y tan vanidoso bajo su fina capa de falsa modestia como el propio Asimov.*

## PRIMERA PARTE

Era casi una reunión de clase, y aunque estaba marcada por la ausencia de cordialidad, no había aún ningún motivo para sospechar que iba a producirse una muerte.

Edward Talliaferro, recién llegado de la Luna y con las piernas todavía sin acostumbrar a la gravedad, se reunió con los otros dos en la habitación de Stanley Kaunas. Este se levantó para saludarle de un modo sojuzgado. Battersley Ryger se limitó a seguir sentado e inclinar la cabeza.

Talliaferro hundió su corpachón en el diván, apercibiéndose de su extraordinario peso. Hizo una mueca, torciendo los labios hacia dentro del borde de su bigote y su barba.

Ya se habían visto los tres antes en condiciones más ceremoniosas. Ahora, por primera vez, estaban solos.

—Esta es una gran ocasión —manifestó Talliaferro—. Nos reunimos por primera vez en diez años. Por primera vez, de hecho, desde que nos licenciamos.

Ryger arrugó la nariz. Se la habían roto poco antes de su licenciatura y había recibido el diploma de astrónomo con un vendaje que le desfiguraba el rostro.

—¿Ha pedido alguien champaña u otra cosa? —preguntó gruñendo.

—¡Vamos! —exclamó Talliaferro—. La primera gran convención astronómica interplanetaria de la historia no es motivo para enfadarse. ¡Y menos entre amigos!

—Es la Tierra —rezongó Kaunas—. No me sienta bien. No logro acostumbrarme.

Sacudió la cabeza, pero conservó la expresión deprimida.

—Lo sé —asintió Talliaferro—. Yo me siento pesado. Y esto me resta energías. Sin embargo, tú estás mejor que yo, Kaunas. La gravedad de Mercurio es 0,4 de la normal. En la Luna, es sólo 0,16. —Interrumpió la frase que iba a pronunciar Ryger, añadiendo—: Y en Ceres el campo de pseudogravedad está regulado a 0,8. Tú no tienes ningún problema, Ryger.

—Es el aire libre —masculló el astrónomo de Ceres—. Me asombra aún poder salir fuera sin un traje especial.

—De acuerdo —asintió Kaunas—. Y la misma sensación produce que el sol te dé en el cuerpo.

Talliaferro se sintió transportado al pasado. Los otros dos no habían cambiado mucho. Ni él. Naturalmente, tenían diez años más. Ryger había engordado un poco y el rostro afilado de Kaunas estaba algo arrugado, pero habría reconocido a ambos de haberles encontrado sin previo aviso.

—No creo que sea culpa de la Tierra —dijo—. Enfrentémonos con la verdad.

Kaunas le miró sagazmente. Era un individuo de manos muy nerviosas y habitualmente llevaba unos trajes que parecían prestados por alguien mucho mayor.

—¡Villiers! Lo sé —afirmó—. A veces pienso en él. —Con cierta desesperación añadió—: Recibí una carta suya.

Ryger se irguió en su asiento, oscureciéndose su olivácea tez.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Hace un mes.

—¿Y tú? —le preguntó Ryger a Talliaferro.

El astrónomo lunar parpadeó plácidamente y asintió.

—Se ha vuelto loco —aseguró Ryger—. Afirma haber descubierto un método práctico de transposición de masa a través del espacio. ¿Os contó lo mismo a vosotros? Exacto, entonces. Siempre ha sido un poco... chiflado. Y ahora se ha desquiciado.

Se frotó con fuerza la nariz y Talliaferro recordó el día en que Villiers se la había roto.

Durante diez años, Villiers les había perseguido como la vaga sombra de una culpa que en realidad no era suya. Se habían graduado juntos, cuatro

hombres inteligentes y estudiosos, dedicados a una profesión que había alcanzado nuevas alturas en la era de los viajes interplanetarios.

Los observatorios escrutaban otros mundos, rodeados por el vacío, sin estar velados por el aire.

Estaba el observatorio lunar, desde el que podían estudiarse la Tierra y los planetas interiores; un mundo silencioso en cuyo cielo colgaba el planeta madre.

El observatorio de Mercurio, el más próximo al Sol, encaramado en el polo norte del planeta, donde el terminator apenas se movía y el Sol se hallaba fijo en el horizonte, pudiendo ser estudiado en sus más mínimos detalles.

El observatorio de Ceres, el más moderno, el más nuevo, abarcaba desde Júpiter a las galaxias más exteriores.

Claro está, había desventajas. Siendo aún difíciles los viajes interplanetarios, había pocos permisos, era imposible llevar una existencia normal, y no obstante se trataba de una generación más feliz. Los nuevos científicos encontrarían bien arados los campos del saber y, hasta el invento de los viajes interestelares, no se abriría ningún otro horizonte mejor.

Esos cuatro dichosos mortales, Talliaferro, Ryger, Kaunas y Villiers, iban a gozar de la posición de un Galileo que, por virtud de poseer el primer telescopio auténtico, apenas lo apuntaba hacia el cielo sin hacer un nuevo descubrimiento.

De pronto. Romano Villiers se puso enfermo de fiebre reumática. ¿De quién era la culpa? El corazón le fallaba, dejándole desvalido.

Era el más inteligente de los cuatro, el que ofrecía más esperanzas, el más intenso... y ni siquiera podía ahora terminar sus estudios y conseguir el diploma.

Peor aún, nunca podría abandonar la Tierra, ya que la aceleración del despegue de una nave espacial le mataría.

Talliaferro fue destinado a la Luna, Ryger a Ceres y Kaunas a Mercurio. Sólo Villiers se quedó condenado de por vida a la Tierra.

Intentaron darle muestras de su compasión, pero Villiers los rechazó con algo próximo al odio. Los despidió, maldiciéndoles. Cuando Ryger perdió los

estribos y levantó el puño, Villiers saltó hacia él gritando y le rompió la nariz.

Naturalmente, Ryger no lo había olvidado, ya que ahora se estaba acariciando el apéndice nasal con un dedo.

La frente de Kaunas era un conjunto de arrugas.

—Forma parte de la convención. Ocupa la habitación 405 de este hotel.

—No quiero verle —exclamó Ryger.

—Va a venir. Dijo que quería vernos. Pensé... Bueno, dijo a las nueve. No tardará.

—En tal caso —masculló Ryger—, si no os molesta, yo me largo.

—Oh, espera un poco —le detuvo Talliaferro—. ¿Qué mal hay en verle?

—Ninguno. Pero está loco.

—Aun así. No seamos quisquillosos. ¿O acaso le temes?

—¿Temerle? —exclamó Ryger desdeñosamente.

—Bien, estás nervioso. ¿Por qué?

—No estoy nervioso.

—Claro que sí. Todos nos sentimos mi poco culpables, sin el menor motivo. Lo ocurrido no fue culpa nuestra.

Pero Talliaferro hablaba a la defensiva y lo sabía.

Y cuando, casi al momento, sonó la señal de la puerta, los tres se sobresaltaron y se volvieron a mirar la barrera que les separaba de Villiers.

Se abrió la puerta y entró Romano Villiers. Los otros se pusieron en pie y le saludaron envaradamente, continuando con cierto embarazo, sin que una sola mano se alargase.

Villiers les contempló sardónicamente.

«Ha cambiado», pensó Talliaferro.

Era cierto. Se había encogido casi en cada dimensión. La pequeña joroba disminuía su estatura. La piel del cráneo relucía por entre el ralo cabello, la piel del dorso de sus manos estaba surcada por innumerables venillas azules. Parecía enfermo. Nada podía relacionarle con los recuerdos pasados, excepto el gesto de protegerse los ojos con una mano cuando miraba intensamente y cuando hablaba con su voz de barítono, regular, controlada.

—¡Amigos míos! —exclamó—. ¡Mis amigos trotaespacios! Hemos perdido el contacto.

—Hola, Villiers —dijo Talliaferro.

—¿Estás bien? —inquirió Villiers, mirándole fijamente.

—Bastante bien.

—¿Y vosotros dos?

Kaunas esbozó una sonrisa y murmuró unas palabras.

—Todo va bien, Villiers —repuso Ryger—. ¿Por qué?

—Ryger, el hombre colérico —comentó Villiers—. ¿Cómo te va por Ceres?

—Estaba bien cuando salí de allí. ¿Y la Tierra?

—Ya lo ves —pero Villiers apretó los labios al decirlo. Continuó—. Espero que el motivo de que los tres asistáis a la convención será escuchar mi lectura pasado mañana.

—¿Tu lectura? ¿Qué lectura? —se pasmó Talliaferro.

—Oh, todo lo tengo escrito en un papel. Mi método sobre la transposición de masa.

Ryger sonrió torcidamente.

—Sí, lo sé, aunque no habías dicho nada de ningún papel, ni recuerdo que figures en la lista como orador. De lo contrario, me habría fijado.

—Exacto, no estoy en la lista. Ni he preparado ningún extracto para su publicación.

Villiers enrojeció y Talliaferro trató de calmarle:

—No te excites, Villiers. No tienes buen aspecto.

—Mi corazón aún resiste, gracias —rezongó Villiers dando media vuelta.

—Oye, Villiers —intervino Kaunas—, si no estás en la lista ni has hecho un extracto...

—Óyeme tú a mí. He aguardado diez años. Vosotros tenéis vuestros empleos en el espacio y yo he de enseñar aquí, en la Tierra, pero soy más inteligente que cualquiera de vosotros.

—De acuerdo —asintió Talliaferro.

—Tampoco deseo vuestra compasión. Mandel lo vio. Supongo que habréis oído hablar de Mandel. Es el presidente del departamento de

Astronáutica en la convención y le hice una demostración de la transposición de la masa. Fue con un aparato burdo, que se quemó después de la primera prueba, pero... ¿Me estáis escuchando?

—Te escuchamos —replicó Ryger fríamente—, en lo que vale.

—Me dejó hablar a mi aire. Seguro que sí. Sin previo aviso. Sin anuncios. Y mi demostración caerá como una bomba. Cuando yo dé las relaciones involucradas, la convención se derrumbará. Se marcharán todos a sus respectivos laboratorios para comprobar mis palabras y mi descubrimiento. Y verán que es la verdad. Conseguí que un ratón vivo desapareciera de un rincón de mi laboratorio y apareciese en otro. Mandel lo vio.

Les miró, primero fijamente una cara y luego las otras.

—No me creéis, ¿verdad? —concluyó.

—Si no deseas publicidad —preguntó Ryger—, ¿por qué nos lo estás explicando?

—Vosotros sois diferentes. Sois mis amigos, mis condiscípulos. Os fuisteis al espacio, dejándome en la Tierra.

—No fue culpa nuestra —objetó Kaunas con un hilo de voz.

Villiers ignoró la observación.

—De modo que ahora quiero que lo sepáis —prosiguió—. Lo que ejerce efecto en un ratón también lo ejercerá en el cuerpo humano. Y lo que puede trasladarse dos metros en un laboratorio, podrá trasladarse por el espacio. Yo estaré en la Luna y en Mercurio, o en Ceres, en todas partes adonde quiera ir. Me equipararé con cualquiera de vosotros y más aún. Y contribuiré a la astronomía con algo más que con enseñar en la academia; más que vosotros en vuestros laboratorios con los telescopios, las cámaras y las naves espaciales.

—Bien, esto me complace mucho —observó Talliaferro—. Más poder para ti. ¿Podría ver una copia de ese papel?

—Oh, no —Villiers cruzó las manos sobre el pecho como si protegiese un papel fantasmal contra toda observación—. Vosotros aguardaréis como todo el mundo. Sólo existe una copia y nadie la verá hasta que yo quiera. Ni siquiera Mandel.

—¿Una copia? —se asustó Talliaferro—. ¿Y si se extravía o...?

—Oh, no. Y en ese caso, lo llevo todo en la cabeza.

—Si tú... —Talliaferro estuvo a punto de decir «mueres», pero se contuvo a tiempo. En cambio, prosiguió, tras una pausa imperceptible—  
tuvieras un poco de sentido común, al menos fotocopiarías el documento. Por cuestión de seguridad.

—No —rechazó Villiers—. Pasado mañana lo oiréis todo. Ante vosotros se ensanchará el horizonte humano de una vez, como nunca antes. —Volvió a contemplarlos uno a uno—. Diez años... —murmuró—. Adiós.

—Está loco —exclamó Ryger, mirando la puerta, como si Villiers aún estuviera en el umbral.

—¿Tú crees? —observó Talliaferro pensativamente—. Sí, supongo que, en cierto modo, sí. Nos odia por motivos irracionales. Y ni siquiera fotografía o fotocopia ese documento como precaución.

Talliaferro exhibió su propia minicámara. Era un cilindro de color neutro, corriente, más corto que un lápiz ordinario. En los últimos años, era algo así como el distintivo de los científicos, como el estetoscopio del médico y la microcomputadora del estadístico. La minicámara se llevaba en un bolsillo de la chaqueta, o prendida a una manga, colocada detrás de la oreja o balanceándose al extremo de una cadena.

Talliaferro, a veces, en sus momentos más filosóficos, se admiraba de los tiempos en que los investigadores tenían que tomar laboriosas notas o archivar copias de tamaño natural. ¡Qué engorro!

Ahora bastaba con fotografiar todo lo escrito o impreso para lograr un micronegativo que luego podía ampliarse a voluntad. Talliaferro ya había minifotografiado todos los extractos incluidos en el programa de la convención. Sus dos compañeros, suponía confiadamente, habrían hecho lo mismo.

—En estas circunstancias —observó—, es una locura negarse a fotografiar esa cuartilla.

—¡Despacio! —gruñó Ryger—. No hay cuartilla, no hay descubrimiento. Diría cualquier embuste con tal de humillarnos.

—Y entonces, ¿qué hará pasado mañana? —preguntó Kaunas.

—¿Cómo puedo saberlo? Es un chiflado.

Talliaferro seguía jugueteando con la minicámara y se preguntó distraídamente si debía sacar y revelar algunos de los fragmentos de película guardados dentro del aparato.

—No subestiméis a Villiers —dijo—. Tiene cerebro.

—Hace diez años, quizá —replicó Ryger—. Ahora está loco. Propongo que le olvidemos.

Lo dijo en voz alta, como para ahuyentar a Villiers y todo lo relacionado con él con la extraña fuerza con que discutía otros temas. Habló de Ceres y su labor allí: el radiotrazado de la Vía Láctea gracias a los nuevos radioscopios capaces de la resolución de las estrellas aisladas.

Kaunas escuchaba y asentía, y después aportó la información referente a las emisiones radiadas de los diversos soles, y respecto a su colaboración en la prensa sobre la asociación de las tormentas de protones con los gigantescos destellos de hidrógeno en la superficie solar.

Talliaferro contribuyó poco a la conversación. El trabajo lunar tenía poco interés en comparación. La última información respecto a la previsión del tiempo a larga distancia a través de la observación directa de las tempestades terrestres no era nada al lado de las tormentas de protones y los radioscopios.

Además, continuaba pensando en Villiers. Era un cerebro. Todos lo sabían. Incluso Ryger, con todo su enfado, debía saber que si la transposición de la masa era posible, Villiers era el descubridor lógico de la misma.

La discusión de sus tareas les llevó a reconocer que entre los tres no habían conseguido gran cosa. Talliaferro estaba al corriente de todos sus ensayos y lo sabía. Sus propios escritos carecían de importancia. Los otros no habían publicado nada de más valor.

Ninguno de los tres (había que reconocerlo) había descubierto algo que hiciera estremecer los espacios. Los colosales sueños de los días de estudiante no se habían cumplido. Eran hombres muy competentes en el trabajo rutinario. Sólo en eso, y lo sabían.

Villiers habría logrado algo más. Y también lo sabían. Era esta seguridad, así como la culpa, lo que les oponía a Villiers.

Talliaferro intuía con inquietud que Villiers, a pesar de todo, todavía sería más que ellos. Los otros debían de opinar lo mismo, y la mediocridad podía

llegar a resultarles intolerable. El documento sobre la transposición de la masa sería leído y Villiers sería el gran hombre al fin y al cabo, como había sido siempre, mientras sus compañeros de clase, con todas sus ventajas, quedarían olvidados. Su papel se reduciría a aplaudir entre la multitud.

Presentía su propia envidia, su pesar, y esto le avergonzaba... aunque no podía desprenderse de tales pasiones.

La conversación se fue extinguiendo.

—Oíd —propuso Kaunas—, ¿por qué no vamos a visitar a Villiers?

Había una falsa cordialidad en la voz, un esfuerzo por conseguir un tono casual muy poco convincente.

—No sirve de nada —añadió— albergar resentimientos...

«Quiere asegurarse respecto a la transposición de la masa —pensó Talliaferro—. Desea que sólo sea la pesadilla de un loco, para poder dormir tranquilo esta noche.»

Pero como también sentía curiosidad, no objetó, y hasta Ryger se encogió a regañadientes.

—Bien, ¿por qué no?

Era un poco antes de las once.

A Talliaferro le despertó el insistente timbre de la señal de su puerta. Se incorporó sobre un codo en la oscuridad, sintiéndose molestado. El suave resplandor del indicador del techo señalaba que aún no eran las cuatro de la madrugada.

—¿Quién es?

El timbre siguió sonando intermitentemente.

Gruñendo, Talliaferro se puso el batín. Abrió la puerta y parpadeó ante la luz del corredor. Reconoció al hombre que tenía delante por haberle visto a menudo en los tridimensionales.

—Me llamo Hubert Mandel —se presentó aquél.

—Sí, señor.

Mandel era uno de los nombres importantes de la astronomía, lo bastante importante para gozar de una fructífera posición administrativa en el

Departamento Mundial de Astronomía, lo bastante activo para ser el presidente de la Sección de Astronáutica, de la Convención.

De pronto, Talliaferro recordó que Villiers había afirmado haberle hecho a Mandel una demostración de la transposición de la masa. Pensar en Villiers le serenó un poco.

—¿Es usted el doctor Edward Talliaferro? —inquirió Mandel.

—Exacto.

—Entonces vístase y venga conmigo. Es muy importante. Se refiere a una amistad común.

—¿Al doctor Villiers?

Mandel parpadeó un poco. Sus cejas y pestañas eran tan claras que parecía carecer de ellas. Su pelo tenía la finura de la seda. Tendría unos cincuenta años.

—¿Por qué Villiers? —preguntó.

—Él le mencionó a usted anoche. Y no sé de ninguna otra amistad común.

Mandel asintió, aguardó a que Talliaferro terminase de vestirse, dio media vuelta y ambos salieron del cuarto. Ryger y Kaunas aguardaban ya en una habitación del piso de encima al de Talliaferro. Kaunas tenía los ojos enrojecidos y extraviados. Ryger fumaba un cigarrillo con impaciencia.

—Ya estamos todos aquí —rezongó Talliaferro—. Otra reunión.

Se sentó, y los tres se contemplaron mutuamente. Ryger se encogió de hombros.

Mandel se paseaba por la estancia, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Caballeros, disculpen esta molestia, y acepten mi agradecimiento por su colaboración, que desearía fuese completa. Nuestro amigo Romano Villiers ha fallecido... Hace una hora se llevaron su cadáver del hotel. El médico certificó paro cardíaco.

Hubo un silencio de asombro. El cigarrillo de Ryger se quedó a medio camino de sus labios y bajó lentamente sin completar el trayecto.

—¡Pobre diablo! —murmuró Talliaferro.

—¡Horrible! —susurró Kaunas roncamente—. Él era...

Le falló la voz.

—Bien —se estremeció Ryger—, tenía el corazón débil. Ya no es posible hacer nada.

—Sólo una cosa —le corrigió Mandel quedamente—. Recuperación.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ryger con acritud.

—¿Cuándo le vieron los tres por última vez? —inquirió Mandel.

—Anoche —declaró Talliaferro—. Fue una reunión. Los tres nos veíamos por primera vez en diez años. No fue una entrevista agradable, lamento decirlo. Villiers creía tener un motivo para estar enojado con nosotros, y se mostró colérico.

—¿Cuándo fue esto?

—La primera vez, hacia las nueve.

—¿La primera vez?

—Le vimos de nuevo más tarde.

—Nos había dejado furioso. No podíamos consentirlo. —Kaunas parecía turbado—. Tenía que intentar... Habíamos sido buenos amigos diez años atrás. De modo que fuimos a su habitación y...

—¿Estuvieron todos en su habitación? —interrogó Mandel.

—Sí —asintió Kaunas, sorprendido.

—¿Hora?

—Hacia las once —miró a los otros. Talliaferro asintió.

—¿Cuánto tiempo estuvieron?

—Dos minutos —intervino Ryger—. Nos ordenó salir, temiendo quizá que quisiésemos quitarle su cuartilla —hizo una pausa como si esperase que Mandel preguntase qué cuartilla, pero éste calló. Prosiguió—: Creo que la guardaba debajo de su almohada. Al menos, se tumbó encima, gritando que nos largáramos.

—Tal vez falleció entonces —murmuró Kaunas débilmente.

—Entonces no —replicó Mandel con sequedad—. Así, seguramente, todos ustedes dejaron huellas dactilares.

—Seguramente —repitió Talliaferro. Estaba perdiendo parte de su automático respeto hacia Mandel, recobrando su antigua impaciencia. *Eran* las cuatro de la madrugada, Mandel o no—. Bien, ¿de qué se trata?

—Caballeros —empezó Mandel—, en la muerte de Villiers hay algo más que el simple hecho. El documento de Villiers, la única copia que existe, que yo sepa, fue embutido en la unidad donde son destruidas las colillas de cigarrillo, y sólo quedaron unos restos. Nunca vi ni leí ese papel, pero sí sé lo suficiente del mismo para poder jurar ante el tribunal, en caso necesario, que los restos de papel no destruido en dicha unidad pertenecen a la hoja que Villiers planeaba leer en la convención. Eh... Parece usted dudarle, doctor Ryger.

—Dudo de que fuese a leer algo —sonrió torvamente Ryger—. Si desea mi opinión, estaba loco. Durante diez años estuvo prisionero en la Tierra y fantaseó sobre la transposición de la masa como un escape. Probablemente esto era lo único que le mantenía con vida. Había fabricado una demostración fraudulenta. No digo que fuese un fraude deliberado. Probablemente era sincero en su locura, y estaba francamente loco. Anoche llegó a su culminación. Vino a vernos (nos odiaba por haber podido abandonar la Tierra), y pretendió triunfar sobre nosotros. Esos diez años sólo había vivido para ese instante. Y pudo haber sido un trauma para él recobrar cierta forma de cordura. Sabía que no podía leer el papel, pues no podía seguir engañando. De modo que lo quemó... y le falló el corazón. Una pena.

Mandel escuchaba al astrónomo de Ceres con expresión desaprobadora.

—Bien expuesto, doctor Ryger —masculló—, pero equivocado. No me dejó engañar tan fácilmente por una demostración fraudulenta. Bien, según los datos del registro, que me he visto obligado a comprobar apresuradamente, ustedes fueron condiscípulos suyos en la universidad. ¿Cierto?

Los tres asintieron.

—¿Hay algunos condiscípulos más en esta convención?

—No —repuso Kaunas—. Nosotros fuimos los únicos cuatro calificados aquel año para el doctorado de Astronomía. Al menos, él se hubiera calificado a no ser...

—Entiendo —asintió Mandel—. Entonces, en ese caso, uno de ustedes visitó anoche una vez más a Villiers.

Hubo un breve silencio.

—Yo no —declaró Ryger fríamente.

Kaunas, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza.

—¿Qué está dando a entender? —quiso saber Talliaferro.

—Uno de ustedes fue a ver a Villiers a medianoche e insistió en ver el papel. Desconozco el motivo. Seguramente con la intención deliberada de causarle el fallo del corazón. Cuando Villiers cayó, el criminal, si puedo llamarle así, estaba dispuesto. Cogió el papel que, podría añadir, probablemente se hallaba debajo de la almohada, y lo fotografió. Luego metió el original en la unidad destructora de colillas, pero lo hizo de prisa y el papel no quedó totalmente destruido.

—¿Cómo sabe usted todo esto? —le interrumpió Ryger—. ¿Fue usted testigo ocular?

—Casi —respondió Mandel—. Villiers no estaba muerto cuando cayó. Al marcharse el criminal, Villiers consiguió levantar el teléfono y llamó a mi habitación. Pronunció ahogadamente unas frases, suficientes para comprender lo ocurrido. Por desgracia, yo no estaba en mi cuarto, retenido por una conferencia tardía. Sin embargo, la cinta grabadora recogió el mensaje. Cuando regreso a mi habitación o a mi despacho, siempre escucho la cinta. Costumbre burocrática. Llamé a Villiers. Ya estaba muerto.

—Entonces —se interesó Ryger—, ¿a quién acusó Villiers?

—A nadie. O si lo hizo, no resultó inteligible. Pero escuché una palabra con toda claridad: *condiscípulo*.

Talliaferro extrajo su minicámara del bolsillo de su chaqueta y la tendió hacia Mandel.

—Si desea revelar la película de este aparato, puede hacerlo. Ahí no hallará la fotocopia del papel de Villiers.

Kaunas hizo lo mismo al momento, y Ryger, aunque frunciendo el ceño, les imitó.

Mandel aceptó las tres minicámaras.

—Presumiblemente —dijo—, el que haya cometido ese, digamos crimen, ya habrá dispuesto del fragmento de película con el papel fotografiado. Sin embargo...

—Puede registrarme a mí y mi cuarto —exclamó Talliaferro.

—Un momento —Ryger aún fruncía el ceño—, un momento. ¿Pertenece usted a la policía?

—¿Desea usted a la policía? —Mandel le miró fijamente—. ¿Quiere un escándalo y una acusación de asesinato? ¿Desea que no se celebre la convención y que la prensa del Sistema haga trizas la astronomía y a los astrónomos? La muerte de Villiers pudo ser accidental. Sufría del corazón. Y el que fue a verle en último lugar seguramente actuó impulsivamente. No debió de ser un crimen premeditado. De modo que si quien sea devuelve el negativo, nos ahorraremos una serie de molestias.

—¿También el criminal? —inquirió Talliaferro.

—Él tal vez no. No le prometo la inmunidad. Pero aunque haya molestias, no se producirá un malestar público ni una condena a perpetuidad, como si interviene la policía.

Silencio.

—Es uno de ustedes tres —insistió Mandel.

Silencio.

—Creo —continuó Mandel— que comprendo el razonamiento original del culpable. El papel quedaría destruido. Sólo nosotros cuatro estábamos enterados de lo referente a la transposición de la masa y sólo yo había asistido a una demostración. Además, ustedes sólo tenían su palabra, quizá la palabra de un loco, de que yo la había presenciado. Muerto Villiers por ataque al corazón y desaparecido el papel, sería fácil creer la teoría del doctor Ryger de que la transposición de la masa no se había descubierto. Pasarían un par de años y nuestro criminal, en posesión de los datos necesarios, revelaría poco a poco, mediante varios experimentos parciales y papeles publicados, el descubrimiento que finalmente le otorgaría dinero y fama. Ni sus condiscípulos sospecharían nada. A lo sumo, creerían que las palabras del loco de Villiers le habían impulsado a iniciar las investigaciones al respecto. Nada más.

Mandel paseó su escrutadora mirada por los tres semblantes que tenía ante sí.

—Pero ahora esto ya no servirá. El que de ustedes tres proclamase haber descubierto la transposición de la masa, se declararía criminal. Yo he visto la

demostración; sé que fue real, y sé que uno de ustedes posee una copia del papel. Por lo tanto, esta información ya no sirve de nada. Bien, que hable el criminal.

*Silencio.*

Mandel fue hacia la puerta y dio media vuelta.

—Les agradeceré que no salgan de aquí hasta que regrese. No tardaré. Espero que el culpable reflexione mientras tanto. Si teme que la confesión le haga perder su empleo, le recordaré que una sesión con la policía le haría perder la libertad y le costaría el sondeo psíquico —cogió las tres minicámaras, con expresión adormilada—. Bien, revelaré estas cintas.

—¿Y si intentásemos huir mientras usted está ocupado? —forzó Kaunas una sonrisa.

—Sólo uno de ustedes tiene motivos para ello. Creo que puedo confiar en que los dos inocentes controlarán al tercero, aunque sólo sea por su propia protección.

Salió.

Eran las cinco de la madrugada. Ryger consultó indignado su reloj.

—¡Un verdadero infierno! Yo quiero dormir.

—Podemos enroscarnos aquí... —dijo Talliaferro filosóficamente—. ¿Planea alguien hacer una confesión?

Kaunas desvió la mirada y Ryger curvó el labio inferior.

—Me lo temía. —Talliaferro cerró los ojos, apoyó la cabeza en el respaldo de su butaca y continuó con voz cansada—: En la Luna están en la estación sosegada. Pasamos una noche que dura dos semanas y después volvemos a estar muy ocupados. Luego hay dos semanas de sol, con sólo cálculos, correlaciones y sesiones ajetreadas. Es una temporada difícil. La odio. Si al menos hubiese más mujeres; si lográsemos arreglar algo permanente...

Entre susurros, Kaunas se refirió al hecho de que era imposible captar todo el Sol sobre el horizonte con el telescopio de Mercurio. Pero con otro tramo de tres kilómetros que pronto ensancharía la visión del observatorio

(ah, sí, trasladarlo todo, una serie de fuerzas tremendas implicadas, uso directo de la energía solar), podría solucionarse. Se solucionaría.

Incluso Ryger consintió en hablar de Ceres después de escuchar las voces susurrantes de sus compañeros. En Ceres existía el problema del período de rotación de dos horas, lo que significaba que las estrellas cruzaban el cielo a una velocidad angular doce veces mayor que en la Tierra. Una red de tres luminoscopios, tres radioscopios y tres más de todo, captaban los campos de estudio a medida que pasaban.

—¿No podríais utilizar uno de los polos? —se interesó Kaunas.

—Tú piensas en Mercurio y el Sol —replicó Ryger con impaciencia—. Hasta en los polos gira el cielo, y además, la mitad del mismo está siempre oculta. Si Ceres presentase sólo una cara al Sol, como en Mercurio, gozaríamos de una noche permanente, donde las estrellas girarían lentamente una vez en tres años.

El cielo se aclaraba. Amanecía despacio.

Talliaferro estaba semidormido, aunque también conservaba una semiconciencia. No podía dormirse y dejar despiertos a los otros dos. Estaba seguro de que los tres se preguntaban: «¿Quién? ¿Quién?»

Excepto el culpable, claro.

Talliaferro abrió los ojos al entrar Mandel. El cielo, desde la ventana, se veía azul. Talliaferro se alegró de que la ventana estuviera cerrada. El hotel gozaba de aire acondicionado, claro, pero las ventanas las abrían aquellos terrestres que, en las estaciones calurosas, albergaban la ilusión del aire fresco. Talliaferro, con el vacío lunar en su mente, se estremeció ante tal idea como una incomodidad auténtica.

—¿Ha de confesar algo uno de ustedes? —inquirió Mandel.

Todos le miraron fijamente. Ryger sacudió la cabeza.

—He revelado las películas, caballeros, y he escrutado los resultados —arrojó las minicámaras y las películas reveladas sobre la cama—. ¡Nada! Temo haber mezclado las películas. Lo siento. Bien, aún queda la cuestión de la película que falta.

—Si falta —bostezó Ryger.

—Les sugiero, caballeros, que me acompañen al cuarto de Villiers.

—¿Por qué? —preguntó Kaunas sobresaltado.

—¿Psicología? —añadió Talliaferro—. Llevar al criminal a la escena del crimen para que los remordimientos le hagan confesar, ¿eh?

—La razón, menos melodramática —replicó Mandel—, es que me gustaría que los dos inocentes me ayudaran a encontrar la película extraviada con el papel de Villiers fotografiado.

—¿Cree que está allí? —preguntó Ryger, retador.

—Es posible. Es un comienzo. Luego, registraremos sus habitaciones. El simposio sobre Astronáutica no empieza hasta mañana a las diez. Tenemos tiempo hasta entonces.

—¿Y después...?

—Tal vez avisemos a la policía.

Penetraron sombríamente en la habitación de Villiers. Ryger estaba colorado, Kaunas pálido. Talliaferro intentaba aparecer sereno.

La noche anterior habían estado allí con luz artificial, con un Villiers despeinado y furioso, asido a la almohada, retándoles y ordenándoles marcharse. Ahora aún flotaba en el aire el olor a muerte.

Mandel manipuló el polarizador de la ventana para que entrase más luz, y lo ajustó con excesiva rapidez, de modo que el sol de levante penetró en la habitación.

—¡El Sol! —chilló Kaunas, protegiéndose los ojos con el brazo. Los demás se quedaron inmóviles.

El rostro de Kaunas expresaba un terror animal, como si fuese el sol de Mercurio el que le había cegado.

Talliaferro se acordó de su actitud ante la posibilidad del aire libre y rechinó los dientes. Todos estaban condicionados por los diez años que llevaban lejos de la Tierra.

Kaunas corrió a la ventana, manejó el polarizador y acabó respirando con fuerza.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Mandel, yendo a su lado junto con los otros dos.

La ciudad se extendía ante ellos, hacia el horizonte, como un monumento de piedra y ladrillos, bañada por el sol naciente, con zonas en sombra. Talliaferro le echó una mirada furtiva e inquieta.

Kaunas, con el pecho contraído hasta el punto de no poder gritar, miraba algo mucho más próximo. Allí, en la parte exterior del alféizar de la ventana, con una esquina metida en una grieta en el cemento, había un fragmento de película de color gris lechoso, de unos centímetros de longitud, y en ella incidían los rayos del sol.

Mandel, soltando un grito colérico e inarticulado, abrió la ventana y cogió aquel fragmento. Lo ocultó en sus manos, mirándolo con ojos enrojecidos, furiosos.

—¡Aguarden aquí! —rugió.

No había nada que decir. Cuando Mandel se marchó, los tres se sentaron, mirándose estúpidamente entre sí.

Mandel regresó a los veinte minutos.

—La esquina que estaba en la grieta —murmuró con una voz que daba la impresión de que sonaba tranquila, sólo porque su dueño ya había pasado del estado furioso— no estuvo expuesta al sol. Conseguí revelar unas palabras. Es el papel de Villiers. El resto está velado. No puede salvarse nada. Ha desaparecido.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Talliaferro.

—Ya nada me importa —Mandel se encogió de hombros—. La transposición de la masa no se podrá llevar a cabo hasta que alguien tan inteligente como Villiers vuelva a descubrirla. Yo trabajaré en ello, pero no me hago ilusiones sobre mi capacidad. Habiendo desaparecido la fórmula, supongo que ya no importa cuál de los tres sea el culpable. ¿Cuál sería la diferencia?

Todo su cuerpo parecía haberse aflojado, hundiéndose en la desesperación.

—Eh, un momento —se oyó potente la voz de Talliaferro—. A sus ojos, uno de los tres es culpable. Yo, por ejemplo. Usted es un personaje importante y nunca volvería a hablar bien de mí. Lo cual puede inducir a pensar que yo soy un incompetente. No quiero verme arruinado por la sombra de una culpa. Hay que solucionar este asunto.

—No soy detective —objetó Mandel, cansado.

—Entonces, ¿por qué no llama a la policía?

—Aguarda, Tal —intervino Ryger—. ¿Estás diciendo que el culpable soy yo?

—Sólo afirmo que yo soy inocente.

—¡Esto significa la sonda psíquica para todos! —gritó Kaunas, asustado—. Puede producirnos trastornos mentales...

—¡Caballeros, por favor, caballeros! —Mandel levantó ambos brazos—. Podemos hacer algo, sin recurrir a la policía. Tiene razón, doctor Talliaferro: sería injusto para los inocentes no profundizar en este caso.

Todos le miraron con distintos grados de hostilidad.

—¿Qué sugiere? —inquirió Ryger.

—Tengo un amigo llamado Wendell Urth. Tal vez habrán oído el nombre, tal vez no, pero tal vez podríamos verle esta noche.

—¿Y qué? —interpuso Talliaferro—. ¿De qué nos servirá?

—Es un tipo raro —explicó Mandel—. Muy raro. Y muy inteligente a su modo. Ya ha ayudado otras veces a la policía y quizá pueda ayudarnos a nosotros.

## SEGUNDA PARTE

Edward Talliaferro no resistía la vista de aquella habitación y sus ocupantes. Le parecía vivir en aislamiento, formar parte de un mundo no reconocido. Los sonidos de la Tierra no penetraban en aquel nido sin ventanas, a prueba de ruidos. La luz y el aire de la Tierra habían sido desterrados por la iluminación artificial y el aire acondicionado.

Era una habitación amplia, mal alumbrada y enclaustrada. Habían entrado por entre un suelo atestado de objetos hasta un diván del que habían quitado apresuradamente grabaciones de libros, que ahora yacían amontonados en un rincón.

El dueño de la estancia poseía un rostro redondo y gordo, con un cuerpo bajo y obeso. Andaba velozmente sobre sus cortas piernas, y estuvo moviendo la cabeza al hablar hasta que sus gruesas gafas descendieron por el bulto que hacía de nariz. Sus ojos, protuberantes, de gruesos párpados, brillaban de manera miope cuando tomó asiento en su combinación sillón-escritorio, iluminado directamente por la única luz de la habitación.

—Encantado de que hayan venido, caballeros. Ruego disculpen el estado de esta pieza —la indicó con un amplio gesto de su mano—. Estoy catalogando distintos objetos de interés extraterrestre que he acumulado. Es un trabajo tremendo. Por ejemplo...

Saltó de su asiento y buscó entre un montón de objetos junto al escritorio, hasta hallar uno de color gris, semitraslúcido y casi cilíndrico.

—Esto —explicó— es un objeto calistano, tal vez una reliquia de unas entidades inteligentes no humanas. Sólo se han descubierto una docena y éste es el más perfecto que conozco.

Lo arrojó a un lado y Talliaferro dio un salto en su asiento.

—No es rompible —explicó Urth. Volvió a sentarse, cruzó las regordetas manos sobre el vientre y respiró profundamente—. Y ahora, ¿en qué puedo servirles?

Hubert Mandel ya había hecho las presentaciones, y Talliaferro reflexionaba. Sí, era un tal Wendell Urth el autor de un libro reciente titulado *Procesos evolutivos y comparativos en los planetas de agua de oxígeno*. Pero era imposible que fuese ese Urth.

—¿Usted es el autor de *Procesos evolutivos*, doctor Urth?

—¿Lo ha leído? —inquirió a su vez el interrogado, extendiéndose por su rostro una beatífica sonrisa.

—No, aún no, pero...

La expresión de Urth cambió al instante.

—Pues debe leerlo. Ahora mismo. Tome, aquí tengo un ejemplar...

Volvió a dejar el sillón y Mandel gritó:

—¡Aguarde, Urth, lo primero es lo primero! Se trata de algo grave.

Virtualmente obligó a Urth a volver a su sillón y empezó a hablar con rapidez, como si temiera otra interrupción. Contó todo el caso con gran economía de palabras.

Urth iba enrojeciendo mientras escuchaba. Asió las gafas y se las subió hasta el puente de la nariz.

—¡Transposición de la masa! —exclamó.

—Lo vi con mis propios ojos —le aseguró Mandel.

—Y no me lo dijo.

—Juré guardar el secreto. El inventor era... peculiar. Ya se lo he contado.

—¿Cómo consintió, Mandel, que ese descubrimiento continuara en poder de un excéntrico? —Urth aporreó el escritorio—. Hubiese debido obligarle a declarar su fórmula, incluso con la sonda psíquica, si era necesario.

—¡Esto habría sido su muerte! —protestó Mandel.

Pero Urth se estaba meciendo con las manos pegadas a sus mejillas.

—La transposición de la masa... La única forma en que el hombre decente y civilizado podría viajar. El único modo posible. El único concebible. De haberlo sabido yo... De haber estado allí... Pero el hotel se halla a casi cuarenta kilómetros de distancia.

Ryger, que escuchaba con expresión enojada, intervino:

—Creo que existe una línea directa al Palacio de la Convención. Hubiese llegado allá en diez minutos.

Urth se envaró y miró a Ryger. Se le abultaron las mejillas. Se puso en pie y salió de la estancia.

—¿Qué diablos...? —gruñó Ryger.

—Maldición, debí advertírselo —dijo Mandel.

—¿El qué?

—El doctor Urth no viaja en ninguna clase de vehículos. Es una fobia. Sólo va a pie.

—Pero —parpadeó Kaunas— ¿no es extraño en un extraterrólogo? ¿Un experto en las vidas de otros planetas?

Talliaferro se había levantado y estaba delante de una lente galáctica montada en un pedestal. Contemplaba el resplandor interno de los sistemas estelares. Nunca había visto una lente tan grande ni tan elaborada.

—Sí —afirmó Mandel—, es un extraterrólogo, pero jamás ha visitado los planetas de su especialidad, ni nunca lo hará. Dudo que en treinta años se haya alejado a más de un kilómetro de ésta mansión.

Ryger rió.

—Puede encontrarlo gracioso —se enfureció Mandel—, pero le agradecería que tuviera cuidado con sus palabras, cuando vuelva el doctor Urth.

El extraterrólogo entró un momento después.

—Mis disculpas, caballeros —susurró—. Y ahora, abordemos su problema. ¿Desea acaso confesar uno de ustedes?

Talliaferro frunció agriamente los labios. Aquel hombrecillo no podía forzar a confesar a nadie. Por suerte, no iban a necesitarlo.

—Doctor Urth —dijo el astrónomo lunar—, ¿está usted relacionado con la policía?

El rubicundo rostro del interrogado enrojeció aún más.

—No tengo relaciones oficiales, doctor Talliaferro, aunque mis relaciones extraoficiales son muy buenas.

—En ese caso, le diré algo que podrá trasladar a la policía.

Urth metió el estómago hacia dentro y se sacó el faldón de la camisa. Luego limpió con el faldón sus lentes. Una vez se los hubo encaramado nuevamente en la nariz, preguntó:

—¿De qué se trata?

—Le diré quién estaba presente cuando murió Villiers. Quién fotocopió su papel.

—¿Ha solucionado ya el misterio?

—Todo el día he meditado en ello. Y creo haberlo resuelto —afirmó Talliaferro, gozando con la sensación creada.

—Adelante.

Talliaferro respiró hondamente. No era una cosa fácil, aunque llevaba horas planeándola.

—El culpable sólo puede ser el doctor Hubert Mandel.

Mandel miró a su acusador con súbita indignación.

—¡Oiga, doctor, si tiene alguna base...!

—Déjele hablar —se interpuso la voz tenoril de Urth—; oigámosle, Hubert. Usted sospechó de él y no hay ninguna ley que le prohíba sospechar de usted.

Mandel se tragó su furor.

—Es más que una sospecha, doctor Urth —aseguró Talliaferro, sin dejar que su voz vacilase—. La evidencia es muy clara. Cuatro de nosotros estábamos enterados del descubrimiento de la transposición de la masa, pero sólo uno, el doctor Mandel, asistió a una demostración. El *sabía* que era real. Conocía la existencia de la fórmula. Nosotros tres sólo sabíamos que Villiers estaba más o menos desequilibrado. Oh, podíamos pensar que existía una probabilidad. Por eso le visitamos a las once, sólo para comprobarlo, aunque no lo dijimos... Bien, Villiers se mostró más loco que nunca. Por consiguiente, el conocimiento especial y el móvil se hallan del lado del doctor Mandel.

»Pero hay algo más, doctor Urth. El que se enfrentó con Villiers a medianoche, le vio caer y fotocopió su papel (dejémosle por el momento en el anonimato), debió sobresaltarse de forma terrible al ver que Villiers volvía aparentemente a la vida y hablaba por teléfono. Nuestro criminal, en el

pánico del momento, comprendió una cosa: que debía deshacerse de una pieza que le incriminaba materialmente. Sí, tenía que deshacerse de la película aún no revelada y tenía que hacerlo de tal manera que, si nadie le acusaba, pudiera rescatarla y revelarla. El alféizar exterior de la ventana era el lugar ideal.

»Abrió, pues, la ventana, dejó allí el fragmento de película y se marchó. Aunque Villiers sobreviviera, o si su llamada telefónica aportara algún resultado, sería sencillamente la palabra de Villiers contra la suya, y no resultaría muy difícil demostrar que nuestro amigo era un desequilibrado.

Talliaferro calló triunfante. Una teoría irrefutable.

Wendell Urth parpadeó y movió los pulgares de sus manos cruzadas, de modo que golpearon contra la pechera de su camisa.

—¿Y el significado de todo esto?

—El significado es que la ventana fue abierta y la película dejada al aire libre. Ryger ha vivido diez años en Ceres; Kaunas, en Mercurio, y yo, en la Luna..., gozando de permisos muy cortos, y no a menudo. Ayer estuvimos comentando la dificultad que teníamos para aclimatarnos a la Tierra de nuevo. Nuestros mundos actuales son astros sin aire. Jamás salimos al exterior sin el traje protector. Es impensable exponemos al espacio exterior. Ninguno de nosotros habría abierto la ventana sin una gran lucha interior. El doctor Mandel, sin embargo, sólo ha vivido en la Tierra. Para él, abrir la ventana era únicamente cuestión de fuerza muscular. Lo hizo. Nosotros no podíamos hacerlo. Ergo... él es el criminal.

Talliaferro se sentó y sonrió.

—¡Por el espacio, eso es! —exclamó Ryger con entusiasmo.

—Eso no es todo —gruñó Mandel, levantándose como con ánimo de abalanzarse contra Talliaferro—. Niego esta miserable confabulación. ¿Y la grabación que poseo de la llamada de Villiers? Usó la palabra *condiscípulo*. Esa grabación demuestra...

—Se estaba muriendo —le interrumpió Talliaferro—. Usted admitió que la mayoría de sus palabras fueron incomprensibles. Yo le pregunto, doctor Mandel, sin haber oído la grabación, si no es cierto que la voz de Villiers está distorsionada hasta ser imposible reconocerla.

—Pues... —tartamudeó Mandel.

—Seguro. Entonces, usted pudo amañar la grabación por anticipado, dejando oír con claridad dicha palabra.

—¡Dios mío! —exclamó Mandel—. ¿Cómo podía saber yo que habría condiscípulos en la convención? ¿Cómo iba a saber que estarían enterados del descubrimiento de la transposición de la materia?

—Villiers pudo informarle. Y supongo que lo hizo.

—Oiga —se enfurruñó más Mandel—. Ustedes tres vieron vivo a Villiers a las once. El forense, cuando vio el cadáver a las tres, declaró que llevaba muerto al menos dos horas. Esto es seguro. Por tanto, la hora de la muerte se fijó entre las once y la una, Anoche yo estuve en una conferencia. Puedo dar cuenta de mis actos, a varios kilómetros del hotel, entre las diez y las dos, gracias a una docena de testigos imposibles de refutar. ¿No basta con esto?

Talliaferro no contestó al instante. Luego lo hizo, obstinadamente:

—De acuerdo. Supongamos que usted volvió al hotel a las dos y media. Fue al cuarto de Villiers para hablar de su conferencia. Halló la puerta abierta, o poseía usted un duplicado de la llave. Bien, le encontró muerto. Y aprovechó esta oportunidad para fotocopiar el papel...

—Y si él ya estaba muerto y no podía llamar por teléfono, ¿por qué escondí la película?

—Para apartar toda sospecha. Podía tener una segunda copia en su poder. En realidad, sólo tenemos su palabra de que el papel fue destruido.

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó Urth—. Es una hipótesis interesante, doctor Talliaferro, pero se derrumba bajo su propio peso.

—Esta es su opinión... —Talliaferro frunció el ceño.

—Y sería la de cualquiera. Es decir, con el poder del pensamiento humano. ¿No comprende que Hubert Mandel hizo demasiado para ser el criminal?

—No.

—Como científico —sonrió bonachonamente Wendell Urth—, indudablemente conoce el riesgo de enamorarse de una teoría propia con exclusión de todo razonamiento lógico. Hágame el favor de comportarse como un buen detective. Consideremos que si el doctor Mandel hubiera

matado a Villiers, fabricándose una coartada, o le hubiese hallado muerto, aprovechándose de esta circunstancia, apenas tenía que hacer nada. ¿Por qué fotocopiar el papel o pretender que alguien lo había hecho? Podía, simplemente, cogerlo. ¿Quién más conocía su existencia? Realmente, nadie. No había motivos para creer que Villiers se lo hubiese contado a nadie más. Villiers era un ser patológicamente reservado. Y existían muchas razones para pensar que no habría hablado.

»Nadie sabía que Villiers iba a pronunciar una conferencia, excepto el doctor Mandel. Era un acto sin anunciar. No se había publicado ningún extracto. El doctor Mandel podía apoderarse del papel confiadamente. Aunque se descubriese que Villiers había contado a sus condiscípulos el asunto, ¿qué? ¿Cuál sería la prueba de sus amigos, salvo la palabra de alguien al que ellos mismos consideraban un loco? Anunciando, en cambio, que había sido destruido el papel de Villiers, declarando que su muerte no era enteramente natural, buscando una copia fotográfica de la película..., en resumen, haciendo todo lo que ha hecho el doctor Mandel, ha despertado unas sospechas que únicamente él podía despertar, cuando sólo necesitaba no hacer nada para haber cometido el crimen perfecto.

»De ser él el criminal, sería más obtuso, más estúpido que nadie. Y el doctor Mandel, pese a todo, no lo es.

Talliaferro reflexionó sin encontrar ninguna refutación.

—Entonces —quiso saber Ryger—, ¿quién lo hizo?

—Es obvio: uno de ustedes tres.

—Pero ¿cuál?

—Bien, también eso es obvio. Supe quién era el culpable tan pronto como el doctor Mandel terminó la descripción de los hechos.

Talliaferro contempló al gordo extraterrólogo con disgusto. Aquella humorada no le asustaba, pero sí había afectado a los otros dos. Ryger tenía los labios proyectados hacia fuera, y la mandíbula de Kaunas parecía a punto de caer al suelo. Parecían dos peces en el anzuelo.

—Entonces, ¿cuál? —insistió—. Dígalo.

—Primero —parpadeó Urth—, quiero dejar bien sentado que lo que importa es la transposición de la masa. Y todavía puede recuperarse.

—¿De qué diablos habla, Urth? —exclamó Mandel frunciendo el ceño.

—El hombre que fotocopió el papel probablemente miró la fórmula. Dudo que tuviese tiempo, o la presencia de ánimo de leerla con atención, y si lo hizo, dudo que la recordase... conscientemente. Sin embargo, existe la sonda psíquica. Si miró el papel, podría ser sondeado lo que impresionó su retina.

Se produjo un movimiento de inquietud.

—No hay por qué asustarse de la sonda —les tranquilizó Urth—. Manejada adecuadamente es muy segura, particularmente si el sondeado se ofrece voluntariamente. Cuando se producen daños suele ser a causa de una resistencia de la voluntad, una especie de desgarramiento mental. Pero si el criminal confiesa su culpa voluntariamente, si se coloca en mis manos...

Talliaferro rió. El súbito sonido pareció un trueno en el silencio de la estancia. La psicología era tan ingenua como falta de arte.

Wendell Urth pareció sorprendido ante aquella reacción y contempló a Talliaferro por encima de sus gafas.

—Tengo bastante influencia con la policía —declaró— para mantener lo de la sonda completamente confidencial.

—Yo no me presto —rezongó Ryger.

Talliaferro no se dignó contestar.

Kaunas movió negativamente la cabeza.

—Entonces —suspiró Urth—, tendré que nombrar al culpable. Será, algo traumático. Hará la cosa más difícil —apretó las manos contra su vientre y retorció un poco los dedos—. El doctor Talliaferro indicó que el fragmento de película estaba en el alféizar exterior de la ventana, de modo que estaba a salvo de ser visto y libre de todo daño. Y estoy de acuerdo con él.

—Gracias —dijo secamente el aludido.

—Sin embargo, ¿por qué una persona puede considerar el alféizar exterior de una ventana como un sitio particularmente seguro? La policía lo registraría con toda seguridad. Incluso fue descubierto sin la policía ¿Quién podría considerar un lugar exterior de un edificio como especialmente

seguro? Obviamente, una persona que haya vivido largamente en un mundo sin aire, haya trabajado allí; un mundo donde nadie salga al exterior sin la adecuada precaución. Para alguien de la Luna, por ejemplo, todo lo escondido en el exterior de una cúpula lunar estaría relativamente a salvo. Los hombres salen fuera en contadas ocasiones y sólo para tareas específicas. De modo que podría superar el temor de abrir una ventana y exponerse a lo que subconscientemente consideraría un vacío, en favor de lograr un escondite. La idea refleja «hay seguridad fuera de una estructura habitada» haría el resto.

—¿Por qué ha mencionado la Luna, doctor Urth? —preguntó Talliaferro entre sus apretados dientes.

—Sólo como ejemplo —repuso blandamente Wendell Urth—. Lo que acabo de decir se aplica a ustedes tres. Pero ahora llegamos al punto crucial, al asunto de la noche que muere.

—¿Se refiere a la noche en que murió Villiers? —le interrumpió Talliaferro.

—Me refiero a cualquier noche. Bien, aun concediendo que el alféizar exterior de una ventana sea un escondite seguro, ¿cuál de ustedes sería lo bastante loco como para considerarlo un lugar seguro para un *fragmento de película sin revelar*? Una película impresionada no es demasiado sensible, pero hay que revelarla bajo unas condiciones de luz especiales. La iluminación nocturna, la penumbra de la noche, no la afectarían mucho, pero la difusa claridad del día la arruinaría en pocos minutos, y la luz solar directa en cuestión de segundos. Esto lo sabe todo el mundo.

—Adelante, Urth —le invitó Mandel—. Pero ¿adónde nos lleva esto?

—Usted quiere hacerme correr —protestó el extraterrestre—. Y yo deseo que lo comprendan por completo. El criminal deseaba, por encima de todo, dejar la película a salvo. Era la única prueba de algo de un valor supremo para él y el mundo. ¿Por qué dejarla donde inevitablemente la velaría la luz del Sol? Sólo porque no esperaba que el Sol saliese nunca. Sólo pensaba que la noche, por decirlo así, era inmortal. Pero las noches no son inmortales. En la Tierra, las noches mueren y dan paso al día. Incluso en la noche polar de seis meses, la noche muere al llegar su momento. Las noches

de Ceres sólo duran dos horas; las de la Luna, dos semanas. También son noches que mueren, y los doctores Talliaferro y Ryger saben que luego viene el día.

Kaunas se puso en pie.

—¡Eh, un momento...!

Wendell Urth le miró fijamente.

—No hay más momento, doctor Kaunas. Mercurio es el único planeta del sistema solar que sólo presenta una cara al Sol. Aun teniendo en cuenta el desequilibrio axial, tres octavos de su superficie quedan en un completa oscuridad, y nunca ven el Sol. El observatorio polar está situado al borde de esa parte negra. Durante diez años, usted se ha acostumbrado al hecho de que las noches son inmortales, que una superficie oscura lo está eternamente, de modo que usted expuso el fragmento de película a la noche terrestre, olvidando en su excitación que aquí las noches mueren...

—Aguarde... —Kaunas dio un paso al frente.

—Me dijeron —Urth continuó implacable— que cuando Mandel ajustó el polarizador del cuarto de Villiers, usted gritó ante la luz del sol. ¿Gritó por el temor subconsciente al sol de Mercurio, o porque comprendió que la luz podía arruinar sus planes? Usted corrió a la ventana. ¿Para reajustar el polarizador o para mirar la película destruida?

Kaunas cayó de rodillas.

—No quería hacerlo. Sólo deseaba hablar con él, pero Villiers se encolerizó y cayó. Creí que había muerto y el papel estaba debajo de la almohada. Bien, lo demás fue sólo una consecuencia. Una cosa lleva a otra y antes de darme cuenta... Oh, no puedo más. Pero no quería hacerlo... ¡Lo juro!

Habían formado un semicírculo a su alrededor, y Wendell Urth contemplaba al gimiente Kaunas con piedad en sus pupilas.

Llegó y se marchó una ambulancia.

—Espero, señor —logró articular por fin Talliaferro, dirigiéndose a Mandel—, que no estará resentido conmigo.

—Creo que lo mejor será olvidar todo lo ocurrido en estas veinticuatro horas —fue la envarada respuesta de Mandel.

Estaban en la puerta, dispuestos a marcharse, cuando Urth sonrió tímidamente y dijo:

—Claro está, aún falta la cuestión de mis honorarios.

Mandel le miró sobresaltado.

—Nada de dinero —le tranquilizó Urth—. Pero cuando se haya establecido la transposición de la masa para los seres humanos, quiero gozar de un viaje arreglado a mi modo.

—Un momento —Mandel seguía inquieto—. Los viajes espaciales aún tardarán en poder realizarse.

—No por el espacio exterior —Urth se apresuró a mover negativamente la cabeza—. Nada de eso. Sólo me gustaría ir a Lower Falls, en New Hampshire.

—Está bien, pero ¿por qué?

Urth levantó la cabeza. Ante la enorme sorpresa de Talliaferro, el rostro del extraterrestre mostraba una expresión de timidez y avidez, a partes iguales.

—Hace mucho tiempo —tartamudeó Urth—, conocí allí a una chica... Oh, hace muchos años..., pero a veces pienso...

# **MISIÓN DE RESCATE**

Gordon R. Dickson

*Cuando el humor y la ciencia ficción se juntan, el resultado puede ser una feliz unión... tan feliz como la de un pid y un illobar, por ejemplo.*

—Mira, Archie —dijo Jim Timberlake, atisbando a través de un hueco existente entre los pesados troncos de la cárcel—. Ahí viene el curandero.

Archie Swenson miró por el mismo lugar. Era un tipo moreno, delgado y tenebroso, y ahora su aspecto parecía aún más tenebroso de lo normal.

—No me gusta nada la expresión de su cara —comentó siniestramente.

Los dos hombres se ajustaron a toda prisa sus equipos de traducción, el micrófono contra el cuello, los auriculares perfectamente ajustados en las orejas. Observaron después cómo el corpulento centinela de piel verdosa se apartaba de la puerta de la cárcel, permitiendo la entrada del chamán. Era un viejo delgado pero fuerte, cuyo color se había desvanecido con la edad hasta adquirir un débil tono amarillento. Llevaba una larga daga en la cintura, una vejiga de animal hinchada en una mano, y su pequeña cabeza de pelo gris y ensortijado estaba adornada con varios huesos pequeños. Aparte de esto, no llevaba ningún otro adorno y, con su abultada barriga, ofrecía un aspecto no muy agradable.

—Saludos, diablos —dijo alegremente.

Los equipos de traducción dieron un sentido a las palabras pronunciadas en una lengua llena de gruñidos y chasquidos.

—Ya le he dicho —observó Timberlake, poniéndose un poco más roja su piel quemada por el sol—, que no somos diablos. Somos seres humanos como usted. Tenemos los mismos antepasados comunes. Parece que su gente ha sido olvidada en este mundo lo bastante como para adaptarse físicamente a él y...

—Claro, mi querido amigo, claro —le interrumpió el chamán, moviendo graciosamente la vejiga—. No dudo en absoluto de lo que me dicen. ¿Pero se

figura usted la conmoción que se produciría aquí si me mostrara de acuerdo con ustedes? Después de todo, Roma no se hizo en un día.

—¡Admite usted conocer algo de Roma! —gritó Timberlake.

—Es una de nuestras más queridas leyendas —espetó el chamán—. Y ahora, volviendo a nuestro asunto...

Lleno de desesperación, Timberlake echó los hombros hacia atrás, deseando tener la altura de Swenson, junto con sus propios músculos, y elevó al máximo el volumen de su equipo de traducción.

—*¡Exijo que nos ponga inmediatamente en libertad!*

—Vaya, vaya —dijo el chamán, con un acento de admiración—. Uno de estos días tiene usted que enseñarme cómo funcionan esos aparatos... si es que aún queda aquí alguno de ustedes.

—¿Qué quiere decir con eso de si aún queda algunos de nosotros aquí? —preguntó Swenson con voz recelosa.

—Bueno, el consejo ya ha tomado una decisión sobre ustedes...

—Con su consejo —gruñó Timberlake.

—Tengo que admitir que no dejó de escucharse mi opinión sobre la cuestión... En cualquier caso, el asunto ha sido resuelto después de una larga discusión, teniendo en cuenta que cuando ustedes dos, demonios, desembarcaron aquí con su demoníaca nave espacial, admitieron que habían llegado para rescatar a algunos otros demonios como ustedes. Ahora, el problema con que se enfrentaba el consejo (un problema delicado, por cierto) era decidir si se les permitía marchar, para evitar el riesgo de atraer las iras de unos demonios frustrados, o bien hervirles lentamente en aceite, como advertencia para otros demonios que puedan desear venir hasta aquí.

Swenson tragó saliva.

—El consejo, atrapado entre los cuernos de un dilema, ha llegado finalmente a una solución que podría haber sido tomada por el legendario Salomón. Para ser breves: uno de ustedes será puesto en libertad y el otro será quemado. Y eso sucederá dentro de poco, en la noche de luna llena.

En esta ocasión, Swenson ni siquiera pudo tragar. Pareció quedar paralizado. Fue Timberlake quien tragó saliva.

—¿Cuál... de nosotros se marchará? —se las arregló para preguntar.

Graciosamente, el chamán trazó en el aire un círculo con su vejiga de animal y señaló a Swenson.

—*Iggle* —dijo.

Swenson cayó de rodillas.

—*Biggle* —continuó diciendo el chamán, señalando con la vejiga hacia Timberlake, que estaba manipulando frenéticamente los controles del equipo de traducción.

Las palabras debían estar formadas por sílabas sin sentido, pues ningún significado le llegaba a través del equipo.

—... *Tiggle rawg* —seguía diciendo el chamán, al mismo tiempo que cambiaba la dirección de la vejiga a cada palabra—. *Jaby oogi siggle blawg. Ibber jobi naber sawg. Iggle, biggle, tiggle rawg.* Y fuera... se marcha... usted —y la vejiga dejó de señalar a Swenson, que se puso blanco—. Felicidades —añadió el chamán, dirigiéndose a Timberlake—. Parece haber sido escogido usted para cumplir su misión. Los dos diablos que usted busca se encuentran a medio día de camino de aquí. Baje directamente por el valle y doble hacia la derecha cuando llegue a la montaña roja.

Ante la señal del chamán, dos centinelas atravesaron la puerta de la cárcel y empezaron a sacar a Swenson de allí, a empujones.

—¡Espere! —gritó Timberlake, pensando en la estantería de armas de la sala de control—. Tengo que recoger algo de mi nave...

—¡Ah... eso no! —dijo el chamán, como si estuviera sintiendo el no poder permitirselo—. Puede que seamos algo provincianos, pero tenemos un sentido común elemental. Tendrá usted que llegar hasta el final tal y como está, demonio. Ahora, no vale la pena luchar. Centinelas, será mejor que le den un golpe en la cabeza para que le puedan llevar a la línea límite.

Una media hora más tarde, Timberlake se encontró sentado con un fuerte dolor de cabeza. Se hallaba en una agradable colina desde la que podía mirar hacia atrás, a lo largo del verde valle, observando la empalizada de troncos del pueblo del que acababa de ser arrojado. Había comprobado cuidadosamente el estado en que se encontraba el equipo de su casco, pero no

parecía haber quedado dañado por el golpe que le diera el centinela con su cachiporra. Con mucho cuidado, manipuló los controles de la radio.

—¿Swenson? ¿Archie? —preguntó, apretándose el micrófono contra su garganta—. Archie, ¿puedes oírme?

—Te oigo —contestó una voz hueca que parecía proceder de las más alejadas profundidades del reino de la desesperación.

—¡Anímate! —empezó a decir Timberlake, pero se tuvo que quitar los auriculares, manteniéndolos alejados hasta que Swenson se desahogó, y al notar que su voz iba descendiendo de tono se los volvió a colocar—. Archie —dijo, en un tono de reproche—, no te puedo culpar por estar tan disgustado, pero...

—*¡Disgustado!* —gritó la voz por los auriculares—. Me van a comer.

—¿A comerte?

—Después de que esté bien frito en ese aceite. Timberlake, eres una rata; todo esto es culpa tuya. Tú lo hiciste...

—No, no —espetó Timberlake—. Archie, créeme, fue todo por pura casualidad. Así nos seleccionaron. Ya sabes... pito, pito, colorito...

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando. Quise coger las armas cuando desembarcamos de la nave. Pero tú te negaste. No, me dijiste, el índice asegura que lo saben todo sobre la historia humana y sobre el desarrollo galáctico...

—Bueno, y lo saben. Lo que sucede es que no lo creen.

—... Y además, todo este asunto ha sido idea tuya. Si nos hubiéramos preocupado de nuestros propios asuntos y hubiéramos ido directamente a llenar nuestra ficha en Drachmae VII, no habría sucedido nada. Pero tenías que contestar a una llamada de socorro. ¡Una llamada de socorro! Apuesto a que todo el asunto no ha sido más que una trampa. ¿Qué clase de SOS es el que dice: «¡Socorro! ¡Socorro! Tengan piedad de dos madres condenadas. Salven a nuestros hijos»?

—Archie —preguntó Timberlake en tono de reproche—, ¿es que no sientes ninguna simpatía humana por gente que está en dificultades?

—¡Eso sí que me hace gracia! —gritaron los auriculares—. ¡Mira quién habla! Aquí estoy yo, a punto de ser hervido en aceite, y ahí estás tú, libre

como un pájaro, planeando recoger a esos dos pequeños, volando a casa en tu nave, recogiendo alguna enorme recompensa y dispuesto a vivir rico por el resto de tu vida... Y me hablas a mí de simpatía por gente que está en dificultades. Eso sí que me hace gracia...

Suavemente y sintiéndolo mucho, Timberlake cortó la comunicación con su amigo y compañero y buscó la onda de emisión del SOS, que seguía sonando. La aguja de su marcador de dirección dio un salto y quedó fija, señalando hacia la parte baja del valle. Evidentemente, el viejo curandero les había dicho la verdad. ¿Qué había dicho concretamente? ¡Ah, sí! A medio día de marcha.

Timberlake comenzó a caminar.

Fue bastante fácil mientras continuó en línea recta. El valle, poblado por tímidas manadas de lo que parecían ser antílopes, estaba tan claro, abierto y lleno de hierba verde como el prado situado frente a su casa, en la Tierra. Pero cuando llegó a la montaña roja, toda la imagen empezó a ser más incierta. ¿Cómo consigue uno doblar a la derecha en una montaña? Es decir, se puede girar a la derecha cuando se llega a la montaña, o justo después de haber pasado ante ella... Timberlake aminoró el paso, lleno de perplejidad.

Sin embargo, cuando se acercó al flanco de la montaña, observó la presencia de uno de los hombres de piel verde de la tribu, apoyado en una lanza y mirando hacia la dirección opuesta. Timberlake se detuvo, preparándose para echar a correr; pero cuando vio que el otro no se movía, pensó que puesto que el chamán le había dejado en libertad, no tenía nada que temer; así es que se aproximó con todo cuidado.

—¡Eh!... ¡Hola! —dijo, dirigiéndose hacia el hombre.

—¡*Iggle*, protégeme! —dijo el hombre, volviendo bruscamente a la realidad al reconocerle y adquiriendo un tono de piel de color verde limón—. Estaba soñando despierto y no le vi acercarse. Será mejor que no intente nada, demonio. Tengo aquí, en mi bolsa, los huesos de los dedos de mi abuelo.

—No le voy a hacer ningún daño —dijo Timberlake, asombrado—. Sólo

quiero encontrar a los dos jóvenes demonios que viven por aquí.

—¿Son jóvenes? —preguntó el hombre, con una expresión de duda—. Uno es bastante pequeño, pero el otro es tan grande como la cabaña del consejo. ¿Está seguro de que es eso todo lo que quiere, demonio? ¿Sólo direcciones?

—Eso es todo —contestó Timberlake.

—Claro... Bueno, yo... Sólo tiene que doblar aquí a la derecha y seguir esa pequeña corriente que se ve ahí. Llegará usted a una especie de cañada. No puede perderse. Y ahora, si me lo permite, tengo que cazar alguno de esos seres para cenar. Adiós.

Y el hombre de la tribu se marchó rápidamente.

Mientras le observaba marcharse, Timberlake tuvo un repentino impulso de golpearse en la cabeza. Ahora que el hombre se había marchado, pensó en una docena de buenas razones para haberle retenido. Conservarlo como rehén; quitarle la lanza que llevaba..., pero ahora ya era demasiado tarde. Timberlake se volvió y comenzó a subir la ligera pendiente de la montaña, andando junto a la corriente.

Mientras subía, imaginó una serie de planes. La luna llena... ¿cuándo sería eso? Deseaba haber tenido la ocurrencia de mirar al cielo la noche anterior, o la noche antes de su desembarco; pero, al no haber esperado nada de aquello, nunca se le ocurrió hacerlo. Podía recordar que ambas noches hubo luna. Pero ¿qué forma tenía? Su abotargada memoria se negaba a decírselo.

Bueno, aunque sólo faltaran unos pocos días, las cosas no eran aún tan desesperadas. La señal de SOS que habían interceptado tenía que significar que la nave —fuera cual fuese— no había sufrido graves daños. Y toda nave de cualquier tipo significaba armas de algún tipo.

Si conseguía el equivalente de un buen rifle lanzallamas, podría regresar, limpiar el poblado y rescatar a Swenson. Pensó en llamar a su compañero y decírselo, pero la precipitada suposición de Swenson de que le había abandonado le hizo algún daño a Timberlake. El viejo Archie debía conocerle algo mejor. Que sudara ahora un poco, si era ésa toda la confianza que tenía depositada en él. De ese modo, le enseñaría a apreciar a su compañero en el

futuro.

Resoplando un poco, porque el camino se hacía más empinado, Timberlake se introdujo en un bosquecillo de árboles y la repentina sombra le hizo recordar el hecho de que era mediodía cuando fue puesto en libertad, y que ahora la tarde ya estaba muy avanzada. Se inclinó más sobre la elevación del terreno y aceleró el paso. El suelo, junto a la corriente, se hizo más rocoso y empezó a aparecer cubierto de algo que semejaba las agujas de un pino caídas de los árboles. Poco después, llegó a una cascada y a un pequeño risco.

Subió al risco con un gran esfuerzo y se encontró finalmente con un pequeño valle en miniatura, de laderas escarpadas. En el centro del valle, la corriente se extendía, convirtiéndose en un diminuto lago, y en el prado abierto que lo rodeaba vio por este orden, una pequeña pero agradable casa de piedra, un enorme montón de árboles jóvenes, apilados para formar una inestable especie de elevado colgadizo y una nave espacial de construcción extraña.

La nave espacial había chocado contra la montaña y quedado reducida a chatarra.

Timberlake tragó saliva y se sentó sobre una piedra cercana. Esperaba ver una nave dañada; había concebido la posibilidad de encontrarse con una nave semidestruida; pero el hallar una nave completamente deshecha era algo que ni siquiera se le había ocurrido. Si era esto lo que había sucedido, ¿cómo se las arreglaron los niños a los que se refería el mensaje para sobrevivir?

Poniéndose en pie, se dirigió rápidamente hacia el prado donde se encontraba la pequeña casa de piedra, pues ésta era la más cercana de las dos estructuras. Se trataba de una notable tarea de construcción; las piedras habían sido cimentadas mediante alguna clase de arcilla de color gris púrpuro, y la casa estaba dotada de ventanas, aunque no tenían cristales. También poseía lo que parecía ser una puerta tallada a mano y una pequeña chimenea cuadrada de la que surgía un agradable hilillo de humo.

Un poco recelosamente, Timberlake llamó a la puerta.

—¡Entre!

El equipo de traducción sonó, con una voz aguda que le habló desde el otro lado de la puerta. Timberlake la abrió y entró, adelantando la cabeza.

Se encontró en una habitación única, grande y cuadrada, amueblada con una precisión matemática y una simplicidad espartana. Junto a una de las paredes había una caja cuadrada sobre la que se veía hierba seca, a modo de colchón. Las otras paredes donde no había ventanas estaban amuebladas con estanterías, cajones y armarios, todos ellos hechos a mano. La única excepción era una especie de mesa de dibujo, algo inclinada y estropeada, ante la que se hallaba sentada una criatura pequeña, de aproximadamente un metro de altura, de piel grisácea, dotada de una gran cabeza y unos enormes ojos. Tenía en la mano una pluma de ave, y sobre la mesa había un bote de lo que parecía ser tinta, así como un montón de grandes hojas blancas cubiertas de señales de tinta.

—Aunque sólo soy un pequeño de nueve meses de edad —chirrió la criatura—, puedo reconocerle como miembro de la especie humana. Querrá usted saber mi nombre. Me llamo Agg. Quizá quiera usted decirme el suyo.

—Yo..., sí, claro, Jim Timberlake —dijo—. ¿Qué tal le va?

—Lo hago todo con la excelente eficacia de un pid —dijo Agg—, aunque sólo tengo nueve meses de edad... como usted mismo puede ver. ¿Qué puedo hacer por usted, Jim?

—Bueno —dijo Timberlake, sintiéndose un poco estúpido—. Mi compañero y yo acudimos en contestación a una llamada de auxilio...

—Y bastante providencialmente —dijo el pid.

Se rascó la larga nariz, que, según observó entonces Jim, era extremadamente aguda en su punta, como si se tratara de la punta de una lanza o de un cuerno.

—Recogeré esto y estaré en seguida con usted.

—Bueno, el caso es —dijo Timberlake— que no podremos despegar con facilidad...

Y a continuación explicó la mala suerte que habían tenido Swenson y él.

—¡Ah! —exclamó el pid—. En ese caso, no guardaré nada, porque, después de todo, no podré marcharme, Gracias. Adiós.

—¡Eh, espere! —exclamó Timberlake cuando el pid volvió a coger su pluma—. Aún podemos conseguirlo. Lo que tenemos que hacer es sacar a Swenson de manos de esos salvajes y recuperar nuestra nave.

—¿Cómo? —preguntó el pid.

—Bueno, suponía que habría podido usted salvar algunas armas de su nave...

—¿Qué armas? Todo lo que había en la nave quedó destruido, excepto lo que se encontraba en la cámara de desaceleración... nuestros huevos y la biblioteca, de la que he recogido los textos técnicos para asegurar mi subsistencia —el pid señaló hacia una de las estanterías en la que había apilados numerosos microfilmes—. Nuestras madres sacrificaron sus propios cuerpos como combustible para asegurarse de que la nave pudiera llegar a este planeta. Cuando salí del huevo, después del desembarco, los condicionamientos heredados me informaron de lo que debía hacer. Puse en funcionamiento el faro secundario del SOS y comencé mi educación. Ahora, han pasado nueve meses desde entonces y por el momento sólo he cubierto la teoría general de los orígenes galácticos. Así pues, debe excusarme. Adiós.

—Pero mi compañero...

—No puedo hacer nada por ayudarle. Adiós.

—¡Escuche! —gritó Timberlake—. Hemos venido aquí para rescatarle. De no haber sido por eso, Swenson no estaría metido ahora en problemas. ¿Es que no tiene ninguna conciencia?

—Claro que no. Las conciencias se basan en la emoción. En consecuencia, son ilógicas ipso facto —contestó el pid—. Y nosotros, los pids, somos seres supremos en el campo de la lógica. Adiós.

Demasiado enfurecido para seguir discutiendo, Timberlake salió, cerrando de un portazo.

Se vio envuelto por la luz crepuscular del sol de la tarde. A unos treinta metros de distancia se encontraba el enorme colgadizo. Sintiéndose demasiado enojado como para pensar para qué se necesitaría un refugio tan grande, Timberlake se dirigió hacia él.

A medida que se acercó se fue dando cuenta de una especie de profundo zumbido que surgía de su sombrío interior. El zumbido aumentó y se convirtió en un pequeño grito y en una exclamación que el equipo de traducción interpretó como un:

—¡Dios mío!

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Timberlake, penetrando en el interior de la construcción.

Se encontró de pronto frente a un enorme ser similar a un dragón, con una pequeña cabeza desigual, de algún modo parecida a la de un canguro, con una especie de antena sobre los ojos. Estaba sentado, con su enorme cola reforzada de escamas enrollada a su alrededor, en la esquina más alejada de la gran cabaña, rodeado de microfilmes y numerosos desperdicios. Mientras le observaba, el dragón se llevó la antena hacia su frente y le observó.

—¿Qué... qué... quién es usted?

El dragón plegó sus relativamente cortas patas delanteras, introduciéndolas bajo su enorme cuerpo y pareció apartarse de Timberlake.

—Me llamo Timberlake —gruñó Jim—. Mi compañero y yo hemos venido para rescatarle. Nosotros...

—¡Rescate! —exclamó el dragón como en un éxtasis, extendiendo sus brazos—. ¡Oh, qué alegría! ¡Oh, qué triunfo! Cuánto he sufrido en este desierto país, pero ahora ha llegado el momento de mi liberación. ¿Cómo dijo usted que se llamaba? Yo me llamo Yloo.

—Jim Timberlake. Soy un ser humano —dijo Timberlake, llevándose una mano a uno de los oídos, que parecía haberse cerrado por completo ante el impacto de la tremenda voz del dragón.

—¡Ah, qué bonito! ¡Humano! Al fin han llegado...; pero, ¡ah!, demasiado tarde, demasiado tarde... —y el dragón estalló en sollozos.

—¿Demasiado tarde?

—Mi mamá... —balbució el dragón, que no pudo seguir.

Se echó a llorar de tal forma que partía el corazón. Y Timberlake, que no era un hombre insensible, se dejó llevar por el impulso de acercarse y acariciarle reconfortantemente la cabeza. El dragón adelantó el hocico, similar a un barril, lo apoyó entre los brazos de Timberlake y sollozó.

—Vamos, vamos —dijo Timberlake, sintiéndose muy incómodo.

—Perdóneme..., perdóneme. No puedo evitarlo. Soy muy sensible, eso es lo que me ocurre. Soy sensible por naturaleza, como mi mamá.

—¿Quién era su madre? —preguntó Timberlake para apartar los problemas de su mente.

—¿Cómo? —preguntó el dragón, elevando la cabeza con sorpresa—. Era una illobar, como yo. ¡Oh, era muy hermosa! Con unos colmillos tan grandes y tan blancos; con unas garras tan brillantes; con una cola tan enorme y magnífica. Y, sin embargo, con un corazón tan delicado como una flor. Si caía un pétalo, una lágrima suya caía con él.

—La recuerda, ¿verdad? —preguntó Timberlake, tomando nota mental de este hecho, lo que significaría que el illobar era más antiguo que el pid, quien aún se encontraba en su huevo en el momento del accidente.

—¡Oh, no! He fabricado mi memoria sobre su amada imagen a partir de estas novelas románticas que ella aseguró colocándolas en la cámara líquida de desaceleración, conmigo —el illobar movió la cabeza y dijo, con una voz azorada—: con mi *huevo*. Una persona que amara tales cosas tendría que ser de la forma en que yo me la imagino. ¿Acaso no fue su amorosa mano la que puso en marcha el educador en la cámara de desaceleración, para que su hijo iniciara su educación en cuanto rompiera la cáscara? ¡Sí! —exclamó el illobar con los ojos llenos de lágrimas—. Si se une todo eso, se dice *¡madre!* —Elevó entonces la nariz y se sonó con una de las grandes hojas blancas que Timberlake ya había visto antes, en casa del pid, y que éste utilizaba como papel de escribir—. Pero ya está bien de recordar mi doloroso pasado. Si ha venido a rescatarme, podemos marcharnos.

—Bueno, no nos podemos marchar así, tan sencillamente —dijo Timberlake—. ¿Sabe? Se ha producido un pequeño inconveniente...

Y a continuación, le contó al illobar la historia de Swenson y de los hombres de la tribu de piel verde.

—¿Qué? ¿Cautivo? ¿Y condenado? —trompeteó el illobar, levantándose sobre su parte trasera y llameándole los ojos—. ¿Es que puede ocurrir una cosa así? ¡No! ¡Al rescate! ¡A la carga!

Extendió una de sus patas, y Timberlake, lleno de alegría ante esta reacción tan marcial, salió de la cabaña... sólo para descubrir, cuando ya se encontraba fuera de ella, que el illobar no le había seguido.

Volvió a penetrar en el interior. El illobar, evitando su mirada, echó el aliento sobre sus garras y les sacó brillo frotándolas contra la plancha ósea de su pecho, produciendo al mismo tiempo un zumbido de malestar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Timberlake.

—¡Oh, bueno! —dijo el illobar débilmente—. Sólo pensé... que ellos tendrán lanzas y cosas. No puedo soportar la idea de ser herido.

Timberlake lanzó un furioso gruñido y se sentó, lleno de desesperación.

—¡Oh, por favor, no se sienta mal! —gimoteó el illobar—. No puedo soportar ver nada que se sienta mal.

Timberlake lanzó un bufido.

—No tiene que sentirse de ese modo —continuó el illobar—. Por favor, escúcheme. Permítame leerle las hermosas líneas pronunciadas por Smgna en el *Pxrion* de Gother cuando oyó decir que su causa estaba perdida. — Después, rápidamente, colocó un microcarrete en su antena y comenzó a leer con una voz muy sentida y en tono algo elevado—: ... *Así el destino estelar será siempre indicativo de filoprogenitud. Si Gnruth no fuera más que un cómodo, un completo cómodo y sólo un cómodo, yo habría firmado su contrato. Pero como es un brxl, llevaré su recuerdo a la fosa de la muerte...* Ahora —dijo el illobar, interrumpiéndose para subir la antena sobre su frente y verter algo contenido en lo que parecía ser un pequeño barrilete en algo que se parecía a un gran cuenco—. ¿Le importaría probar el vino hecho en mi hogar?

Con cierta indiferencia, Timberlake tomó el cuenco. Olió su contenido. Tenía un débil olor a alcohol, pero parecía tratarse de algo denso, aceitoso y sin color. ¡Qué demonios!, pensó, y se lo acercó a la boca, lanzándolo hacia abajo, a través de su garganta.

Sintió entonces como si un verdadero fuego le estuviera estrangulando.

Sintió, además, como un terrible golpe en la nuca.

... Y eso fue todo lo que pudo recordar.

Timberlake gruñó y abrió los ojos. La luz del sol de la mañana penetraba entre las ramas del colgadizo. Su cabeza le dolía enormemente, y parecía como si un camello le hubiera pateado la boca.

—¿Qué había en eso? —gruñó.

Nadie le contestó. El colgadizo estaba vacío. Timberlake se puso en pie y

avanzó una docena de metros hacia el borde del pequeño lago, introduciendo en él su cabeza. El agua fría fue como un bálsamo.

Una media hora después, tras haberse echado agua por todas partes y haber bebido, atándose un empapado pañuelo alrededor de su dolorida cabeza, Timberlake recordó a Swenson con un repentino ataque de conciencia.

¡Oh, no!, pensó Timberlake, sintiéndose invadido por el remordimiento respecto a su compañero cautivo. Había tenido la intención de llamar a Swenson en cuanto éste hubiera tenido un poco más de tiempo para tranquilizarse. Pero, en lugar de hacerlo, había dejado que el desgraciado se enfrentara solo a su miseria durante la larga noche. El autodesprecio que acompaña a una buena intención no cumplida se estaba apoderando de Timberlake. Se imaginó a Swenson solo, desamparado, enfrentado a una terrible muerte y sintiéndose cruelmente separado de todos, incluso de una voz amistosa.

Con unos dedos temblorosos a causa del sentido de culpabilidad, Timberlake activó la radio y se apretó el micrófono contra su garganta.

—¡Archie! —llamó—. ¡Archie! ¡Vamos, Archie! Contéstame. ¿Estás bien? ¿Archie?

A través de los auriculares un sonido curioso y rítmico pareció flotar en el interior de sus oídos.

—¡Archie! —exclamó Timberlake, conmocionado—. ¡Dios mío, Archie, no llores! ¡No hagas eso!

—¿Y quién está llorando? —escuchó entonces que preguntaba la voz, ligeramente zumbona, de Swenson—. Me estoy riendo. Ríe, y el universo entero se ríe contigo. Llorá, y llorarás solo. ¡Grita! Esta noche seré hervido en aceite, hervido en aceite, hervido en aceite. Esta noche seré hervido en aceite y todo en una noche de luna lleeeena.

—¡Archie! —gritó Timberlake, olvidándose de su propia miseria ante aquella respuesta tan sorprendente—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué te han hecho?

—¡Nada! —le contestó Archie, con un tono de voz indignado—. Se han portado maravillosamente conmigo. ¡Maravillosamente! Me han dado esta

maravillosa cárcel toda para mí y toda la jubix que quiera masticar...

—¿Toda la qué?

—La jubix. Jubix.

—¿Qué es eso?

—Algo exquisito —contestó Swenson—. Pero bueno para los nervios. Jim, no podrías creer lo relajado que me siento. Simplemente relajado, muy relajado...

—¡Archie, idiota! —gritó Timberlake—. Te han drogado. No comas más jubix de ésa. Es una droga.

—No digas tonterías. Es sólo tu naturaleza recelosa. Siempre fuiste desconfiado con todo. Pero no me importa. De todos modos, me agradas. El viejo y bueno de Jim, el viejo y bueno del curandero, el viejo y bueno de... —y la voz se convirtió en un ronquido.

—¡Archie! ¡Archie! Despierta... —de repente, algo de lo que había dicho Swenson apareció de repente muy claro en el neblinoso cerebro de Timberlake—. ¿Has dicho que te iban a hervir *esta noche*?

—... zzz... ¿eh?... Claro. Hay luna llena esta noche. Una gran reunión. Me hervirán... volaré la nave...

—¡Volar la nave! —gritó Timberlake—. Archie, ¿de qué estás hablando?

—Bueno, quería hacer también algo por ellos —dijo Swenson con un tono de voz defensivo—. Parecía como si ya no la fuéramos a utilizar más. — Y después añadió con ansiedad—: No estarás enfadado conmigo, ¿verdad, Jimmy?

Con una mano fría y temblorosa, Timberlake desconectó la radio. El sudor se acumuló sobre sus cejas. En su interior, parecía sentir el incesante golpeteo de unos martillos. Su cerebro funcionó a toda velocidad.

No era momento de medidas a medias. Consideró la situación. Sí quería salir del planeta con vida y salvar a Swenson, tendría que hacer algo antes de que tuviera lugar la ceremonia, aquella misma noche, en aquel pueblo. ¡Qué situación! Allí estaba, sin ningún arma, sin poder contar con nada, excepto un par de niños extraños e idiotas...

De las profundidades maquiavélicas que deja al descubierto un tremendo dolor de cabeza en la mente del hombre más normal, surgió una repentina

idea.

¡Claro!, pensó Timberlake. Después de todo, eso eran el pid y el illobar. Sólo unos niños. Había quedado confundido por la agudeza de la mente del pid y por el tamaño del illobar. Pero ningún adulto de ninguna especie hace: *a)* presumir de lo bueno que es para su edad, o *b)* llorar por su madre.

¡Vaya!, pensó Timberlake.

No tenía ninguna esperanza de poder rescatar a Swenson sin disponer antes de un arma; y sus armas se encontraban en la nave espacial. Y la nave espacial, fuera o no fuese el momento de la ceremonia, estaría sin duda alguna bien vigilada. Y él, él solo, no podía confiar en eliminar a los centinelas portadores de lanzas.

Por otra parte...

¿Por qué no podía atraer de algún modo la atención de los centinelas, haciéndoles alejarse de la nave? ¿Algo así como una lucha? Y, para ser más específico, ¿por qué no una lucha entre un pid y un illobar? Una vez que la nave se encontrara sin vigilancia, él, Timberlake, podría deslizarse por la puerta, coger un arma y hacerse inmediatamente dueño de la situación. En cuanto a los dos jóvenes extraños, el illobar tenía a su favor el tamaño, pero casi estaría dispuesto a apostar a que el pid tenía la valentía necesaria. No debían hacerse mucho daño el uno al otro.

Timberlake se puso en pie, al illobar no se le podía ver por ninguna parte; pero de la chimenea del pid surgía el acostumbrado hilillo de humo, Timberlake se dirigió hacia la pequeña casa de piedra, reflexionando sobre su plan.

Al llegar ante la puerta, llamó.

—Entre —gritó casi el pid.

Penetró en la estancia.

—Acabo de desarrollar mi propia teoría sobre un universo en expansión —dijo orgullosamente el pid—. Siéntese, Jim, y escuche mientras le cuento lo que he pensado. Quedará usted asombrado.

—Espere un minuto —le dijo Timberlake—. Quería preguntarle algo sobre su amigo.

—¿Qué amigo?

—El illobar.

—La amistad es algo ilógico —dijo el pid, sacando algo que parecía una larga piedra de afilar y empezando a rasparse con ella la aguda punta de su nariz—. El illobar no me importa para nada. Es una criatura que no tiene lógica alguna.

—Entonces, no estaría diciendo nada malo si afirmara que he quedado bastante desilusionado con él —dijo Timberlake con gran atrevimiento—. No tuvo capacidad suficiente para comprender que existe una forma perfecta para recuperar nuestra nave y abandonar este planeta.

—Claro que no...; ¿qué? —preguntó el pid—. ¿Dice usted que existe una forma perfecta de abandonar este planeta?

—Vamos, vamos —dijo Timberlake—. Se estará burlando de mí. Estoy seguro de que ya habrá pensado en ella por sí mismo.

—Yo..., claro, sí —dijo el pid, moviendo la nariz con una cierta incertidumbre—. Supongo..., sí, sólo para estar seguro.

—Claro. Un pid sería el primero en verlo. Bueno, en ese caso, ¿nos marchamos inmediatamente?

—Claro —dijo agudamente el pid saltando de su silla—. Vayámonos. No, antes tengo que recoger mis cosas.

—Me temo que no habrá sitio para sus cosas en la nave. Desde luego, podrá remplazarlas cuando regresemos a la civilización.

—Naturalmente —admitió el pid, y él mismo fue el primero en salir al exterior.

Estaban cruzando el prado, cuando el illobar reapareció, saliendo de un bosquecillo situado en la ladera de la montaña. Se les acercó galopando, haciendo retemblar la tierra, a una velocidad de setenta a ochenta kilómetros por hora. A la luz de la montaña, inspiró a Timberlake una sensación de extrañeza.

—¿Dónde va? —le preguntó a Timberlake.

—Vamos a rescatar a mi compañero, recuperar nuestra nave y marcharnos de este planeta.

—¡Oh, querido! —exclamó el illobar, dando palmadas con sus patas delanteras con cierto nerviosismo—. ¿No será nada peligroso?

—¿Y qué ocurriría si lo fuera?

—Bueno..., creo que yo no iría. Adiós —dijo el illobar.

—Adiós —le dijo Timberlake—. Vamos, Agg —añadió, dirigiéndose al pid.

—¡Illobars! —exclamó el pid cuando echaron a andar—. Son unas criaturas inútiles. No sé cómo a mi madre se le ocurrió viajar por ahí en compañía de una.

El illobar les observó marcharse. Llegaron a la cascada de agua y bajaron por la ladera rocosa de la montaña. Cuando llegaron al valle, escucharon un retumbar de pies detrás de ellos y, de pronto, vieron aparecer al illobar, que les alcanzó trotando.

—Hola —dijo apresuradamente.

—Hola —contestó Timberlake—. Creía que no venía.

—¡Oh, no voy! —dijo el illobar rápidamente—. Sólo pensé en acompañarle una parte del camino... al ver que estaba usted solo, sin ninguna verdadera compañía, únicamente con ese pid.

—Los illobars —dijo el pid a Timberlake, con un tono confidencial— siempre se piensan que la gente está interesada por ellos.

—Los pids —dijo el illobar en la otra oreja de Timberlake— son tan egocéntricos que resultan fastidiosos.

—¡Oh, bien! —exclamó Timberlake con suavidad.

Y el grupo continuó su marcha a lo largo del valle, que parecía un parque.

Probablemente, el illobar podría haber hecho el viaje en una hora, e incluso en menos. Para Timberlake, recorrer el camino en cuatro horas habría sido ir muy rápido. En cuanto al pid, y a causa de sus piernas relativamente cortas, se trataba de un viaje de un día. Y como se veían obligados a avanzar a la velocidad del más lento, todos ellos se movían al paso del pid. Y esto no resultaba nada tranquilizador para la ansiedad de Timberlake, sobre todo a medida que avanzaba el día y el pid insistía en discursar sobre la belleza de las matemáticas, mientras iban caminando, y el illobar, para no quedar aislado, recitaba citas poéticas de extraordinaria longitud. Finalmente, sin

embargo, el pueblo apareció sobre una pequeña elevación, a un kilómetro y medio de distancia; justo detrás del pueblo, mostrando un color rosado bajo la luz del sol poniente, se veía la elevada figura plateada de la nave espacial.

—Está bien, chicos —dijo Timberlake—. Ahora daremos un rodeo y nos acercaremos al pueblo viniendo desde detrás de la nave.

—Una línea recta —objetó el pid— es la distancia más corta entre dos puntos.

—No siempre es así —replicó el illobar, mostrándose disconforme—. No hay nada mejor que dar un rodeo, un buen y gran rodeo —añadió, con nerviosismo.

Timberlake solucionó la discusión avanzando hacia su izquierda. Los otros dos le siguieron.

A medida que avanzaban por el valle, las sombras empezaron a extenderse visiblemente por él, y cuando los tres aventureros se encontraban en la parte opuesta del pueblo, la única cosa visible al resplandor del atardecer era la brillante proa de la nave espacial. Rápidamente, Timberlake aceleró el paso, pero el sol no tardó en desaparecer, así como el resplandor del crepúsculo.

Timberlake maldijo, a pesar de lo agitado de su respiración. Estaba llevando las precauciones demasiado lejos. Siguió meditando su plan y al cabo de unos veinte minutos notó que el illobar le tiraba de la manga. Se detuvo, y extendió una mano para detener también al pid.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el illobar—. Ahí está, ¿lo ve?

Con dificultad, Timberlake siguió la dirección de una de las patas de Yloo, que señalaba hacia delante. A través de la oscuridad, se las arregló para ver, no exactamente la nave espacial, sino una sombra oscura que ocultaba algo el resplandor de un fuego que empezaba a elevarse al otro lado de la empalizada del pueblo.

—¡Shhh! —advirtió.

Escuchó. Puso en marcha el equipo de traducción, situándolo a todo volumen. En sus auriculares sonó un murmullo procedente de alguna parte, delante de él.

—... Así es que a la noche siguiente llega a casa y su mujer está cocinando

de nuevo la carne de xer. Y él le dice: «Creí haberte dicho que no me gustaba la carne de xer cocida.» Y ella le dice entonces...

—¿Cuál es la razón de todo este retraso? —preguntó el pid—. Lo encuentro algo ilógico y sin sentido.

—Shhh —le indicó Timberlake.

Pero ya había descubierto lo que deseaba saber. El fuego, dentro del pueblo, se elevaba ahora por encima de la empalizada; y ahora no sólo podía distinguir el bulto negro de la nave, sino también dos sombras, apoyadas en sus lanzas y situadas junto a la abertura de la nave. Debía poner su plan en práctica.

—Voy a dar un rodeo para sorprenderles por la espalda —dijo, dirigiéndose al pid y al illobar.

Inmediatamente después, se apartó de ellos un poco, sin darles tiempo a decir nada. Al cabo de un instante, cuando juzgó que ya se había alejado lo suficiente como para que la oscuridad le ocultara, se volvió hacia ellos y susurró:

—Manténgase quieto. Y no importa las observaciones que haga ese estúpido, no se enfade ni discuta con él.

Rápidamente, Timberlake se alejó un poco más, aunque no tanto como para no escuchar lo que dijeran. Después, se sentó sobre la blanda tierra, escuchando y esperando el desarrollo de los acontecimientos. Por un momento, no se produjo ningún comentario por parte de los dos jóvenes extraños. Después, el illobar dijo en voz baja:

—Así lo haré.

—¿Qué quieres decir con eso de que así lo harás? El humano se estaba dirigiendo a mí.

—¡No! —replicó el illobar, tratando de restringir el tono de su voz—. Me habló a mí. ¿Cómo podría haberse dirigido a ti? No tienes ninguna emoción como para que valga la pena hablar contigo.

—Pero tú eres el único que es estúpido aquí.

—¡Oh! —balbució el illobar—. ¡No lo soy!

—Claro que lo eres. Todos los illobars son estúpidos.

—¡Retira eso que has dicho! —exigió el illobar, empezando a elevar un

poco los tonos bajos de su voz—. Estás hablando de la mamá a quien amaba, tú que no eres más que un insignificante adicto a las máquinas de sumar.

—¡Eso es una mentira! —espetó el pid furiosamente—. Ningún pid ha utilizado en su vida una máquina de sumar. Tú...

Sus voces se estaban elevando satisfactoriamente. Timberlake les dejó y empezó a arrastrarse hacia la nave espacial. Se encontraba a mitad de camino cuando los dos centinelas pasaron a su lado, corriendo, atraídos por la escena de la pelea. Una vez hubieron pasado, Timberlake se levantó, se sacudió el polvo y echó a correr hacia la nave. Las armas seguían estando en la estantería donde se encontraban cuando abandonaron la nave. Cogió un rifle lanzallamas y se dirigió hacia el pueblo.

Detrás de él parecía haber estallado una contienda llena de gritos y gruñidos. Un remordimiento de conciencia preocupó entonces a Timberlake. No había esperado tener tanto éxito. Pero hizo un esfuerzo para apartar la cuestión de su mente.

Llegó al pueblo procedente de la parte de atrás. En la entrada secundaria sólo había un despistado centinela, y tanto él como el resto del pueblo estaban ocupados en mirar en la dirección de donde procedía la animada discusión entre el pid y el illobar, que se podía escuchar con claridad en el aire de la noche. Timberlake agarró bien la culata del rifle, se deslizó en el interior del pueblo y se dedicó a buscar a Swenson.

El tiempo pasado en prisión le había familiarizado con la disposición general del pueblo. Se deslizó entre las cabañas y llegó ante la cárcel sin mucha dificultad. Swenson se encontraba sentado en el suelo, ante la cárcel, sin estar encadenado y sin ningún centinela que le vigilara. Estaba cantando *Ja, Vi Elsker Dette Landet*, con lágrimas de emoción en sus ojos. Evidentemente, estaba muy triste.

—¡Archie! —siseó Timberlake, sacudiéndole por el hombro—. Vamos. Salgamos de aquí.

—¿Salir de aquí? —preguntó Swenson, mirándole—. ¿Por qué, Jimmy? ¿Para qué me llevas contigo? ¿Escapar y desilusionar a toda esta gente tan amable que han estado calentando un caldero para mí desde el mediodía? Eso no tiene sentido. Toma... —y extendió algo que parecía un recipiente de licor

—, bebe algo de esto y estarás de acuerdo conmigo.

Timberlake se apartó ante aquella sustancia como si se tratara de algún ser vivo.

—¡Archie! —le llamó frenéticamente—. ¡Deja eso de una vez! Tenemos que llegar a la nave y largarnos de aquí.

Archie lanzó una risa sofocada, sin poder evitarlo. Timberlake buscó frenéticamente en su mente algo lo suficientemente astuto como para influir sobre su compañero drogado.

Una inspirada idea acudió a su mente.

—Espera, Archie —le dijo—. Tengo una idea. En realidad, no nos marcharemos. Sólo nos alejaremos un poco del pueblo y haremos como si nos ocultásemos. Después, cuando ellos vengan a buscarnos, saldremos a su encuentro y les diremos...

—Déjame llevar el arma —pidió Swenson, con recelo.

—En cuanto salgamos por la puerta del pueblo.

—No, ¡ahora!

—No, Archie, tú...

—Ahora, o no iré contigo.

De muy mala gana, Timberlake le alcanzó el arma. Swenson la cogió y con un brusco movimiento la lanzó sobre el techo de una de las cabañas.

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa! —exclamó, gritando—. Vengan a cogerlo. ¡Sorpresa!

Se produjo un revuelo desde detrás de las sombras de las cabañas que les rodeaban y Timberlake fue lanzado al suelo, cayendo bajo una multitud de pesados cuerpos. Después, le obligaron a levantarse, y se encontró frente a frente con el curandero.

—¡Qué bien que se haya unido a nosotros! —dijo el hombre.

Timberlake se desmayó.

Cuando recuperó el sentido, tanto él como Swenson se encontraban frente al fuego, sobre el que un gran caldero lanzaba chisporroteos de aceite hirviendo. Su peculiar fragancia llegó a las narices de Timberlake y le hizo

ponerse pálido.

—¡No puede hacer esto! —le gritó al chamán.

—¿Por qué no? —preguntó éste, que estaba de pie, junto a él.

—Porque... porque si nos hace daño, cientos de demonios vendrán en centenares de naves. Ellos... ellos incendiarán su pueblo hasta los cimientos..., les harán pasar por una fase de reacondicionamiento psicológico y restablecerán su estructura social...

—Vamos —dijo el chamán—, eso es lo que dicen los demonios antes de ser hervidos. Esas terribles amenazas no nos asustan.

—¡No son simples amenazas! —gritó Timberlake—. Pónganos en libertad inmediatamente o le lanzaré una maldición... Impshi, bimpshi...

—Mi querido demonio —protestó el chamán—, por favor, deje de hacer tonterías. Esto es doloroso para todos nosotros. Tome, mastique esto un poco...

Frenéticamente, Timberlake tiró el recipiente con el licor que el curandero le tendía.

—¡Ayudadme, espíritus!

De pronto, Timberlake se dio cuenta de que los sonidos de lucha que antes procedían de la lejanía, habían cesado ahora. ¿Sería posible que...?

—¡Socorro, Yloo! —gritó con toda la potencia de su voz—. ¡Socorro, Agg! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorroooo!

—¡Demonio, deja de gritar! —espetó el chamán. De repente y por detrás de él, una parte de la empalizada se hinchó hacia dentro y terminó por desgajarse.

—¿Ha pedido alguien socorro? —preguntó el illobar, apareciendo en la abertura.

—¡Atrás, demonio! —gritó el chamán, muy seguro de sí mismo, arrojando una lanza que rebotó inofensivamente contra el poderoso pecho del illobar.

—¡Vaya! —exclamó el illobar, sintiéndose ahora muy seguro de sí—. Esas pequeñas cosas no me hacen ningún daño.

Avanzó después hacia el fuego. Timberlake quedó atónito al ver que el pid se había subido al cuello, similar al de un dragón, y con su larga y aguda

nariz en punta agujoneaba la nuca del illobar.

—¿Está usted bien, señor? —gritó el pid, y añadió—: Le ruego disculpe mi anterior falta de buenas maneras.

—En cuanto a usted —dijo el illobar, dirigiéndose al chamán—. ¿Va a dejar marchar a estos agradables seres humanos? ¿O tendré que sentarme en sus cabañas, una tras otra?... ¡Así! —y diciendo esto último se dejó caer sobre una de las cabañas, que quedó completamente demolida.

—¡No..., no! —exclamó el chamán rápidamente—. Lo que usted diga, demonio. Márchese de aquí.

Se había puesto tan pálido que su verde casi parecía haberse convertido en blanco.

—¡Yo quiero ser hervido en aceite! —gritó entonces Swenson, con obstinación.

—No le haga caso —dijo Timberlake, dirigiéndose al illobar—. No está en su sano juicio. Cójalo, por favor..., así, eso es. Gracias.

Swenson, elevado limpiamente sobre el lomo del illobar, rompió a llorar con lágrimas de desilusión.

—Será mejor que me lleve a mí también —dijo Timberlake—, y rápido.

Se sintió elevado y después percibió cómo el viento zumbaba en sus oídos. Al cabo de un instante, se encontró en el suelo, junto a la puerta de la nave espacial.

Timberlake dejó que el illobar penetrara por la puerta, estrechándose todo lo que pudo, y después se dirigió rápidamente a la sala de control. Dieciocho segundos más tarde, la puerta se cerraba. Las luces rojas se encendieron en el panel de instrumentos y la nave despegó. El cielo de las profundidades del espacio la acogió en sus pacíficos y vacíos brazos.

Detrás de él, en la sala de control, Timberlake escuchó un ruido. Puso en marcha el piloto automático y se volvió. El illobar, con el pid clavado todavía en él, acababa de penetrar con gran esfuerzo en la sala.

—He dejado a su amigo en la cabina para que durmiera —dijo el illobar—. ¿He hecho bien?

—Perfecto —dijo Timberlake.

Se levantó de su asiento y les estudió.

—Veamos —dijo—. Si quieren agacharse un poco, traeré una palanca para desengancharles.

—¿Una palanca? —preguntó el illobar.

—Claro..., yo... para soltarles —dijo Timberlake, ligeramente confundido—. Parecen ustedes estar metidos el uno en el otro...

—¡Oh! —exclamó el pid—. Así está bien. ¿No comprende? Pertenecemos el uno al otro, justo de esta forma.

—¿Qué? —exclamó Timberlake.

—¡Oh, sí! —observó el illobar—. Sólo era una cuestión de tiempo antes de que nos enzarzáramos en un combate ritual y llegáramos a esto. Los illobars y pids pequeños como nosotros sienten un odio recíproco natural. Pero eso no es más que el inicio de su madura unión y amor.

—Pero, Yloo... —empezó a decir Timberlake, asombrado.

—No, no, no comprende usted —dijo el illobar—. En realidad, ya no soy Yloo, del mismo modo que él ya no es Agg. En realidad, ahora somos como dos partes de un mismo ser completo: Aggyloo, un pidillobar.

—Como ve, se trata de una relación simbiótica —dijo el pid—. Una fusión de lo mental y de lo emocional en un solo y único ego perfeccionado.

—¡Oh! —exclamó Timberlake.

—Sí —confirmó Aggyloo, el pidillobar.

Situó sus enormes ancas sobre el suelo, se acarició la conexión nasal y continuó hablando con su voz chillona:

—De no haber sido por la devoción de mis madres, nosotros nunca habríamos podido sobrevivir para llegar a esto. Pero mis madres sabían muy bien lo que tenían que hacer. Se imaginaron que alguien como usted pasaría por aquí. Como usted podrá ver, mis madres...

# **EMILY Y LOS BARDOS SUBLIMES**

Robert F. Young

*Que la gente no se interesa demasiado por la poesía es algo que no precisa ser recalado. Que una exposición de automóviles tiene mayor poder de convocatoria que una asamblea de poetas, tampoco. Pero tal vez convenga señalar (como hace Young en este relato mediante una sugestiva alegoría) que poesía y tecnología no tienen por qué estar necesariamente enfrentadas.*

Emily hacía la ronda de las salas a su cargo todas las mañanas, tan pronto como llegaba al museo. Oficialmente, era la ayudante del encargado, a cargo de la Sala de Poetas. A sus propios ojos, no obstante, era algo más que una simple ayudante: era un mortal privilegiado, en privilegiada intimidad con los más grandes Inmortales: *los bardos sublimes*, según las palabras de uno de ellos, *cuyos pasos distantes resuenan por los corredores del Tiempo*.

Los poetas estaban dispuestos por orden alfabético más que cronológico, y Emily empezaba por los pedestales de la izquierda de la sala —los de la A—, dando la vuelta en torno al imponente semicírculo. De esta manera, podía dejar a Alfred, lord Tennyson, para el final, o casi el final. Lord Alfred era su favorito.

Saludaba con un agradable «buenos días» a cada uno de los poetas, y ellos le contestaban de la forma característica; pero para lord Alfred añadía un par de frases, como: «Buen día para escribir, ¿eh?», o bien: «¡Espero que los *Idilios* ya no te causen más trastornos!»

Naturalmente, sabía que Alfred ya no escribiría más, que la anacrónica pluma y la resma de papel del escritorio al lado de su butaca no servían, y que su talento androide no iba más allá de recitar los poemas que su modelo de carne y hueso había escrito varios siglos atrás; pero era igual, no había ningún mal en pensarlo, especialmente cuando sus grabaciones de Tennyson contestaban algo así como:

«En primavera, el lirio más bello se cambia en la paloma lustrosa; en primavera, la fantasía juvenil se orienta a los sueños de amor», o: «Rosa, reina del jardín de las jóvenes, ven acá; las danzas concluyeron entre el rumor del satén y el fulgor de perlas; lirio y rosa, Reinas en una...»

Cuando Emily estuvo por primera vez a cargo de la Sala de los Poetas, albergó grandes esperanzas. Igual que los directores del museo que habían concebido la idea, creía que la poesía no había muerto, y que una vez que la gente viera que podía escuchar las palabras mágicas en lugar de leerlas en libros polvorientos, y, además, escucharlos de labios de un modelo de tamaño natural, animado, de su creador, ni el infierno ni los altos precios podrían impedir que el museo estuviese lleno. Idea que demostró que tanto ella como los directores estaban desfasados.

El ciudadano normal del siglo XXI estaba tan inmunizado contra la idea de volver a la vida a Browning como lo estaba contra sus libros. Y en cuanto a los literatos menores, preferían sus platos poéticos servidos al estilo antiguo, y en varios casos se manifestó públicamente que invertir a monigotes animados con las frases inmortales de los Grandes Maestros Antiguos era un crimen tecnológico contra las humanidades.

Pero a pesar de los años de vacío, Emily continuaba fiel a su trabajo, y hasta la mañana en que el firmamento poético se derrumbó, siguió creyendo que algún día alguien enfilaría el corredor que salía del vestíbulo a mano derecha (en lugar del de la izquierda, que conducía al Salón de los Automóviles, o el del centro, que llevaba al de los Aparatos Eléctricos), y llegando ante su mesa, le preguntaría:

—¿Está aquí Leigh Hunt? Siempre me ha intrigado por qué Jenny lo besó, y he pensado que tal vez él me lo explicaría si se lo preguntase.

O bien:

—¿Está muy ocupado ahora Bill Shakespeare? Me gustaría discutir con él la melancolía de Dante.

Pero pasaron los años y las únicas personas que enfilaban el corredor de la derecha, aparte de Emily, eran los empleados del museo, el portero y el vigilante nocturno. En consecuencia, llegó a familiarizarse mucho con los bardos sublimes, y a simpatizar con ellos en su ostracismo. En cierto modo, Emily estaba embarcada en el mismo bote que ellos...

La mañana en que se derrumbó el firmamento poético, Emily hizo la

ronda habitual, sin sospechar la inminente calamidad. Robert Browning pronunció su acostumbrado «Buenos días a las siete; hay rocío perlífero en la ladera de la colina», como respuesta al saludo de Emily; y William Cooper respondió: «El año veinte ya pasó desde que nuestro primer cielo se nubló.» Edward Fitzgerald contestó (un poco bebido tal vez, pensó Emily) con su parrafada: «Antes de que muriese el fantasma de la falsa mañana, oí una voz gritar dentro de la taberna: Si todo el Templo está engalanado, ¿por qué se demoran los adormilados adoradores?»

Emily pasó ante su pedestal rápidamente. Jamás había estado de acuerdo con los directores respecto a la inclusión de Edward Fitzgerald en la Sala de los Poetas. Según ella, Fitzgerald no podía reclamar la inmortalidad. Ciertamente, había adornado sus cinco traducciones de Omar con abundancia de imágenes originales, pero esto no le convertía en un auténtico poeta. No en el sentido en que lo eran Milton o Byron. No como lo era Tennyson.

Emily apretó el paso al pensar en lord Alfred, y en sus mejillas florecieron dos rosas rojas. Apenas tenía paciencia para llegar hasta su pedestal y oír sus palabras. Al revés que las grabaciones de otros poetas, sus cintas siempre decían algo diferente, tal vez por ser uno de los modelos más nuevos, aunque a Emily no le gustaba llamarles modelos.

Así llegó por fin al terreno adorado y contempló el rostro juvenil (todos los androides estaban modelados según el aspecto de los distintos poetas a los veinte años de edad).

—Buenos días, lord Alfred —le saludó.

Los labios sensitivos, aunque sintéticos, formaron una vivida sonrisa. Las cintas giraron silenciosamente. Los labios se separaron y surgieron estas palabras:

*Se mueve una brisa matutina,  
y el planeta del Amor está en lo alto,  
empezando a diluirse en la luz que ama  
en un lecho de narcisos celestes...*

Emily se llevó una mano a su pecho, las palabras resonando en el vacío de su mente. Estaba tan encantada que no podía pensar siquiera en ninguna de sus bromas ante las exigencias de la poesía, y por esto permaneció allí en silencio, contemplando la figura del pedestal con un sentimiento parecido al temor. Después avanzó, murmurando los buenos días de forma distraída a Whitman, Wilde, Wordsworth, Yeats...

Le sorprendió ver al señor Brandon, el encargado, esperándola en su escritorio. El señor Brandon casi nunca visitaba la Sala de los Poetas, ocupándose casi exclusivamente con las exhibiciones tecnológicas, para dejar el cuidado de los bardos a su ayudante. Llevaba un libro voluminoso, observó Emily, lo cual fue otra sorpresa: el señor Brandon no era un gran aficionado a la lectura.

—Buenos días, señorita Meredith —dijo—. Tengo buenas noticias para usted.

Inmediatamente, Emily se acordó de Percy Bysshe Shelley. El modelo actual tenía una grabación deficiente y había hablado del asunto varias veces con el señor Brandon, sugiriéndole que escribiese a Androides, Co. pidiendo un recambio. Tal vez lo había hecho y había recibido la respuesta.

—¿Sí, señor Brandon? —preguntó con avidez.

—Como ya sabe, señorita Meredith, la Sala de los Poetas ha sido una molestia para todos. Según mi opinión, desde el principio fue un sitio poco práctico, mas como sólo soy el encargado, nada dije sobre el asunto. La Junta de Directores deseaba una sala de androides poetas, de modo que terminamos con una sala llena de androides poetas. Ahora, y soy feliz al decirlo, los miembros de la junta han recobrado al fin el sentido común. Incluso ellos han comprendido que los poetas, en lo tocante al público, están muertos y que la Sala de los Poetas...

—Oh, estoy segura de que el interés del público se despertará pronto —le interrumpió Emily, tratando de contener el tembleteante cielo.

—La Sala de los Poetas —repitió el señor Brandon— es un constante sumidero de los recursos financieros del museo, y ahora necesitamos desesperadamente espacio para ampliar la exposición del Salón de Automóviles. Aún soy más feliz al decir que la junta ha llegado a una

decisión: a partir de mañana por la mañana, se desmantelará la Sala de los Poetas para dejar sitio a la Edad del Cromo en la exposición de Automóviles. Se trata del período más importante de...

—Pero ¿y los poetas? —volvió a interrumpirle Emily—. ¿Y los poetas?

El cielo se desplomaba a su alrededor, y entremezclados con los restos de azul se hallaban los fragmentos magullados de las nobles palabras y los restos de las antiguas y orgullosas frases.

—Claro está, los almacenaremos —los labios del señor Brandon esbozaron una sonrisa de simpatía—. Luego, si algún día el público se interesa, sólo necesitaremos desembalarlos y...

—¡Pero se ahogarán! ¡Morirán!

—¿No cree que es usted un poco ridícula, señorita Meredith? —el señor Brandon la contempló con severidad—. ¿Cómo puede ahogarse un androide? ¿Cómo puede morir?

Emily sabía que estaba encendida, pero no hizo marcha atrás.

—Si no las pronuncian, se ahogarán sus palabras. Su poesía morirá si nadie la escucha.

El señor Brandon estaba enojado. En sus hundidas mejillas había una nota de color rosa y sus ojos pardos se habían oscurecido.

—Señorita Meredith, usted no es realista. Me defrauda, por cierto. Creí que le encantaría saber que estaba a cargo de una exposición progresiva, en lugar de un mausoleo lleno de poetas fallecidos.

—¿Quiere decir que tendré a mi cargo el período de la Edad del Cromo?

El señor Brandon tomó la aprensión de Emily por respeto. Instantáneamente, su voz se hizo más cálida.

—Claro está. No podríamos cederle su dominio a nadie más, ¿verdad? —se estremeció, como si esta idea fuese repulsiva.

En cierto modo era como decir: otra persona exigiría más sueldo.

—Desde mañana podrá desempeñar sus nuevas obligaciones. Hemos contratado unos obreros para que trasladen esta noche los coches, y mañana vendrá aquí un ejército de decoradores que pondrán esta sala a la moda. Con un poco de suerte, pasado mañana todo estará listo para el público... ¿Está usted familiarizada con la Edad del Cromo, señorita Emily?

—No —musitó Emily—, oh, no...

—Eso pensé, de modo que le he traído esto —el señor Brandon le entregó el libraco—. Es *Un análisis del motivo cromado en el arte del siglo XX*. La obra más trascendental de este siglo.

El último fragmento de cielo se había derrumbado y Emily se hallaba desamparada en medio de los montones de restos azules. Por fin comprendió que el objeto que tenía en sus manos era *Un análisis del motivo cromado en el arte del siglo XX* y que el señor Brandon se había marchado.

No supo cómo pasó el resto del día, y aquella noche, antes de irse, se despidió de los poetas. Estaba llorando cuando cruzó la puerta electrónica hacia la calle de Setiembre, y lloró durante todo el trayecto hasta su casa en el aerotaxi. Su apartamento parecía atestado y feo, igual que años antes, cuando los bardos sublimes aún no habían entrado en su existencia, y la pantalla del equipo video la miraba desde las sombras como el ojo pálido y despiadado de un monstruo de las profundidades abisales.

Tomó una cena insignificante y se acostó temprano. Permaneció tendida en la vacía oscuridad mirando por la ventana el gran letrero del otro lado de la calle. El letrero parpadeaba, comunicando un mensaje doble. En el primer parpadeo anunciaba: *Tome Somnitabletas*. En el segundo: *Zzzzzzzz*. Estuvo despierta largo rato. Parte del tiempo era la Dama de Shalott, ataviada de blanco, flotando por el río hacia Camelot, y el resto del tiempo retenía la respiración debajo de la superficie de la piscina, esperando con desesperación que los chicos del barrio, que la habían atrapado nadando desnuda, acallasen sus crueles carcajadas y sus palabras obscenas, marchándose, para que ella pudiera salir del agua fría y vestirse. Finalmente, después de haber sumergido su ardiente rostro por sexta vez, se fueron, y ella logró subir, morada y temblando, luchando furiosamente con el santuario de su vestido de dacrón.

De pronto estaba corriendo, de vuelta al pueblo, y sin embargo, cosa extraña, no corría en absoluto, sino que flotaba, tendida en la barca y ataviada de blanco, río abajo hacia Camelot. *Flotaba como una figura resplandeciente, con palidez de muerte entre, las altas casas, hacia el*

*silencioso Camelot*. Y los caballeros y el pueblo acudieron al muelle, como hacían siempre, y leían su nombre en la proa, y aparecía Lanzarote... Lanzarote o Alfredo, ya que a veces era uno y otras era el otro, y finalmente los dos. *Tiene una cara muy bella*, murmuraba Lanzarote-Alfredo, y Emily de Shalott le oía, aunque se suponía que estaba muerta. *Dios en su piedad le conceda su gracia a la Dama de Shalott...*

Los obreros habían trabajado toda la noche y la Sala de los Poetas estaba irreconocible. Los poetas habían desaparecido, y en su lugar centelleaban representaciones del arte del siglo XX. Había algo llamado *Firedomo 8* donde había estado Robert Browning sentado, soñando en su E.B.B., y un objeto largo y bajo con el nombre imposible de *Pájaro de Trueno* ocupando el lugar que Alfred, lord Tennyson, había consagrado.

El señor Brandon se le acercó, con unos ojos tan brillantes como el decorado cromado que tanto le apasionaba.

—Bien, señorita Meredith, ¿qué le parece la nueva exposición?

Emily casi se lo dijo. Pero se tragó su amargura. Un despido sólo serviría para apartarla de sus poetas para siempre, mientras que si continuaba trabajando en el museo, al menos los tendría cerca.

—Es... es algo deslumbrante.

—Ahora lo encuentra deslumbrante, pero espere a que terminen los decoradores —el señor Brandon no podía ocultar su entusiasmo—. Ah, casi la envidio, señorita Meredith. Tiene a su cargo la exposición más atractiva de todo el museo.

—Sí, eso supongo —Emily miraba asombrada a su alrededor—. ¿Por qué los pintaron con colores tan llamativos, señor Brandon?

El resplandor del señor Brandon se empañó un poco.

—Ya veo que ni siquiera ha hojeado *Un análisis del motivo cromado en el arte del siglo XX* —le recriminó—. Aunque sólo hubiera leído la solapa de la cubierta, sabría que el color del coche americano era un complemento inevitable del aumento de apliques cromados. Los dos factores combinados dieron nacimiento a una nueva era del arte automovilístico que duró más de

un siglo.

—Parecen huevos de Pascua —sonrió Emily sin alegría—. ¿De veras los conducía la gente?

Los ojos del señor Brandon habían recobrado su brillo normal, y su entusiasmo yacía a sus pies como un globo pinchado.

—¡Claro que los conducían! Creo que usted se muestra deliberadamente difícil, señorita Meredith, y no apruebo esta actitud.

Dio media vuelta y se alejó.

Emily no quería discutir con él, por lo que intentó llamarle y disculparse. Pero ni aún a costa de su vida hubiese podido hacerlo. La transición de Tennyson al Pájaro de Trueno la había amargado más de lo que creía.

Pasó muy mala mañana, contemplando desvalidamente a los decoradores, que estaban cambiando toda la sala. Gradualmente, los muros color pastel adquirirían un tono más brillante, desapareciendo las ventanas góticas detrás de unas persianas de cromo. El sistema de luz indirecta fue transformado en una serie de luces fluorescentes; el suelo de parquet quedó despiadadamente escondido debajo de un enlosado sintético. A mediodía, la sala tenía el aspecto de un lavabo enorme. Lo único que faltaba, pensó Emily cínicamente, era una hilera de retretes de cromo.

Se preguntó si los poetas estarían cómodos en sus cajas, y después de almorzar subió al almacén del ático para averiguarlo. Pero en el polvoriento desván no encontró las cajas de los poetas; no encontró nada que no estuviera allí antes, las reliquias pasadas de moda acumuladas a través de los años. Una sospecha empezó a formarse en su mente. Bajó de nuevo rápidamente y buscó al señor Brandon.

—¿Dónde están los poetas? —le preguntó, cuando lo halló dirigiendo la alineación de un automóvil.

La culpa en el rostro del señor Brandon fue tan inequívoca como la mancha de moho en el parachoques de cromo ante el que se hallaba.

—Oh, señorita Meredith... ¿no cree que es usted un poco...?

—¿Dónde están? —repitió ella.

—Pues... los pusimos en el sótano.

La cara del señor Brandon estaba tan colorada como el óxido del

guardabarros que estaba examinando.

—¿Por qué?

—Señorita Meredith, adopta usted una actitud equivocada...

—¿Por qué los puso en el sótano?

—Temo que hubo un leve cambio en nuestros planes originales —el señor Brandon pareció de pronto absorto en el dibujo del enlosado sintético—. En vista de que la apatía del público hacia la poesía puede ser permanente, y en vista de que el presupuesto de la nueva decoración es mayor de lo supuesto, nosotros...

—¡Piensan venderlos como objetos viejos! —el rostro de Emily estaba blanco. Tenía los ojos arrasados en lágrimas, y también le resbalaban por las mejillas—. ¡Le odio! —proclamó—. ¡A usted y a los directores! ¡Son como cuervos! Si algo está de moda, lo cogen y lo colocan en su viejo museo, arrojando del mismo todo lo bueno y magnífico... ¡Les odio! ¡Les odio! ¡Les odio!

—Por favor, señorita Meredith, intente ser realista...

El señor Brandon calló al ver que hablaba al vacío.

Emily era ya una serie de pasos apresurados y un revoleo de vestido floreado por entre las filas de coches. El señor Brandon se encogió de hombros. Pero el gesto fue un esfuerzo físico, no un acto casual.

Recordaba los años pasados, cuando la joven delgada, de ojos tristes y sonrisa tímida se le acercó en la Sala de Aparatos Eléctricos, pidiéndole empleo. Y recordaba lo astuto que él había sido (sólo que «astuto» no era el calificativo más adecuado ahora) al nombrarla ayudante del encargado, que era un título vacío que nadie quería porque significaba menos sueldo que el portero, y sobre todo, al poner a su cargo la Sala de los Poetas, a fin de poder él dedicarse a sus salas preferidas. También recordaba el inexplicable cambio sufrido por la joven en los años posteriores, cómo la expresión triste había huido de sus ojos, cómo su paso se había apresurado, cómo su sonrisa se había alegrado, especialmente por las mañanas...

Furioso, el señor Brandon volvió a encogerse de hombros. Pero los hombros le parecían de plomo.

Los poetas estaban amontonados en un rincón siniestro. La luz de la tarde se filtraba por el alto ventanal del sótano, iluminando los rostros inmóviles y pálidos. Emily sollozó al verlos.

Tardó bastante en encontrar a Alfred. Lo apoyó contra una anticuada butaca del siglo XX y ella se sentó en otra. Él la contempló casi interrogándola con sus ojos de androide.

—*Locksley Hall* —le pidió Emily.

*Camaradas, dejadme aquí mientras aún es joven la mañana;  
Dejadme aquí, y cuando me necesitéis, tocad el clarín...*

Cuando terminó de recitar *Locksley Hall*, Emily pidió:

—*Morte d'Arthur*.

Al concluir *Morte d'Arthur*, siguió *Los comedores de Lotos*.

Mientras el poeta recitaba, la mente de Emily estaba dividida en dos partes. Una absorta en la poesía, la otra en el dilema de los poetas.

Hasta la mitad de *Maud*, Emily no se dio cuenta del paso del tiempo. Sobresaltada, comprendió que ya no veía el rostro de Alfred, y al mirar hacia la ventana observó la penumbra crepuscular. Alarmada, se puso en pie y fue hacia la escalera.

Buscó el interruptor de la luz en la oscuridad y subió al primer piso, dejando a Alfred a solas con *Maud*. El museo estaba sumido en tinieblas, exceptuando la luz que ardía en el vestíbulo.

Emily se detuvo bajo el cono luminoso. Aparentemente, nadie la había visto bajar al sótano, y el señor Brandon, suponiendo que se había marchado a casa, había dejado el museo al cuidado del vigilante nocturno, marchándose también. Pero ¿dónde estaba el vigilante? Si quería salir tenía que encontrarle y rogarle que abriera la puerta. Pero ¿deseaba marcharse?

Emily meditó la pregunta. Se acordó de los poetas amontonados ignominiosamente en el sótano y en los relucientes vehículos que usurpaban aquel suelo sagrado. En aquel momento crucial, sus ojos captaron el brillo metálico procedente de una pequeña exhibición junto a la puerta.

Era una exposición de bomberos antiguos, con el equipo apaga-incendios que usaban un siglo atrás. Había un extintor químico, una escalerilla con ganchos en miniatura, una manguera de lona enrollada, un hacha... Fue el brillo de la reluciente hoja del hacha lo que primero atrajo su atención.

Apenas consciente de lo que hacía, fue hacia allí. Cogió el hacha, la levantó y vio que podía manejarla con facilidad. Una neblina le ofuscó el cerebro y sus pensamientos cesaron de funcionar. Llevando el hacha, recorrió el pasillo que un día antes conducía a la Sala de los Poetas. En la oscuridad encontró el interruptor y los nuevos fluorescentes destellaron como estrellas novas alargadas, brillando sobre la contribución al arte hecha por el hombre del siglo XX.

Los coches estaban casi pegados entre sí, en un amplio círculo, como enzarzados en una carrera. Delante de Emily había un coche cromado en gris... Un modelo más antiguo que sus compañeros, pero bueno para empezar. Emily se acercó, levantó el hacha y apuntó al parabrisas. Y de pronto se detuvo, al comprender que cometía un error.

Abatió el hacha, dio un paso al frente y atisbo por la abierta ventanilla. Así contempló el tapizado de los asientos, imitando la piel de leopardo, el tablero de mandos, el volante... De repente, supo cuál era el error.

Avanzó en círculo. Aquella sensación errónea creció. Los coches variaban de tamaño, color, cromados, caballos de vapor o capacidad de asientos, pero en un aspecto no variaban en absoluto. Todos estaban vacíos.

Sin el conductor, un coche estaba tan muerto como un poeta en el sótano.

Bruscamente, a Emily empezó a palpitarle con fuerza el corazón. El hacha se deslizó entre sus dedos y cayó al suelo. Emily retrocedió hacia el vestíbulo. Acababa de abrir la puerta que daba al sótano cuando la detuvo un grito. Reconoció la voz del vigilante y aguardó impaciente a que él la identificase.

—Oh, señorita Meredith —exclamó el hombre, al aproximarse—, el señor Brandon no dijo que usted se quedaría a trabajar esta noche.

—Probablemente lo olvidó —repuso Emily, maravillándose por su facilidad en mentir. De pronto la asaltó una idea: ¿por qué contentarse con una sola mentira? Ni con la ayuda del montacargas resultaría sencilla su

tarea. ¿Por qué no?—. El señor Brandon me dijo que usted podría ayudarme si lo necesitaba —dijo—. ¡Y temo que necesitaré mucha ayuda!

El vigilante nocturno frunció el ceño. Consideró si la cláusula sindical era apropiada a la situación, la que estipulaba que un vigilante nocturno nunca debe dedicarse a actividades que menoscaben la dignidad de su cargo; dicho de otro modo: a trabajar. Pero en el rostro de Emily había una expresión que no había visto antes, una expresión decidida que no tenía nada que ver con las cláusulas sindicales.

—Está bien, señorita Meredith —suspiró.

—Bueno, ¿qué le parece? —preguntó Emily.

La consternación del señor Brandon era un fenómeno digno de ver. Sus ojos se desorbitaron ligeramente y la mandíbula cayó más de un centímetro. Pero consiguió articular un:

—¡Anacrónico!

—Oh, esto se debe a los trajes de la época —objetó Emily—. Más adelante, cuando lo permita el presupuesto, les compraremos ropas modernas.

El señor Brandon contempló el asiento del conductor del «Buick» color aguamarina, a cuyo lado se hallaba. Hizo un esfuerzo para imaginarse a Ben Johnson con ropa del siglo XXI. Ante su sorpresa, el esfuerzo resultó compensador. Sus ojos volvieron a su lugar y recobró el don de la palabra.

—Tal vez haya estado acertada, señorita Meredith —concedió—. Y creo que la junta estará complacida. En realidad, no queríamos deshacernos de los poetas, pero no encontrábamos un uso práctico para ellos.

El corazón de Emily pareció esponjarse. Al fin y al cabo, en un asunto de vida o muerte, era un precio mínimo.

Cuando se hubo marchado el señor Brandon, Emily hizo la ronda de la sala. Robert Browning contestó con su habitual «Buenos días a las siete; hay rocío perlífero en la ladera de la colina», en respuesta a su saludo, aunque su voz sonó un poco amortiguada en el interior del «Packard» de 1958, y William Cooper repuso vigorosamente desde su tapizado asiento: «El año veinte ya pasó desde que nuestro primer cielo se nubló.» Edward Fitzgerald

daba la impresión de que iba a toda velocidad en su «Chrysler» de 1960, y Emily arrugó severamente el entrecejo ante su ingrata referencia a la taberna de Khayyám.

Dejó a Alfred, lord Tennyson, para el final. Estaba muy natural detrás del volante de su «Ford» de 1965, y un observador casual hubiera supuesto que estaba tan ocupado guiándolo que sólo tenía ojos para la trasera cromada del coche que tenía delante. Pero Emily sí lo sabía. Sabía que en realidad veía Camelot y la isla de Shalott, y a Lanzarote cabalgando con la reina Ginebra por una comarca inglesa.

Odiaba interrumpir su ensueño, aunque estaba segura de que a él no le importaría.

—Buenos días, lord Alfred...

Él volvió la noble cabeza, y sus ojos de androide se encontraron con los de ella. Parecían más brillantes, y su voz, cuando habló, fue vibrante y potente:

*El orden antiguo cambió, dando lugar al nuevo.*

*Y Dios se satisfizo a Sí mismo en muchas maneras...*

# **UNA CURIOSA EXCURSIÓN DE PLACER**

Mark Twain

*He aquí un breve y desenfadado divertimento de uno de los mayores escritores humorísticos de todos los tiempos. ¿O no tan desenfadado?*

## ADVERTENCIA

Sirva ésta para informar al público que en sociedad con el señor Barnum he arrendado el cometa por un número de años; y deseo también solicitar el favor del público para una empresa benéfica que estamos proyectando. Nos proponemos instalar en el cometa cómodos y hasta elegantes asientos para todas las personas que nos honren con su favor, y realizar una prolongada excursión por entre los cuerpos celestes. Prepararemos 1.000 camarotes en la cola del cometa (con agua fría y caliente, gas, mirador, paracaídas, sombrilla, etc., en cada uno), y construiremos más si el favor del público así lo exige. Habrá salas de billar, de cartas, de música, boleras y muchos teatros espaciosos, así como bibliotecas gratis; y en la estructura principal nos proponemos instalar un parque para coches, con más de 15.000 kilómetros de carretera. Publicaremos, asimismo, periódicos todos los días.

PARTIDA DEL COMETA. El cometa saldrá de Nueva York a las diez de la noche del día 20, y por tanto es conveniente que los pasajeros se hallen a bordo a las ocho como máximo, para evitar confusiones de última hora. Se ignora si serán necesarios o no los pasaportes, pero es mejor que los señores pasajeros los lleven consigo, para prevenir toda contingencia. A bordo no se permitirá tener perros. Esta exigencia es una deferencia a los sentimientos existentes respecto a tales animales, y será aplicada con todo rigor. Se vigilará con todo celo la seguridad de los pasajeros. En torno al astro se colocará una barandilla de hierro y no se permitirá a nadie llegar hasta el borde y asomarse, a menos que sea en compañía de mi socio o de mí mismo.

SERVICIO POSTAL. El servicio postal será lo más completo posible. Naturalmente, sólo se utilizará el telégrafo; en consecuencia, los amigos que ocupen camarotes alejados entre sí 30 millones o hasta 50 millones de kilómetros, podrán enviar y recibir mensajes en el término de once días. Los mensajes nocturnos pagarán media tarifa. Todo el sistema postal estará bajo la supervisión del intendente de personal, señor Hale, de Maine. Servicio de comidas a todas horas. Las comidas servidas en el camarote sufrirán, como es habitual, un leve aumento en el precio.

Que se sepa, no hay hostilidad en ninguno de los grandes planetas, pero preferimos jugar sobre seguro y, por tanto, hemos adquirido cierta cantidad de morteros, cañones y picos de abordaje. La historia enseña que las comunidades pequeñas y aisladas, como las de las islas remotas, pueden mostrarse hostiles a los extranjeros, y éste podría ser el caso de los HABITANTES DE LAS ESTRELLAS de décima o vigésima magnitud. En ninguna ocasión ofenderemos a tales habitantes, sino que los trataremos con urbanidad y cortesía, sin comportarnos nunca con un asteroide como no podemos comportarnos con Júpiter o Saturno. Repito que no ofenderemos a nadie de las estrellas, pero, al mismo tiempo, rechazaremos cualquier injuria que puedan hacernos, cualquier insolencia que nos demuestren los partidos o los gobiernos residentes en cualquier estrella del firmamento. Aunque contrarios a verter sangre, nos mantendremos firmes y valientes en esta postura, no sólo con respecto a las estrellas aisladas, sino también a las constelaciones, Deseamos dejar a nuestro paso por cada nación que visitemos, desde Venus a Urano, una buena impresión de América, Y a pesar de todo, sí no podemos inspirar amor, al menos trataremos de inspirar respeto hacia nuestra patria. Llevaremos con nosotros, totalmente gratis, UN GRAN EJÉRCITO DE MISIONEROS, los cuales derramarán la verdadera luz sobre todos los cuerpos celestes que, físicamente esplendentes, todavía viven en las tinieblas. Se establecerán escuelas dominicales siempre que sea posible. También se introducirá la educación compulsiva.

El cometa visitará primero Marte, para continuar hacia Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno. Las personas relacionadas con el gobierno del Distrito de Columbia y con el antiguo gobierno de la ciudad de Nueva York que deseen inspeccionar los anillos, gozarán del tiempo necesario, otorgándoseles todas las facilidades. Se visitará cada estrella de magnitud prominente, con excursiones a los puntos interiores de mayor interés.

Se ha tachado de nuestro programa la ESTRELLA DEL CAN. Pasaremos mucho tiempo en la Osa Mayor y en cada constelación de importancia. Lo mismo cabe decir del Sol, la Luna y la Vía Láctea, aparte de la Corriente del Golfo del firmamento. Será conveniente llevar trajes adecuados para la visita al Sol. Hemos programado el viaje de forma que no se recorran más de 100.000.000 kilómetros de un solo trecho sin parar en alguna estrella. Esto hará que las paradas sean frecuentes y conserven alto el interés de los turistas. Se revisará el equipaje en cada alto de la ruta. Las personas que sólo deseen tomar parte en los primeros trayectos del viaje, ahorrándose gastos, podrán apearse en la estrella que elijan y aguardarnos hasta el viaje de retomo.

Después de visitar las estrellas y las constelaciones más famosas de nuestro sistema, e inspeccionar personalmente las más remotas chispas que ni siquiera los telescopios más potentes han detectado en el firmamento, continuaremos de todo corazón con UN ESTUPENDO VIAJE de exploración entre los innumerables mundos que giran en torbellino por las inmensidades del espacio que extiende sus solemnes soledades, sus inimaginables vastedades de billones y billones de kilómetros más allá del límite visual de cualquier telescopio, como un destello fosforescente de lentejuelas al que la hazaña de un viajero tropical dio vida por un instante, y que quince mil kilómetros de mares fosforescentes y un monótono lapso de tiempo han disminuido desde entonces a un incidente sumamente trivial en sus recuerdos. Los niños que ocupen asientos en la primera mesa pagarán el precio completo.

Los BILLETES DE PRIMERA CLASE desde la Tierra a Urano, incluyendo

visitas al Sol y la Luna y todos los planetas principales de la ruta, se cobrarán al precio mínimo de 2 dólares por cada 100.000.000 kilómetros de viaje. En billetes de ida y vuelta habrá una gran reducción de precios. El cometa es nuevo y totalmente reconstruido, siendo éste su primer viaje. Es el más veloz de la línea. Hace 30 millones de kilómetros al día, con sus mecanismos actuales; pero con una tripulación americana y buen tiempo, confiamos en llegar a los 60 millones. Sin embargo, nunca aceleraremos hasta una velocidad peligrosa, quedando prohibidas las carreras con otros cometas. Los pasajeros que deseen desviarse hacia otros puntos o regresar a la Tierra podrán enlazar con otros cometas. Tenemos enlaces con todos los puntos principales de las mejores líneas. Los pasajeros pueden confiar en nuestras medidas de seguridad. No puede negarse que el cielo está infestado de COMETAS VIEJOS Y DESVENCIJADOS que no han sido inspeccionados o examinados en 10.000 años, y que ya deberían estar destruidos o convertidos en barcazas, pero con éstos no tenemos enlaces ni relación alguna. Los pasajeros de la antecámara no deberán abrir la escotilla principal.

Se han entregado billetes complementarios de ida y vuelta al mayordomo general, señor Shepherd, al señor Richardson y a otros eminentes caballeros cuyos servicios públicos les dan derecho al descanso y la relajación de un viaje de esta clase. Las personas que deseen el billete de ida y vuelta gozarán de una instalación extra. Se completará todo el viaje y los pasajeros aterrizarán de nuevo en Nueva York el 14 de diciembre de 1991. Esto significa una rapidez de al menos cuarenta años mayor que la de cualquier otro cometa. Casi todos los miembros prominentes del país desean realizar el viaje de ida y vuelta, si sus constituyentes les permiten unas vacaciones. A bordo estarán permitidas todas las diversiones inocentes, pero no se permitirán apuestas durante el viaje del cometa, ni ninguna clase de juego con dinero. Respetaremos todas las estrellas fijas, pero fijaremos aquellas que al parecer lo necesiten. Si esto causa perturbaciones lo lamentaremos, pero lo haremos.

Como el señor Coggia nos ha arrendado el cometa, éste no ostentará su

antiguo nombre sino el de mi socio. Los pasajeros N-B, pagando doble precio, tendrán derecho a una participación en todas las nuevas estrellas, soles, lunas, cometas, meteoros y almacenes de truenos y relámpagos que descubramos. Los agentes de patentes medicinales deberán observar que LLEVAMOS TABLAS DE ANUNCIOS y un pincel para usarlos en las constelaciones, todo lo cual estará a su disposición a un precio módico. Se recuerda a los cremacionistas que iremos directamente a lugares calientes, con precios sumamente reducidos. Para los pasajeros en general, nuestra empresa es sólo una excursión de placer, pero individualmente es un negocio.

Volaremos con nuestro cometa para sacarle el jugo.

PARA MÁS DETALLES, o para carga y pasajes, solicitarlos a bordo a mi socio, pero no a mí, puesto que no me haré cargo del cometa hasta que esté bien cargado. Y es necesario, en tales momentos, que mi mente no esté preocupada por los pequeños detalles comerciales.

# **PLIEGUE EN EL TIEMPO**

John Wyndham

*A partir de un tema clásico de la ciencia ficción, el inolvidable autor de El día de los trífidos construye un relato lleno de ternura, sensibilidad y patetismo, a la vez sereno y desgarrador.*

En el lado más resguardado de la casa, el sol quemaba. Dentro de las abiertas vidrieras, la señora Dolderson apartó su silla unos centímetros para que su cabeza continuara en la sombra mientras el calor confortaba el resto de su cuerpo. Después, apoyó la cabeza en un almohadón, mirando hacia fuera.

Para ella, aquella escena carecía de tiempo.

Al otro lado de la avenida, el cedro se erguía como siempre. Sus ramas planas bien extendidas debían llegar, suponía, un poco más allá de cuando ella era niña, aunque era difícil aseverarlo: el cedro ya era enorme entonces, lo mismo que ahora. Además, el seto fronterizo estaba tan bien recortado y pulido como en otros tiempos. La cancela del espino aún seguía flanqueada por dos pájaros sin posible identificación, Cocky y Olly, y era maravilloso que aún estuviesen allí, aunque las plumas de la cola de Olly se hubiesen retorcido un poco con la edad.

El cuadro de flores de la izquierda, delante del plantío de arbustos, estaba lleno de color, como siempre... Bueno, tal vez un poco más brillante; se tenía la sensación de que las flores eran un poco más chillonas que antes, aunque también deliciosas. Sin embargo, el huerto más allá del seto había cambiado un poco: más árboles jóvenes, y algunos de los viejos habían desaparecido. Entre las ramas, se divisaba algún destello de tejado rojo donde vivían los vecinos de otros tiempos. Salvo por esto, era casi posible, por un momento, olvidar toda una existencia.

La tarde dormitaba en tanto los pájaros descansaban, las abejas zumbaban, las hojas susurraban suavemente, y el pom-pom de la pista de tenis a la vuelta de la esquina no cesaba, con alguna voz ocasional que anunciaba el tanteo. Lo mismo podía ser una tarde soleada de cincuenta o

sesenta veranos antes.

La señora Dolderson sonrió, amándolo todo; lo había amado de niña, y ahora aún lo amaba más.

Había nacido en esta casa; aquí se había criado, se había casado, había vuelto a ella al morir su padre; aquí había criado a sus dos hijos, aquí había envejecido... Unos años después de la Segunda Guerra Mundial estuvo a punto de perderla..., pero no fue así del todo, y aún estaba en ella...

Era Harold quien lo había hecho posible. Un chico listo, un hijo maravilloso... Cuando se vio claramente que ella ya no podría mantener la casa, que tenía que venderla, fue Harold quien convenció a su empresa para que la adquiriese. Su interés, le dijo a su madre, no radicaba en la casa sino en el emplazamiento... como la de cualquier comprador. La casa en sí carecía de valor ahora, pero su situación era muy conveniente. Como condición de venta, habían convertido cuatro estancias del lado sur en un apartamento que debería ser de ella hasta su muerte. El resto de la residencia se había convertido en hotel, albergando a unos veinte jóvenes que trabajaban en los laboratorios y oficinas construidos en la parte norte, en el lugar de los establos y parte del paseo de caballos.

Ella sabía que un día derribarían la vieja casa, pues ya había visto los planos; pero por el momento, en su tiempo, tanto la mansión como el jardín del sur y oeste no los tocaría nadie. Harold le había asegurado que para ello tenían que transcurrir al menos quince o veinte años..., mucho más del tiempo que ella los necesitaría, con toda seguridad...

Y no era que, pensaba serenamente la señora Dolderson, lamentase demasiado desaparecer de este mundo. Uno acaba por ser inútil y, ahora que ella estaba en una silla de ruedas, una carga para los demás. Además, tenía la sensación de que ya era como una forastera..., una extranjera en el mundo de otros seres. Todo estaba muy cambiado; primero, convirtiéndose en un lugar difícil de entender, después llegando a formar un complejo imposible de comprender. No era extraño, pensó, que los viejos se tornen posesivos respecto a las *cosas*; que se aferren a los objetos que les unen al mundo que *pueden* entender...

Harold era un muchacho estupendo y, por él, la señora Dolderson hacía lo

que estaba en su mano para no parecer excesivamente estúpida..., aunque a veces esto era difícil. Hoy, por ejemplo, en el almuerzo, Harold se mostró muy excitado por un experimento que debían realizar por la tarde. *Tenía* que hablar de ello, aunque debía saber que prácticamente nada de lo que decía resultaba comprensible para ella.

Era algo sobre dimensiones... Ella había captado la idea, aunque se limitó a asentir sin intentar ahondar más en el asunto. La última vez que salió el tema a colación, ella observó que en su juventud sólo había tres, y no comprendía cómo el progreso mundial podía haber añadido más. Esto había lanzado al muchacho a una disertación respecto a la opinión de los matemáticos, según la cual en el mundo es posible, aparentemente, percibir la existencia de una serie de dimensiones. Incluso el momento de existencia en relación con el tiempo era, al parecer, una especie de dimensión. Filosóficamente, Harold había empezado a explicarlo..., pero ella se perdió en aquella elucubración. Harold se había metido en algo muy confuso. La señora Dolderson estaba segura de que en su juventud la filosofía, las matemáticas y la metafísica eran tres asignaturas separadas, pero en la actualidad, incomprensiblemente, parecían haberse fundido entre sí.

De modo que esta vez ella le escuchó tranquilamente, dejando oír algunos sonidos alentadores de cuando en cuando, hasta que al final él sonrió tímidamente, asegurando que ella era muy bondadosa al soportar aquel rollo. Luego, dio la vuelta a la mesa y la besó en las mejillas, abrazándola, y ella le deseó mucha suerte en el experimento misterioso de la tarde. Después, Jenny quitó el servicio de la mesa y la acompañó en su silla a la ventana.

El calor de la deslumbrante tarde la sumió en una dulce modorra que la llevó a cincuenta años atrás, cuando en otra tarde como ésta también se sentó junto a la ventana, aunque entonces no pensaba en absoluto en una silla de ruedas, aguardando a Arthur..., aguardando a Arthur con el corazón anhelante..., aunque Arthur no llegó...

Era extraño cómo sucedían las cosas. Si Arthur se hubiera presentado aquel día, seguramente ella se habría casado con él. Y Harold y Cynthia no habrían existido. Sí, ella habría tenido hijos, pero no habrían sido Harold ni Cynthia... ¡Qué curiosa casualidad es la existencia! Sólo por decirle «no» a

un hombre, o «sí» a otra mujer, es posible dar la existencia a un arzobispo en potencia o a un futuro asesino. ¡Qué tontos eran hoy día, tratando de suavizarlo todo, de asegurar la vida, en tanto que detrás, en el pasado de cada cual, se extendía la fila llena de casualidades, de mujeres que habían dicho «sí» o «no», según el capricho del momento!

Era curioso que ahora se acordara de Arthur. Hacía años que no pensaba en él.

Estaba segura de que aquella tarde habría pedido su mano. Era antes de que ella oyese hablar de Colin Dolderson. Y ella habría aceptado. Oh, sí, habría aceptado a Arthur.

Nunca hubo explicaciones. Ella nunca supo por qué él no se había presentado entonces... ni nunca más. Tampoco le había escrito. Diez días, tal vez quince después, recibió una carta impersonal de la madre de Arthur comunicándole que su hijo estaba enfermo y que el médico aconsejaba un viaje al extranjero. Pero después nada en absoluto... hasta el día en que vio su nombre en un periódico, más de dos años más tarde...

Naturalmente, se había enfadado (una joven tiene su orgullo, ¿no?), y durante algún tiempo también se sintió dolida. Pero al final, ¿cómo puede saber una que lo ocurrido no fue lo mejor? ¿Habrían sido sus hijos tan cariñosos con ella, tan amables, tan inteligentes como Cynthia y Harold?

Una serie infinita de probabilidades... con los genes y otras cosas de las que se habla hoy en día...

El rumor de la pelota de tenis ya había cesado y los jugadores se habían marchado, volviendo seguramente a su recóndita labor. Las abejas continuaban zumbando entre las flores; también revoloteaba media docena de mariposas. Los árboles de más allá temblaban bajo la calma. La modorra se tornó irresistible. La señora Dolderson no la combatió. Reclinó la cabeza hacia atrás, oyendo a medias otro zumbido, más estridente que el de las abejas, pero no suficiente para molestarla. Cerró los ojos...

De pronto, a pocos metros de distancia, pero fuera de su campo visual desde la silla, sonaron unas pisadas en el sendero. El sonido empezó bruscamente, como si alguien hubiera saltado al sendero desde el césped... sólo que no había visto a nadie cruzando por allí. Simultáneamente se oyó

una voz de barítono, que cantaba animadamente, aunque no muy alto. En realidad, la canción empezó por la mitad de una frase:

*... mundo haciéndolo, haciéndolo, haciéndolo...*

*Mira este...*

De repente, la voz calló. Y las pisadas cesaron también.

La señora Dolderson tenía ya los ojos abiertos... muy abiertos. Se asía a los brazos de la silla con sus delgadas manos. Recordaba la canción, más aún, estaba segura de reconocer la voz... al cabo de tantos años. «Bah, un sueño estúpido», se dijo. Le había recordado sólo unos instantes antes de cerrar los ojos... ¡Qué tontería!

Y no obstante, cosa curiosa, no parecía un sueño. Todo era tan claro, tan delimitado, tan familiarmente razonable..., con los brazos de la silla muy sólidos bajo sus dedos...

Otra idea se presentó a su cerebro. Había muerto. Por eso no era un sueño ordinario. Sentada al sol, debía de haber fallecido quedamente. El médico le había dicho que podía morir inesperadamente... ¡y ahora había ocurrido! Experimentó un momento de alivio; no era que temiese mucho a la muerte, pero sí al trastorno que podía haber después... Y ahora todo había acabado... sin perturbaciones. Tan sencillo como quedarse dormida. De pronto se sintió feliz, totalmente dichosa. Aunque era extraño que aún pareciese atada a la silla...

La grava crujió bajo las pisadas de aquellos pies.

—¡Esto es raro! ¡Rarísimo! ¿Qué diablos ha sucedido?

La señora Dolderson estaba inmóvil en su silla. No había la menor duda respecto a la voz.

Una pausa. Los pies se movieron, como con incertidumbre. Después, siguieron avanzando, lenta, vacilantemente. Los pies trajeron un joven a la vista. Oh, parecía tan joven... La anciana sintió oprimírsele el corazón.

Vestía una chaqueta azul a listas y pantalones blancos de franela. Había una bufanda de seda en torno a su cuello y, echado hacia atrás llevaba un

sombrero de paja con una cinta coloreada. Tenía metidas las manos en los bolsillos del pantalón y sujetaba una raqueta de tenis bajo el brazo izquierdo.

Ella le vio primero de perfil, y no con su mejor expresión, ya que parecía asombrado, con la boca entreabierta, al mirar hacia el grupo de árboles.

—Arthur... —murmuró la señora Dolderson.

Él se sobresaltó. La raqueta resbaló y cayó al suelo. Intentó recogerla, quitarse el sombrero y recobrar la compostura, todo al mismo tiempo, con poco éxito. Cuando se irguió de nuevo, su cara estaba sonrojada, con una expresión aún confusa.

Miró a la anciana de la silla, con las rodillas protegidas por una manta, sus manos delicadas sobre los brazos de la silla. La mirada pasó más allá de ella, hacia el salón. Aumentó su confusión, con una nota de alarma. Sus ojos volvieron a la vieja dama. Ésta le contemplaba intensamente. El joven no recordaba haberla visto antes, ni sabía quién era... y no obstante en sus ojos parecía haber algo que le era ligeramente familiar.

La anciana se contempló la mano derecha. La estudió un instante como un poco intrigada, y volvió a levantar la vista hacia él.

—¿No me conoces, Arthur...? —preguntó suavemente.

Había una nota de tristeza en su voz que él tomó por desengaño, teñido de reproche. Ante esto, el joven hizo lo posible por serenarse.

—Me temo..., me temo que no —confesó—. Usted... yo... eh... —Se atascó, y continuó con angustia—: Usted debe de ser... la tía de Thelma..., de la señorita Kilder, ¿verdad?

La anciana le miró fijamente unos momentos. El muchacho no comprendió su expresión.

—No —murmuró ella—, no soy la tía de Thelma.

La mirada del joven volvió a pasearse por el salón. Esta vez movió la cabeza con asombro.

—Todo es diferente... No, sólo a medias —manifestó con inquietud—. Oh, no puedo haberme equivocado... —se interrumpió y volvió a contemplar el jardín—. No, ciertamente no me he equivocado... Pero ¿qué... qué ha sucedido?

Su extrañeza ya no era simple; parecía tremendamente turbado. Sus

asombrados ojos volvieron a posarse en la anciana.

—Por favor... no lo entiendo... ¿Cómo es que me conoce usted?

La creciente inquietud del muchacho la turbó a ella, obligándola a mostrarse más cauta.

—Te he reconocido, Arthur... Nos conocimos mucho antes, ¿no?

—¿De veras? No me acuerdo... Lo siento mucho...

—Pareces angustiado, Arthur. Coge aquella silla y descansa un poco.

—Gracias, señora... eh... señora...

—Dolderson —terminó ella.

—Gracias, señora Dolderson —dijo él, frunciendo el ceño al intentar situar el nombre.

La anciana le vio acercar la silla. Cada movimiento, cada rasgo le era familiar, incluso el mechón de pelo que le caía sobre la frente siempre que agachaba la cabeza. Él se sentó y estuvo callado unos momentos, mirando, con el entrecejo arrugado, hacia el jardín.

La señora Dolderson tampoco se movió. Se hallaba casi tan sorprendida como él, aunque no lo daba a entender. Obviamente, la idea de haber muerto era una tontería, Estaba como siempre, en su silla, dándose cuenta del dolor de la espalda, capas de asir los brazos de la silla y sentirlos. No era un sueño..., todo estaba entrelazado, tan sólido, tan... real; muy diferente de como son las cosas en los sueños.

¿Sería una simple alucinación, un engaño de su mente al colocar el rostro de Arthur en un joven completamente distinto? Volvió a mirarle, No, no era eso... Él había contestado al nombre de Arthur, y además llevaba su chaqueta, En la actualidad, las chaquetas ya no tenían aquel corte, y hacía muchísimos años que los jóvenes no llevaban sombreros de paja.

¿Una especie de... fantasma? Oh, no; Arthur era sólido; la silla había crujido al sentarse, los zapatos habían rechinado sobre la grava. Además, ¿quién ha oído hablar nunca de un fantasma tan asombrado y, sobre todo, de un joven fantasma recién afeitado?

El muchacho interrumpió los pensamientos de la vieja al volver la cabeza.

—Creía que Thelma estaba aquí —observó—. Me lo había dicho. Dígame, por favor, dónde está.

Como un niño asustado, pensó ella. Deseaba consolarle, no asustarle más. Pero no se le ocurrió decir más que:

—Thelma no está lejos.

—Debo encontrarla. Ella me explicará lo ocurrido.

Hizo ademán de levantarse.

La anciana posó una mano sobre el brazo del joven, impidiéndoselo.

—Un momento. ¿Qué parece haber ocurrido? ¿Qué es lo que tanto te preocupa?

—Esto —agitó una mano, incluyendo cuanto le rodeaba—. Todo está diferente..., pero es lo mismo... Y sin embargo, no lo es. Siento como si..., como si estuviera un poco loco.

Ella le miró fijamente y luego sacudió la cabeza.

—No lo creo. Dime, ¿qué te pasa?

—Venía hacia aquí para jugar al tenis... Bueno, para ver a Thelma, en realidad —añadió, corrigiéndose—. Todo estaba bien, como de costumbre. Iba por el sendero y dejé la bicicleta apoyada en el abeto que hay al comenzar la avenida. Empecé a caminar por ella y de pronto, al doblar la esquina de la casa, todo resultó... diferente.

—¿Diferente? —repitió la señora Dolderson—. Diferente... ¿en qué?

—Bueno, casi en todo. El sol pareció convulsionarse en el cielo. Los árboles eran más grandes, no como antes. Las flores del jardín mostraban un color distinto. La enredadera cubría ya todo el muro... y de repente, sólo estuvo hasta media altura... y parecía otra clase de enredadera. Había otras casas más allá. Casas que no había visto nunca..., pues allí sólo había un campo, al otro lado del huerto. Incluso la grava de la avenida estaba más amarilla de lo que recordaba. Y este salón... es el mismo de siempre. Conozco el escritorio, la chimenea... y los dos cuadros. Pero el papel es diferente. Nunca lo había visto... y sin embargo, no es nuevo. Por favor, dígame dónde está Thelma..., quiero que me lo explique... Sí, debo de estar un poco loco...

La anciana le apretó el brazo con más fuerza.

—No —repuso con decisión—. Sea lo que sea, seguro que no es eso.

—Entonces... ¿qué? —se interrumpió bruscamente y escuchó ladeando la

cabeza. El sonido fue en aumento—. ¿Qué es esto? —inquirió con ansiedad.

La señora Dolderson aumentó la presión de su mano.

—No pasa nada, Arthur... No pasa nada —le dijo como a un niño.

Sentía el aumento de la tensión en el joven a medida que crecía el ruido. Pasó por encima, a menos de trescientos metros, con los eyectores atronando el espacio, dejando atrás una estela de gas blanco, en tanto el aire se estremecía y gradualmente volvía a su anterior placidez.

Arthur lo contempló. Y lo vio desaparecer. Cuando volvió a mirar a la anciana, su rostro estaba blanco, muy asustado.

—¿Qué... —preguntó con voz temblorosa—, qué ha sido eso?

—Sólo un avión, Arthur —contestó ella, para obligarle a calmarse—. Oh, son terriblemente ruidosos.

Arthur miró hacia el sitio por donde se había desvanecido el aparato y sacudió la cabeza.

—Pero yo he oído aviones y los he visto. Y no son así. Este hacía un ruido como una motocicleta... pero más fuerte. ¡Era terrible! No lo entiendo..., no entiendo lo sucedido... —su voz sonaba patética.

La señora Dolderson iba a contestar, cuando de improviso recordó la charla con Harold referente a las dimensiones, a su trasmutación en planos diferentes, a sus implicaciones del tiempo en forma de otra dimensión... Con un destello intuitivo lo comprendió... No, comprender no era la palabra adecuada... Lo percibió. Pero al percibirlo se halló perdida, desorientada.

Miró otra vez al joven. Estaba tenso, temblando levemente. Se estaba preguntando si tenía el cerebro desquiciado. Bien, esto tenía que terminar. No existía ningún medio suave, pero ¿cómo hacerlo de otro modo?

—Arthur... —exclamó súbitamente.

El muchacho la miró veladamente.

Con deliberación, la anciana habló con aplomo:

—Hallarás una botella de coñac en la alacena. Cógela, por favor, y trae dos copas.

Con un movimiento casi hipnótico, él obedeció. La anciana llenó para él un tercio de una copa con coñac, y se sirvió un poco menos.

—Bebe esto —le ordenó nuevamente. Él vaciló—. Vamos... Has sufrido

una gran impresión. Te hará bien. Quiero hablar contigo, y no puedo mientras no te hayas repuesto de la sorpresa.

Arthur bebió, tosió un poco y tomó asiento.

—Apura la copa —insistió ella. Él la apuró. La anciana se interesó—: ¿Te encuentras mejor?

El joven asintió, pero no dijo nada. Ella se decidió y respiró profundamente.

—Arthur, dime qué día es hoy.

—¿Qué día? —se sorprendió él—. Pues, viernes. El veintisiete... de junio.

—El año, Arthur. ¿Qué año?

El muchacho volvió el rostro hacia ella.

—No estoy completamente loco, ¿sabe? Sé quién soy y dónde estoy... o eso creo. Es todo lo demás lo que está mal, no yo. Puedo asegurarle...

—Arthur, quiero que me digas el año.

La voz de la anciana era de nuevo autoritaria.

El joven mantuvo los ojos fijos en ella mientras hablaba.

—Mil novecientos trece, claro.

La mirada de la señora Dolderson volvió a concentrarse en el jardín y las flores. Asintió suavemente. Aquél era el año... y había sido en viernes; qué extraño que ahora lo recordase. Debía de haber sido el veintisiete de junio. Pero, desde luego, fue un viernes del verano de 1913 el día en que él no acudió. Hacía tanto... tanto tiempo...

La voz del joven la devolvió al presente. Sonaba insegura por la ansiedad.

—¿Por qué me lo ha preguntado...? Me refiero al año.

Su frente estaba muy arrugada, sus ojos muy ansiosos. Era muy joven. A la anciana le dolía por él el corazón. Volvió a coger con su mano frágil la fuerte de Arthur.

—Creo..., creo que ya lo sé —murmuró él, estremeciéndose—. Ignoro cómo..., pero usted no me lo habría preguntado a menos que... Sucedió una cosa muy rara, ¿eh? Ya no estamos en mil novecientos trece, ¿verdad? ¿Quería decir eso? La forma de crecer los árboles..., el avión... —Calló, mirándola con los ojos muy abiertos. Y luego—: Tiene que decírmelo. Por

favor, por favor, ¿qué me ha ocurrido? ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto?

—Mi pobre muchacho... —murmuró ella.

—¡Oh, por favor...!

*The Times*, con el crucigrama resuelto a medias, se hallaba en una silla próxima. Lo cogió con relucencia. Luego, lo dobló y se lo entregó al joven. Al tomarlo, a él le temblaba la mano.

—Londres, lunes, primero de julio —leyó. Después, susurró con incredulidad—: ¡Mil novecientos sesenta y tres!

Bajó el diario y la miró suplicante.

La anciana asintió lentamente dos veces.

Estuvieron contemplándose sin hablar. Gradualmente, la expresión de Arthur cambió. Se le juntaron las cejas, como penosamente. Luego miró a su alrededor, con los ojos penetrantes aquí y allí, cual si quisieran escapar. Por fin, volvieron a fijarse en ella. Los cerró un momento. Después los abrió, llenos de dolor... y miedo.

—¡Oh, no, no! ¡No! Usted no es..., no puede ser... Usted me dijo que era... la señora Dolderson. Dijo que lo era. Usted no es..., no puede ser... Thelma...

La señora Dolderson calló. Se miraron otra vez. El rostro de Arthur se arrugó como el de un chiquillo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —gritó, ocultando la cara entre las manos.

La señora Dolderson entornó los ojos un instante. Cuando los abrió ya era dueña de sí. Tristemente, miró sus temblorosos hombros. Su mano izquierda, delgada, con muchas venillas azules, se tendió hacia la cabeza inclinada para acariciarle suavemente el cabello.

La mano derecha encontró el timbre que estaba sobre la mesita que tenía al lado. Lo apretó, sin apartar el dedo.

Abrió los ojos al oír el movimiento. La persiana dejaba en la sombra la habitación, pero había luz suficiente para que divisase a Harold al lado de su cama.

—No quería despertarte, madre —se disculpó el joven.

—No me has despertado, Harold. Estaba soñando, pero no dormía. Siéntate, querido. Quiero hablar contigo.

—No te fatigues, madre. Has sufrido una leve recaída, ¿sabes?

—Sí, pero resulta más fatigoso estar intrigada que saber la verdad. No te entretendré mucho.

—Está bien, madre.

Acercó una silla a la cama y se sentó, cogiendo una mano de la anciana entre las suyas. Ella escrutó el rostro de su hijo en la penumbra.

—Lo hiciste tú, ¿verdad, Harold? ¿Fue tu experimento lo que trajo aquí al pobre Arthur?

—Fue un accidente, madre.

—Cuéntamelo.

—Estábamos comprobándolo. Sólo una prueba preliminar. Sabíamos que era posible teóricamente. Habíamos demostrado que sí podíamos... ¡Oh, es tan difícil de explicar...! Si podíamos, bueno, doblar una dimensión, doblarla sobre sí, dos puntos normalmente separados tendrían que coincidir. Temo que esto no está muy claro...

—No importa, querido. Adelante.

—Bien, cuando tuvimos dispuesto nuestro generador distorsionador del campo, lo doblamos para unir dos puntos separados normalmente cincuenta años. Piensa en una tira de papel doblada en dos marcas, de modo que coincidan las marcas.

—Sí...

—Fue muy arbitrario. Pudimos escoger diez años o cien, pero elegimos cincuenta. Y nos acercamos de manera asombrosa, madre, muy asombrosa. Sólo cometimos un error de cuatro días en cincuenta años. Esto nos dejó estupefactos. Lo que ahora hemos de hacer es descubrir el origen del error, pero si nos pidieras que apostásemos, nosotros...

—Sí, querido. Estoy segura de que fue maravilloso. Pero ¿qué sucedió?

—Oh, lo siento. Bueno, como dije, fue un accidente. Sólo tuvimos el aparato conectado tres o cuatro segundos... y él debió penetrar entonces en el terreno de la coincidencia. Una probabilidad entre un millón. Ojalá no

hubiese sucedido..., pero no podíamos prever...

La anciana giró la cabeza sobre la almohada.

—No, no podíais preverlo —concedió—. ¿Y después?

—Realmente, nada. No supimos nada hasta que Jenny contestó a tu timbrazo y te encontró desmayada y a ese individuo, Arthur, completamente desquiciado; entonces, fue a buscarme.

»Una de las doncellas te ayudó a llegar hasta la cama. Vino el doctor Sole y te reconoció. Luego, le dio un tranquilizante a ese Arthur. El pobre chico lo necesitaba... Claro, es algo terrible lo que le sucedió, cuando sólo esperaba jugar un partido de tenis con su chica.

»Cuando se calmó, nos dijo quién era y de dónde venía. ¡Bueno, era algo estupendo! Una prueba vivida accidental al primer experimento.

»Pero lo único que el pobre muchacho quería era regresar lo antes posible. Estaba muy angustiado... Sí, un mal asunto. El doctor Sole quiso ponerle bajo sedantes para que no se volviera loco. Lo parecía..., aunque cuando volvió en sí no daba la impresión de estar mejor.

»Ignorábamos si podíamos hacerle regresar. La transferencia hacia adelante, para expresarlo toscamente, puede considerarse como una aceleración infinita de una progresión natural, pero la idea de la transferencia “hacia atrás” está llena de implicaciones desconcertantes, cuando se reflexiona en ello. Hubo un debate, pero el doctor Sole lo solucionó. Sólo con que existiese una posibilidad mínima, dijo, el sujeto tenía derecho a intentarlo, y nosotros estábamos obligados a tratar de deshacer lo que habíamos hecho. Aparte de esto, si no lo intentábamos, tendríamos que explicar cómo teníamos en nuestras manos un chiflado, y naturalmente, apartado cincuenta años de su curso.

»Intentamos hacerle comprender a Arthur que no estábamos seguros de que la operación tuviese éxito al revés; además, existía el error de cuatro días, de modo que el regreso no sería exacto. Creo que no lo entendió. El pobre chico estaba en un estado lamentable; sólo quería una probabilidad, cualquier clase de probabilidad, para largarse de aquí. Era una idea fija.

»De modo que decidimos correr el riesgo; al fin y al cabo, si no era posible, él... Bueno, no se enteraría ni ocurriría nada en absoluto.

»El generador aún estaba en la misma dirección. Pusimos un tipo a la tarea, colocamos a Arthur en la avenida que da al salón, y lo alineamos con la máquina.

»Le indicamos que caminara, tal como cuando ocurrió.

»Dimos la señal de funcionamiento. Claro que a causa del sedante administrado por el médico y todo lo demás, Arthur estaba muy alicaído, pero hizo lo que pudo para sobreponerse. Empezó a avanzar, tambaleándose. Un chico obstinado; casi lloraba, pero con voz extraña y desafinada se puso a cantar: “Todo el mundo lo hace, lo hace...”

»De repente desapareció..., se esfumó por completo. —Harold calló y añadió a pesar suyo—: Las pruebas que ahora poseemos no son muy convincentes..., una raqueta de tenis prácticamente nueva, pero muy anticuada, y un sombrero de paja.

La señora Dolderson continuó tendida en la cama sin hablar.

—Hicimos lo que pudimos, madre —agregó su hijo—. Sólo podíamos intentarlo.

—Naturalmente, querido. Y tuvisteis éxito. No fue culpa tuya que no pudierais deshacer lo hecho. No, me preguntaba solamente qué habría ocurrido si hubieseis puesto en funcionamiento esa máquina unos minutos antes o después. Aunque supongo que esto era imposible, de lo contrario tú no habrías sido tú.

Harold la miró con inquietud.

—¿Qué quieres decir, madre?

—Nada, querido. Hiciste lo que pudiste... y espero que esto haya sido lo mejor...

—Estaba muy angustiado ante la idea de que le mantuviéramos aquí. Se habría vuelto loco. ¿Qué podíamos hacer?

—No lo sé..., nada. Supongo que estaba escrito...

—¿Por qué crees que conseguimos hacerle regresar, madre?

—Sé que lo lograsteis, querido. —Hizo una pausa, y con voz queda, como recordando algo, citó—: «Arthur Waring Batley. Subteniente, por heridas recibidas en acto de combate en Francia. Tres de noviembre de mil novecientos quince.»

Cerró los ojos y de ellos se escapó una lágrima que resbaló lentamente por su mejilla. Harold sacó su pañuelo para secársela. Ella le apretó la mano, pero no habló. Muy arriba, fuera de la casa, el estruendo de un *jet* fue creciendo y acabó por enmudecer.

—No me apena irme —murmuró la señora Dolderson—. Me dolerá dejarte, Harold, querido, pero esto es lo único que me importará cuando llegue el momento. Tal vez yo sea un poco como el pobre Arthur: no me gusta mucho tu mundo... ni las cosas que enseña a hacer.

# **EL MALENTENDIDO**

Ruth Goldsmith

*El malentendido, o de cómo unos observadores extraterrestres aprendieron mucho más de lo que esperaban sobre la naturaleza humana.*

El día en que estalló el alambique de Ocie Powell, hizo caer dos patos que iban hacia el norte y una nave ixiana que se deslizaba muy baja. Sólo que los patos lograron desaparecer, perdiéndose toda la confusión.

Por algún tiempo, Ocie y sus socios, Lee Oliver y Ranse Hawkins, permanecieron tumbados donde acababan de aterrizar, en un grupo de palmeras. En tales circunstancias, era agradable descansar allí, incluso necesario. La cocción les había resultado calurosa, fatigosa y aburrida, y se habían ofrecido mutuamente sus hallazgos como razones para hacer pruebas durante la operación... hasta que dejaron de darse motivos. Entonces, continuaron simplemente obteniendo muestras. Cuando abrieron los ojos, las ramas de los árboles giraron encima de ellos. Cuando los cerraron de nuevo, fueron ellos mismos los que giraron.

Pero los ixianos, de color verde, con cuatro piernas y dos cabezas, bajaron de su nave, decididos a localizar la causa de su descenso.

Los tres hombres esperaban, paciente y pacíficamente, a que el mundo se asentara, hasta que el ruido de unas pisadas les hizo levantar la cabeza. El lugar había sido elegido con vistas al panorama. En un día claro y con la visión normal, podrían divisar hasta muy lejos a nivel del suelo, gracias a los escasos árboles del paraje..., hasta lo bastante lejos como para tener tiempo más que suficiente para largarse si aparecía alguien con quien no quisieran tener relaciones.

Así, vieron a los ixianos a lo lejos, separarse en abanico y avanzar hacia ellos. El sol de Florida chispeaba sobre las avanzantes figuras, y los tres cogieron sus sombreros de vaquero, de copa baja, y se los encasquetaron hasta los ojos.

—Por lo visto, el *sheriff* ha comprado uniformes nuevos —comentó Ocie.

—Seguro, son muy brillantes —asintió Lee—. Deben de poner buenas multas para poder adquirir esos equipos.

—Será mejor que nos larguemos —propuso Ocie.

Todavía había musgo en las ramas y la cebada molida goteaba lentamente mientras estudiaban sus posibilidades. Éstas consistían en incorporarse, llegar hasta la camioneta, arrancar (cosa que podía ser difícil porque era un trasto viejo y desvencijado), y traquetear en campo abierto hasta llegar a la carretera. Era una medida de emergencia.

Por otra parte, como finalmente dijo Ranse Hawkins:

—Si nos quedamos quietos, quizá no nos vean.

Las pisadas se oían más fuertes. Ocie encontró el embudo a su lado, y llevándolo a los ojos como un telescopio, atisbo por entre las palmeras y descubrió las antenas encuna de las cabezas verdes.

—*Walkie-talkie* —susurró asqueado, metiéndose el embudo en el bolsillo—. Eso es jugar sucio.

Las antenas se inclinaron, señalando al escondrijo de los tres socios, temblando una hacia la otra. Los pies avanzaron un poco más y se detuvieron. Los tres hombres podían oír mejor que ver, y comprendieron que estaban copados.

Se levantaron humildemente, con las manos en alto.

—Hola, *sheriff* —murmuraron, yendo lentamente hacia los recién llegados.

Las delicadas antenas retrocedieron silenciosamente.

Fue como un malentendido interplanetario: un *sheriff*, como todo el mundo, y más particularmente un *sheriff*, ha de mostrarse amistoso y contestar cuando le hablan, pero los ixianos sólo podían comunicarse por medio de sus antenas. De lo contrario, tal vez estuvieran recibiendo grandes honores por haber llevado a buen término su expedición.

Tras haber agitado un cordial «¿Qué tal?» con las antenas, retrocedieron hacia el lugar de donde venían, o sea hacia la nave, convencidos de que no debían llevar más adelante la exploración, aunque decididos a señalar en sus mapas aquel lugar como peligroso.

Ocie, Lee y Ranse fueron tras ellos, aún con las manos en alto, aunque perdiendo la paciencia y la placidez. Era una procesión extraña.

Los ixianos, intrigados pero sin detenerse, se pasaban mensajes entre sí por medio de las antenas, mientras los tres socios formaban una cola algo agitada: Ocie, gordinflón, aunque lo parecía más porque siempre llevaba los bolsillos llenos de objetos; los otros dos, altos y flacos, y un poco elásticos por las rodillas. Estaban preocupados por la afrenta de no haber recibido respuesta a su saludo, y con las cabezas gachas para evitar la luz del sol, ni siquiera se dieron cuenta de que iban en la cola.

La vista de la nave en el suelo aún excitó más sus sentimientos heridos.

—¡Se gastan el dinero de los contribuyentes en coches nuevos y aparatosos —se quejó Lee, indignado—, en lugar de pavimentar los caminos!

—Eso es culpa de votar a tipos indeseables —remachó Ocie.

Estaba ya a punto de trepar por la escotilla, pero de pronto dio media vuelta. Estaba tan enojado que arrojó lo primero que halló a mano, el embudo, contra el costado de la nave, y ni siquiera observó cómo retrocedía la antena ante aquel ruido.

—¡*Sheriff* —exclamó—, ni yo ni nadie de mi familia volveremos a votarle!

Las tinieblas les absorbieron dentro de la nave, donde el único sonido fue el de sus jadeos. Era un lugar donde todo el que sintiera celos estaría justificado.

—No estoy seguro de que sea el *sheriff* —masculló Lee—. Parece un poco diferente.

—De ser federales lo habrían dicho —replicó Ocie, aún sudado bajo el cuello—. Y voy a preguntárselo. Están obligados a hablarnos, sean quienes sean.

Empezó a subir, pero la nave se balanceó y entonces ya fue demasiado tarde para dudas y reproches. Al despegar la nave, los tres perdieron el conocimiento.

Una habitación como una caja, con las paredes metálicas y sin ventanas,

una sola puerta con rejas, una luz amortiguada..., así era el lugar donde se hallaban los tres. Se incorporaron hasta sentarse y todos buscaron los avíos de fumar.

—Esto no es la cárcel del condado —afirmó Ocie con autoridad.

—Pero es un sitio —objetó Ranse, tratando de sostener el papel del cigarrillo quieto en su mano— que hace que el tabaco salte como frijoles mexicanos.

—Será una prisión federal —aventuró Lee.

Ocie retorció lentamente la punta de su cigarrillo.

—No pueden meternos en una prisión federal —replicó—, al menos sin un juicio.

Pero sus palabras sonaban sosegadas; no le quedaban fuerzas ni para indignarse.

Fue entonces cuando un ixiano apareció tras las rejas de la puerta. Silenciosamente, los tres lo miraron y vieron a un ser verdoso con dos cabezas y cuatro patas, y algo que surgía de las cabezas. El extraño ser alargó una serie de brazos retráctiles para asir las rejas cuando quiso ver mejor a los prisioneros.

—Extranjeros —musitó Ocie, con la garganta seca.

—Enemigos de los Estados Unidos... —concluyó Ranse.

Sí, recordaban haber sido capturados. Usualmente, no les atrapaban. Entre otras razones, usaban los alambiques para elevar sus ánimos; recordaban los tiempos en que, según se decía, todo hombre que se respetase poseía un alambique, y por tradición les enojaba verse mandados en todo.

Fue su ánimo lo que les obligó a abrir la boca, sentados con la espalda apoyada en la pared, y proferir un chillido de rebeldía; pero fue el miedo lo que hizo que su chillido resultase tan estridente.

Los chillidos emprendieron la única dirección posible: la de la puerta, y allí estaba el ser verde que no podía hablar ni oír, a no ser por medio de sus sensibles antenas.

Las antenas retrocedieron, y empezaron a descender hacia las frentes del ixiano. Éste se apartó de la puerta y buscó a tientas a sus compañeros. Una vez hospitalizado y alimentado, el ixiano recobrarla sus facultades, pero la

herida era lo bastante grave como para inquietar a aquellos seres.

Al salir de Ix les habían ordenado más o menos: Pensar. Pensar. Pensar. Poner el satélite en torno a la Tierra, sin dejarse detectar. Recoger información mediante los instrumentos del satélite y con viajes a la Tierra..., analizando y correlacionando los datos. Evitar la provocación de incidentes, aunque, a ser posible, capturar algunos especímenes sin despertar sospechas. Pensar. Pensar. Pensar.

Habían seguido estas instrucciones al pie de la letra porque la obediencia era su segunda naturaleza. Y había ocurrido que una de las naves enviadas a la Tierra para explorar habían caído por accidente, y algunos habitantes de la Tierra habían subido a bordo por voluntad propia, acompañándolos hasta la base. En su calidad de investigadores, se hallaban muy contentos con los especímenes; y con la obstinación innata de los investigadores, no deseaban perder aquella oportunidad de conseguir más información.

Pero aquellos prototipos se habían vuelto repentinamente peligrosos, llegando a poner en peligro el éxito de la expedición.

Enviaron una llamada urgente a Ix, preguntando qué debían hacer con los especímenes, y decidieron que, mientras llegaba la respuesta, tratarían a los terráqueos con los honores debidos a los grandes pensadores, el mayor honor concedido en Ix.

Cuando otros dos ixianos hubieron sufrido la pérdida de sus antenas a causa de los chillidos rebeldes, comprendieron que aquellos pensadores terráqueos no podían pensar en un cubículo cerrado.

Se abrió la puerta del calabozo, y Ocie, Lee y Ranse se encasquetaron sus sombreros de vaquero en la cabeza, de una forma que pregonaba su absoluta determinación, y salieron como si llevaran pistolas en la cadera. Los ixianos les saludaron reverencialmente.

—Por lo visto, esos patos intentan mostrarse amistosos —murmuró Ocie.

Los llamaban «patos» porque los ixianos anadeaban al caminar. Pero aquella súbita amistad no les trastornó y se contentaron con llevarse una mano al ala del sombrero; sus ojos continuaron recelosos.

Con orgullo que se transparentaba a través de su deferencia, los ixianos les enseñaron el gran laboratorio donde pesaban, medían, analizaban y

archivaban la información recogida respecto a la Tierra y la vida en ella. A los nuevos especímenes aquello no les interesaba en absoluto. No tenían motivos para reconocer resultados de los estudios, y miraban suspicazmente incluso cosas tan simples como los equivalentes ixianos de los mecheros Bunsen y las calculadoras.

Los jardines eran mejores. Las plantas crecían en algo semejante a tierra y las regaban con lo que podía ser agua. Los «patos» les ofrecieron comida y la devoraron, descubriendo que les dejaba satisfechos.

—No está mal —opinó Ocie.

Le gustaban los dulces y las féculas, y ahora comía una cosa tremendamente dulce, aunque parecía más bien una berenjena, y después algo parecido al trigo aunque con gusto a cebada.

—Preferiría un plato de quimbombó o nabos verdes, o fríjoles —objetó Lee.

—Bien, hay mucha comida —observó Ranse—. Al menos no nos moriremos de hambre.

Sin embargo, la comida no les embotó el cerebro, por lo que su próximo descubrimiento fue mucho peor. Apremiados con insistencia hacia el telescopio, vieron que la Tierra aparecía muy abajo. Entonces, alguien dejó oír un silbido bajo que hizo retroceder a los «patos» aprensivamente.

Ocie señaló hacia la lejana Tierra, luego se señaló a sí mismo y a los demás, gesticulando como queriendo volar moviendo los brazos. Aliviados y dichosos, los «patos» movieron agitadamente las antenas como respuesta.

—Por lo visto, tendremos que salir de aquí como podamos —murmuró Ocie.

—Sí, saldremos de aquí como podamos —observó Ranse—, y la caída será mortal.

Los tres regresaron a su celda de mutuo acuerdo. Allí estudiaron el problema en toda su magnitud, pero sin encontrar el medio de volver a la Tierra.

—Siempre llueve sobre mojado —citó Ocie, rebuscando en sus bolsillos—. Prisioneros de un puñado de extranjeros y ni siquiera sé dónde tengo el tabaco.

Sacó algo del bolsillo, pero no era el tabaco. Era jiste, el fermento de la cerveza, y naturalmente, el plan llegó por sí solo.

—Berenjenas dulces... —recordó Lee.

—Y lo que sabe a cebada debe de ser cebada... —añadió Ocie.

—Con instrumentos para trabajar en abundancia... —concluyó Ranse, levantándose y echándose el sombrero hacia atrás, en una posición astuta.

A los ixianos les encantó que los especímenes terráqueos utilizaran sus instrumentos y los estudiaran. Iban al laboratorio siempre que disponían de unos minutos libres para verles trabajar, y admiraban la extremada atención que los tres amigos prestaban a sus operaciones. Experimentaban una gran afinidad hacia los investigadores, y esperaban aprender mucho de ellos.

Aprendieron. El resultado de los estudios no fue muy bueno... pero fue whisky, claro, caliente, y de un efecto poderoso en los «patos».

—Vaya —observó Ocie—, se han emborrachado con sólo mojar sus antenas en el líquido.

Mucho más tarde, Ranse comentó:

—Nunca había visto una borrachera tan larga con tan poca bebida.

Los pobres ixianos, obreros de precisión del cosmos, que siempre medían mediante los instrumentos más delicados, siempre calculaban más lugares de lo necesario, siempre comprobaban una y otra vez los resultados, como víctimas de una conducta compulsiva y llena de complejos... Bien, imaginémonos a los ixianos libres por primera vez de la carga de ser exactos.

Enviaron a Ix el informe de que la Tierra era lo más extraño que habían visto: se doblaba sobre sí misma y saltaba en su órbita; desafiaba toda descripción; y, finalmente, que no podían *pensar* en ella. Las naves que debían viajar hacia la Tierra, a veces iban y a veces hacían carreras espaciales como cohetes locos.

Desde Ix efectuaron ansiosas preguntas, pero todas las cartulinas fueron extraídas de las máquinas sin leerlas, dobladas en naves espaciales en miniatura y lanzadas al espacio. Hacia los tres maestros destiladores, los ixianos sentían un respeto no exento de afecto, palmeándoles en la espalda

con las antenas y metiéndoles los sombreros hasta los ojos cuando los tenían cerca. De modo que Ocie y sus amigos no intentaron ya hacerles hablar, permaneciendo el mayor tiempo posible en su celda.

—Bien —musitó Ocie a guisa de consuelo—, ha sido una buena carrera.

—Sí —asintió Lee—, es agradable no tener que estar al acecho por si viene el *sheriff*.

—Seguro —confirmó Ranse lentamente.

Y es que, por entonces, el plan había dado excelentes resultados.

—Tú hablas «pato» mejor que nosotros —le dijo Lee a Ocie—. Y andas mejor, por lo que puedes escucharles mejor que nosotros. Pues bien, háblales y convénceles para que te bajen a la Tierra. Asegúrales que no te perderán de vista para siempre.

El entendimiento de los «patos» se había ampliado extraordinariamente. Dejaron a Ocie cerca de los restos del alambique, y él les hizo señas de que aguardasen y se marchó a la ciudad con la furgoneta.

Mientras estaba en la tienda adquiriendo veinte cajas de frascos de fruta, tuvo la mala suerte de tropezarse con el *sheriff*.

—Hola, Ocie —le saludó el *sheriff*—. Esto es mucha fruta para un hombre solo.

—Seguro, *sheriff* —asintió Ocie—. Y le juro que esto mismo le dije a mi amigo cuando me rogó que se la comprase. Pero está cortejando a una viuda, y pensó que si le regalaba toda esta fruta y algunas verduras, la mujer le invitaría a compartirlo todo con ella.

—Me encanta oírte decir esto, Ocie —respondió el *sheriff*—. Sí, me encanta. No me gustaría tener que acompañarte, sólo por cumplir con mi deber, y descubrir que empleas esta fruta para algo ilegal.

—Yo, en su lugar, no me molestaría, *sheriff* —le advirtió Ocie, francamente—, porque no averiguarla nada.

Por tanto, cuando Ocie regresó al satélite y relató aquel encuentro, los tres amigos acordaron que sería mejor demorar la primera entrega a la Tierra, mientras el *sheriff* aún pudiera descubrirlo todo.

Cuando finalmente estuvieron listos para bajar, ya tenían otra cochura a punto de destilar. Les enseñaron a los «patos» el intrincado proceso y los tres se marcharon a realizar la venta. Pero no pensaron en la diversión que los «patos» tendrían, pudiendo mostrarse irresponsables por una vez.

Los ixianos los dejaron en tierra con su cargamento y los tres trasladaron las jarras llenas de whisky de la nave a la furgoneta, tapándolas con una lona.

Lee y Ranse se instalaron en la cabina con Ocie, y los felices ixianos se sentaron sobre la mercancía y en la parte trasera, con las patas colgando. Les entusiasmaba la sensación del aire fresco azotando sus antenas, y el impredecible traqueteo del vehículo, que tanto hacía reír a aquellos seres verdes. Se reían de la forma en que el follaje y los postes del teléfono retrocedían ante la luz de los faros y se desvanecían. En la Tierra había cosas que ni siquiera habían soñado.

Los tres ixianos que se quedaron en el satélite sospecharon que estaban perdiéndose una gran diversión y despegaron para unirse a los otros. Así, dejaron encendido el fuego debajo del alambique.

Un coche-patrulla de carreteras aparcado en un cruce hizo parar la furgoneta.

—Se ha fundido el faro de la izquierda —manifestó el patrullero a Ocie, que iba al volante.

—Oficial —respondió aquél—, pienso hacerlo arreglar en la primera población que encuentre.

—Enséñeme la licencia —pidió con severidad el agente, paseando la luz de su linterna por la cabina del coche.

Ocie empezó a buscar en sus bolsillos.

—Tiene que estar por aquí.

El patrullero retrocedió y paseó la linterna por la trasera del vehículo. Ante aquel resplandor, los ixianos centellearon y refulgieron. Todas las cabezas y las patas eran verdes y brillantes. Pero los ixianos sólo vieron a un hombre y ellos estaban llenos de buena voluntad hacia los hombres. Las antenas se proyectaron para palmearle la espalda; surgieron los brazos y encasquetaron el sombrero del agente hasta los ojos.

Ocie aceleró y en la primera curva hizo girar te furgoneta en sentido

contrario.

Aquella noche hubo un destello misterioso en el cielo, sobre el que algunas personas todavía comentan y hacen cábalas. Pero los tres amigos adivinaron lo ocurrido cuando hallaron a los tres «patos» que habían dejado al cuidado de la retorta aguardándoles junto a las otras naves.

—El alambique habrá estallado —gruñó Lee.

—Y con él todo el satélite —añadió Ocie—, y es una lástima porque era un lugar estupendo. Tardaremos mucho en hallar otro igual.

—Tal vez podríamos repararlo más adelante —propuso Ranse—. Por ahora, lo más urgente es esconder el licor.

—Lo enterraremos en la carretera —indicó Ocie—. Los «polis» nunca lo buscaran allí.

Acababan de empezar a cavar en la tierra cuando oyeron unos pasos que se aproximaban.

Pero no se trataba de la patrulla de caminos, ni del *sheriff* o sus comisarios, ni de los agentes del Departamento Federal de Impuestos sobre el Alcohol. Por primera vez en la historia de Ix, habían enviado una fuerza policíaca para hacer volver a unos expedicionarios.

Los policías se inclinaron ceremoniosamente y empezaron a discutir rápidamente con los renegados de las antenas. Ya más sobrios, los «patos» contestaron tartamudeando; y serenos del todo, agitaron sus antenas tristemente hacia sus amigos y se marcharon obedientemente con sus policías.

Los tres amigos volvieron a cavar.

—Probablemente les impondrán una multa o les suspenderán de empleo y sueldo —reflexionó Ocie, intentando no mostrarse demasiado apenado.

Durante un rato sólo se oyó el sonido de las palas.

—Ordinariamente no soy bebedor —rezongó al cabo Ocie—, pero opino que sería una vergüenza enterrar todos estos frascos, después de lo ocurrido.

—Seguro —asintió Lee.

—Seguro —repitió Ranse.

# Notas

[\*] Editado en esta misma colección, Libro Amigo n.º 450. <<